

---

## Capítulo XXVII.

La esposa de Guarionex.

### I.

Colon habia ofrecido al cacique de la Vega Real, que mientras fuese fiel y pagase con puntualidad el tributo que le habia impuesto, seria respetado y viviria tranquilo en sus dominios.

Para asegurarse de su fidelidad y contrarestar cualquiera tentativa que llevase á cabo, eligió el fuerte de la Concepcion, situándose de tal manera que en un momento dado podria destruir á todos los vasallos de Guarionex, ó por lo ménos obligarles á desalojar el campo.

### II.

Dió el mando de esta fortaleza á Pedro Barahona, soldado veterano, que habia empleado toda su vida en las campañas de los moros.

Guarionex, deseando tener contento al que era

verdaderamente dueño de su vida y de la de sus vasallos, le colmó de agasajos, le llevó á su morada, y mandó que las mujeres más hermosas de sus dominios bailaran una danza en su presencia.

## III.

Ebeilca, su esposa predilecta, asistió á este espectáculo.

Era Ebeilca una mujer de elevada estatura, de torneadas é incitantes formas; sus ojos brillaban como luceros, y parecia la estatua de la sensualidad.

Barahona se recreó en su belleza.

Al despedirse de Guarionex le suplicó que fuese al día siguiente á la fortaleza, porque queria pagarle el obsequio.

## IV.

Barahona habia concebido un plan, y se proponia llevarle á cabo.

Guarionex, con sus caciques predilectos, fué al fuerte de la Concepcion.

—¿Cómo no te acompaña tu esposa?—preguntó Barahona.

—No es entre nosotros costumbre llevarlas á las fiestas adonde nos convidan.

—Pues ¡vive Dios! que ha de venir,—dijo Barahona,—y yo voy á ir por ella.

## V.

Mandó á sus soldados que obsequiaran á Guarionex.

nex y á los suyos en tanto que volvía, y dirigiéndose al palacio del cacique, buscó á Ebeilca, y diciéndola que tenía en su poder á Guarionex, y amenazándola con su muerte si no accedía á sus deseos, logró convertirla en su esclava.

## VI.

Barahona volvió á la fortaleza.

Dijo á Guarionex que su esposa se había negado á aceptar el convite, y le despidió.

Guarionex halló á Ebeilca dominada por una profunda tristeza.

Cuantas preguntas le hizo fueron inútiles.

Nada contestó.

## VII.

Mientras que los soldados conquistaban el territorio, los misioneros errantes por la isla procuraban extender la fé de Cristo entre aquellas hordas salvajes é idólatras.

Uno de los misioneros había logrado captarse la amistad de Guarionex, había empezado á abrir su corazón á la nueva luz, había inculcado en su alma la semilla del cristianismo, y todo le auguraba prontos y sazonados frutos.

Barahona, valiéndose de su prestigio, tendió varios lazos á Guarionex, aprovechando todas las circunstancias para volver al lado de su esposa.

## VIII.

Al volver una vez Guarionex, entró en su palacio, buscó á Ebeilca y no la halló.

Preguntó por ella, y le dijeron que se habia dirigido á las orillas del Taqui.

Corrió presuroso á buscarla, y al llegar á la orilla se horrorizó.

El cadáver de su esposa iba arrastrado por la corriente del rio.

La infeliz, no pudiendo resistir su deshonra, habia buscado la muerte en el fondo de las aguas.

## IX.

Guarionex supo la causa de aquella catástrofe.

El tigre se despertó bajo la piel del cordero.

Llamando cautelosamente á todos los suyos, les hizo jurar que le ayudarian á vengarse del infame que le habia arrebatado la felicidad.

El misionero que le inculcaba la fé de Cristo le habia entregado una imágen de la Virgen para que la adorase.

El primer acto de Guarionex fué hacer mil pedazos la santa Imágen, y se preparó una noche á penetrar en la fortaleza cuando estuvieran dormidos sus defensores y á sacrificarlos á todos.

## X.

A pesar del secreto con que llevó á cabo su plan,

tuvo noticias de él Barahona, y comprendiendo que no podia hacer frente á los enemigos con las fuerzas que tenia, envió dentro de una caña con un soldado una carta al jefe de la fortaleza más próxima para que acudiera en su auxilio.

## XI.

El mensajero fué detenido por los indios.

Le registraron y le hicieron preguntas para saber con qué objeto se retiraba.

Como no hallaron sobre él ningun indicio de la mision que iba á desempeñar, y por otra parte, como el soldado se fingió enfermo y dijo que iba á curarse á la Isabela, le dejaron en libertad, aunque seis indios le siguieron á corta distancia para ver si en efecto iba á la residencia de Colon.

## XII.

No tuvo más remedio que encaminarse á la Isabela.

Allí entregó la carta de Barahona, y los indios, satisfechos, volvieron á referir á Guarionex que nada tenia que temer.

Colon envió á su hermano Bartolomé al frente de un destacamento para que protegiese el fuerte de la Concepcion.

Estas fuerzas sorprendieron á Guarionex y á los suyos en el momento en que iban á penetrar en el fuerte.

La impetuosidad del ataque al caer sobre ellos fué tan grande, que quedaron en tierra multitud de indios, y Guarionex y catorce caciques quedaron presos en la fortaleza.

### XIII.

Mientras que Bartolomé perseguía á los fugitivos por haber faltado á la fé jurada, Barahona, sin formacion de causa, deseando satisfacer un sentimiento de venganza, ahorcó al rey Guarionex y á sus caciques.

Colon desaprobó esta conducta, y cuando supo los motivos que habian impulsado á Guarionex á castigar al comandante de su fortaleza, para dar un ejemplo á sus soldados, castigó á su vez á Barahona, degradándole en presencia de los españoles, y convirtiéndole en la humilde condicion de simple soldado.

### XIV.

Estos nuevos actos de hostilidad de los españoles contra los indios, acabaron de exasperar á los que no se habian librado de su tutela, guareciéndose en los dominios de Gayacoa, y comenzaron á oponerle una resistencia pasiva de fatales consecuencias.

Condenados á labrar la tierra para producir las cosechas con que aumentaban sus siempre escasas provisiones, los europeos, no sólo descuidaban sus faenas, sino que destruian las plantas para ver si á fuerza de privaciones y hambre podian rendir á sus enemigos.

Pero con esto los exasperaban, y no pasaba día

sin que sucumbiesen algunos indígenas de una manera desastrosa.

## XV.

Para librarse de estos castigos, abandonaban el territorio conquistado por los españoles; pero antes de marcharse incendiaban los bosques, destruían las plantas, destrozaban las chozas y se apoderaban de las montañas en donde podían, apiñados, oponer alguna resistencia al enemigo, en donde tenían en abundancia raíces y atías para mantenerse.

## XVI.

Desastrosa era para los europeos esta resistencia que les oponían los indios.

Pero no lograban privarles de lo necesario, porque con arreglo á las disposiciones de los reyes, todos los meses llegaba una carabela con provisiones suficientes, aunque no abundantes, para la alimentación de los colonos.

Más daño se hacían á sí propios que causaban á sus adversarios.

## XVII.

Aglomerados en pequeños espacios de tierra, tenían que guarecerse en el fondo de húmedas y pestilentes cavernas, con la intranquilidad de espíritu propia de los que á cada instante temían que se aproximaran sus perseguidores y los exterminaran; y caían

los pobres indios á millares, bajo el golpe de la cortadora segur de la muerte.

## XVIII.

Convencidos de lo inútil de su resistencia, de que no tenían más remedio que soportar aquella dura esclavitud, presentáronse algunos á manifestar que estaban dispuestos á pagar el tributo, y aunque por algun tiempo volvió á reinar la calma de Haiti, no era aquella tranquilidad la del triunfo, la de la alegría, la del bienestar.

## XIX.

Era una calma que se asemejaba mucho á la muerte.

Los opresores no podían dormir sobre sus laureles.

Bajo ellos se ocultaba el áspid envenenado.

Los oprimidos arrastraban sus cadenas ahogando los gemidos de su alma.

Haiti parecía ya un inmenso cementerio.

## XX.

Pero si odiaban á los españoles, mayor, más profundo, más encarnizado era el rencor que sentían hácia Guacanajari.

Su separacion de los demás soberanos habia sido la causa, segun ellos, de todas sus desdichas.

Un doble castigo debia aguardar á aquel infortunado príncipe.

sin que sucumbiesen algunos indígenas de una manera desastrosa.

### XV.

Para librarse de estos castigos, abandonaban el territorio conquistado por los españoles; pero antes de marcharse incendiaban los bosques, destruían las plantas, destrozaban las chozas y se apoderaban de las montañas en donde podían, apiñados, oponer alguna resistencia al enemigo, en donde tenían en abundancia raíces y atlas para mantenerse.

### XVI.

Desastrosa era para los europeos esta resistencia que les oponían los indios.

Pero no lograban privarles de lo necesario, porque con arreglo á las disposiciones de los reyes, todos los meses llegaba una carabela con provisiones suficientes, aunque no abundantes, para la alimentación de los colonos.

Más daño se hacían á sí propios que causaban á sus adversarios.

### XVII.

Aglomerados en pequeños espacios de tierra, tenían que guarecerse en el fondo de húmedas y pestilentes cavernas, con la intranquilidad de espíritu propia de los que á cada instante temían que se aproximaran sus perseguidores y los exterminaran; y caían

los pobres indios á millares, bajo el golpe de la cortadora segur de la muerte.

## XVIII.

Convencidos de lo inútil de su resistencia, de que no tenían más remedio que soportar aquella dura esclavitud, presentáronse algunos á manifestar que estaban dispuestos á pagar el tributo, y aunque por algun tiempo volvió á reinar la calma de Haiti, no era aquella tranquilidad la del triunfo, la de la alegría, la del bienestar.

## XIX.

Era una calma que se asemejaba mucho á la muerte.

Los opresores no podían dormir sobre sus laureles.

Bajo ellos se ocultaba el áspid envenenado.

Los oprimidos arrastraban sus cadenas ahogando los gemidos de su alma.

Haiti parecía ya un inmenso cementerio.

## XX.

Pero si odiaban á los españoles, mayor, más profundo, más encarnizado era el rencor que sentían hácia Guacanajari.

Su separacion de los demás soberanos habia sido la causa, segun ellos, de todas sus desdichas.

Un doble castigo debia aguardar á aquel infortunado príncipe.

---

## Capítulo XXVIII.

---

Muerte de Guacanajari.

### I.

Para tener una idea del hondo pesar que experimentaba Guacanajari, es necesario volver la vista á aquellos tiempos en que los judíos lloraban sobre las ruinas de Jerusalem.

Aún no hacia dos años que reinaba la alegría en su corazón.

Do quiera que tendía sus ojos, no hallaba más que horizontes risueños.

Las verdes selvas pobladas de pintados pájaros, los cristalinos arroyos, el trasparente azul del cielo, las brillantes estrellas que se agitaban en aquel firmamento tropical, recreaban su ánimo y embellecían los días de su vida.

El ángel de la paz protegía con sus alas aquella fértil tierra.

Rey de los reyes, desde los soberanos hasta los más humildes indios, le amaban y le respetaban.

## II.

Desde que el valiente Caonabo había llegado de Cibugueira y había unido su mano á la de Anacaona, los caciques, temerosos de su bravura, habían puesto término á sus expediciones, paseaban por la costa sin atreverse á mirar á las playas y caían sobre otros caciques donde no había guerreros formidables que se opusieran á su rapacidad.

## III.

En su palacio de Marien, al lado de su amada Ainaicua, oyendo cantar á las vírgenes los armoniosos airecitos, regalando su paladar con el xauxau (P), la sabrosa carne del caris, apagando su sed con el agradable fruto del majagua, nada alteraba su tranquilidad.

Sus vasallos trabajaban poco, porque sus necesidades eran escasas.

Horas enteras pasaban en las hamacas, suspendidas de los troncos, bajo la apacible sombra del follaje de los árboles entrelazados.

Nada necesitaban.

Su patria era un verdadero paraíso.

## IV.

Pero en breve tiempo aquel país se habia convertido en un verdadero infierno.

Las pasiones se habian despertado en el pecho de Guacanajari.

Ainaicua habia sucumbido al dolor de su desden y de la envidia.

Fascinado por los extranjeros, les habia dado franca entrada en su territorio, les habia permitido establecerse en él, y habia jurado defenderlos de los demás habitantes de la isla.

Aunque se habian hecho acreedores al castigo, al cumplir su palabra, habia dado el terrible espectáculo de una lucha civil.

## V.

Una nueva pasion habia aumentado la zozobra de su espíritu.

Seducido por Flor de Palma, habia aceptado la paz de Caonabo y se habia unido con él.

Más tarde, su debilidad de carácter le habia impulsado á romper aquel lazo que le volvía al lado de los españoles.

Seguro de que esta conducta le alcanzaria su proteccion en la terrible batalla que habia dado Caonabo á las huestes reunidas de los caciques, habia sido espectador de la horrorosa hecatombe que habia precedido á la esclavitud de todos los habitantes de la isla.

## VI.

Desde entonces, ni un instante de sosiego, ni un momento de calma.

El remordimiento laceraba su corazón.

Las ruinas que veía en todas partes, la tristeza que encontraba en el cielo, aumentaban su aflicción.

Consternados todos sus vasallos, se refugió en Marien.

## VII.

En medio de sus desdichas, abrigaba la esperanza de que los españoles no le impondrían el ominoso tributo que pagaban los indios.

Y sin embargo, desde el primer momento, los consejeros de Colón indicaron al almirante que Guacanjari debía satisfacer el impuesto como los demás.

Desoyó Colón estas indicaciones.

Era su amigo, era su aliado; sufría mucho, y no quería aumentar su desventura.

## VIII.

Pero ocurrió la conjuración de Guarionex.

Los indios que quedaban en la Vega huyeron des-pavoridos á refugiarse en las montañas.

Arrasaron los campos y dejaron de pagar el tributo.

Las provisiones europeas no bastaban á satisfacer las necesidades de los españoles.

## IX.

En situación tan desesperada, y hallándose Colón en el Cibao, mandó Bartolomé llamar á Guacanajari, para manifestarle que, á pesar suyo, se veía obligado á imponerle, del mismo modo que á sus vasallos, el pago del tributo.

Guacanajari acudió inmediatamente al llamamiento del adelantado.

## X.

Cuando supo su resolución, no pudo contener las lágrimas que abrasaban sus ojos.

¿Era aquel el pago de sus sacrificios?

Jamás hubiera presumido ser víctima de tan negra ingratitud.

No queriendo convencerse de que Colón hubiera dado aquellas órdenes, resolvió buscarle para hacerle presente la imposibilidad en que estaba de recoger oro, por no haberlo en sus dominios, y por que los otros indios, enemigos encarnizados de él y de los suyos, no le dejarían ir á buscar aquel metal que tantos sinsabores le causaba.

Partió de la Isabela con algunos de sus servidores con ánimo resuelto de buscar á Colón.

## XI.

Aquel viaje fué un horrible martirio para su alma.

Los otros indios huían al verle, despues de maldecirle.

Se negaban á darle hospitalidad.

Despues de una larga y dolorosa peregrinacion, llegó el infortunado soberano de Haiti á encontrarse en presencia del almirante.

## XII.

—Yo he sido tu amigo siempre,—le dijo;—te he abierto mis brazos y te he ofrecido mis tesoros; he luchado contra mis hermanos por tí; he apurado el cáliz de la amargura, contemplando á tu lado la destruccion de mi raza; mi corazon está herido de muerte; ya no soy yo quien reina en mis dominios: es la tristeza, es el dolor.

Apiádate de mí; no me impongas ese fiero tributo que vá á acelerar mi muerte, que vá á hacer á mis vasallos los más desgraciados de la isla, porque á la vergüenza de la esclavitud, tendrán que unir el odio y la execracion de sus hermanos.

## XIII.

Hay momentos en la vida del hombre, en que por generoso, por sensible que sea, no tiene más remedio que dominar sus sentimientos y obedecer la ineludible ley de la necesidad.

El tributo de Guacanajari y de los reyes era de todo punto indispensable para Colon.

## IX.

En situación tan desesperada, y hallándose Colon en el Cibao, mandó Bartolomé llamar á Guacanajari, para manifestarle que, á pesar suyo, se veia obligado á imponerle, del mismo modo que á sus vasallos, el pago del tributo.

Guacanajari acudió inmediatamente al llamamiento del adelantado.

## X.

Cuando supo su resolución, no pudo contener las lágrimas que abrasaban sus ojos.

¿Era aquel el pago de sus sacrificios?

Jamás hubiera presumido ser víctima de tan negra ingratitud.

No queriendo convencerse de que Colon hubiera dado aquellas órdenes, resolvió buscarle para hacerle presente la imposibilidad en que estaba de recoger oro, por no haberlo en sus dominios, y por que los otros indios, enemigos encarnizados de él y de los suyos, no le dejarían ir á buscar aquel metal que tantos sinsabores le causaba.

Partió de la Isabela con algunos de sus servidores con ánimo resuelto de buscar á Colon.

## XI.

Aquel viaje fué un horrible martirio para su alma.

Los otros indios huían al verle, despues de maldecirle.

Se negaban á darle hospitalidad.

Despues de una larga y dolorosa peregrinacion, llegó el infortunado soberano de Haiti á encontrarse en presencia del almirante.

## XII.

—Yo he sido tu amigo siempre,—le dijo;—te he abierto mis brazos y te he ofrecido mis tesoros; he luchado contra mis hermanos por tí; he apurado el cáliz de la amargura, contemplando á tu lado la destruccion de mi raza; mi corazon está herido de muerte; ya no soy yo quien reina en mis dominios: es la tristeza, es el dolor.

Apiádate de mí; no me impongas ese fiero tributo que vá á acelerar mi muerte, que vá á hacer á mis vasallos los más desgraciados de la isla, porque á la vergüenza de la esclavitud, tendrán que unir el ódio y la exécracion de sus hermanos.

## XIII.

Hay momentos en la vida del hombre, en que por generoso, por sensible que sea, no tiene más remedio que dominar sus sentimientos y obedecer la ineludible ley de la necesidad.

El tributo de Guacanajari y de los reyes era de todo punto indispensable para Colon.

El quería enviar continuamente navíos cargados de oro á España.

Así es, que por más que se lamentase de las desgracias de Guacanajari, no tuvo más remedio que desoir sus ruegos.

#### XIV.

—Este es un nuevo sacrificio que espero de tu amistad,—le dijo.

Guacanajari volvió desconsolado á Marien.

Sus dias estaban contados.

Durante tres meses, él y los suyos hicieron los mayores esfuerzos para reunir el oro que debían entregar en la Isabela.

#### XV.

Todos en peregrinacion fueron al terminarse aquel plazo á entregar su tributo.

La ominosa medalla de bronce fué colgada á su cuello.

El mismo Guacanajari, conteniendo las lágrimas que quemaban sus ojos, se adelantó hácia Bartolomé, y doblando en tierra la rodilla, presentó su cuello, en el que colocó el adelantado aquel padron de ignominia.

#### XVI.

—Esta es la última vez,—dijo Guacanajari con melancólico acento,—que te verán mis ojos.

La muerte ha tocado á mi frente con su dedo. La

raza de los reyes de Haiti vá á extinguirse conmigo.

Adios para siempre.

Y con el rostro hundido en su pecho, se adelantó silenciosamente delante de sus pobres vasallos.

Todos volvieron á Marien.

## XVII.

—Hoy es mi último dia,—exclamó Guacanajari, dejándose caer sobre la régia hamaca.—Voy á sufrir el castigo que merece mi debilidad. Butios, preparaos á separar la cabeza de mi cuerpo; cabad la fosa en donde reposarán siglos y siglos mis cenizas; el nuevo sol de mañana trazará sobre la losa que cubre el cadáver un terrible epitafio.

## XVIII.

Los butios rodearon la hamaca.

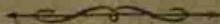
Los indios cayeron de rodillas.

La agonia de Guacanajari terminó.

Al dia siguiente el primer rayo del sol iluminó un cadáver.

Los indios de Marien sufrieron más que sus hermanos.

La paz y la alegría habian huido para siempre de sus corazones.



---

## Capítulo XXIX.

### La maledicencia.

#### I.

Mientras esta dolorosa tragedia tenía lugar en aquella comarca, condenada desde entonces á una perpétua lucha, los enemigos de Colon trabajaban sin descanso en España para eclipsar su gloria, para emponzoñar el resto de su vida, para desprestigiarle á los ojos del mundo, que admiraba su gran descubrimiento.

#### II.

Aguado estaba ya completamente de acuerdo con Fonseca.

El terrible enemigo de Colon habia adoptado una táctica que podia conducirle muy fácilmente al logro de sus deseos.

Aguado habia sido recomendado eficazmente á los reyes por Cristóbal Colon.

En su primera entrevista con los reyes habia confirmado el contenido de las cartas del almirante, y se habia mostrado muy adicto á su persona.

### III.

Era verdad que se habia malquistado con Diego Colon; pero la causa de su desavenencia era disculpable.

La belleza de Inés justificaba los deseos que habia tenido de unirse con ella.

Las demás personas á quienes preparaban al efecto los emisarios de Fonseca, podian llegar á hacer creer dos cosas: que Aguado estimaba á Colon, y que Fonseca no era hostil al almirante, puesto que protegia á uno de sus más predilectos amigos.

### IV.

De esta manera nada más fácil que lograr algun dia, cuando creciera el huracan que se desencadenaba contra Colon, que enviasen los reyes á Aguado á la Colonia para investigar lo que pasaba en ella, y entonces era cuando podia serle útil su complicidad con el protegido del gran marino.

### V.

Volvió, en efecto, Aguado á Valladolid, procuró á toda costa celebrar una entrevista con Diego Colon

para excusarse á sus ojos de los motivos que le habian obligado á acercarse á Inés, y ofreciéndole un firme propósito de enmienda, no tardó en alcanzar su perdón.

## VI.

—Deseo,—le dijo,—que seamos amigos, porque me consta que vuestro padre tiene muchos adversarios, que no falta quien intente oscurecer su gloria, y conviene que los que le conocemos á fondo, que los que admiramos su poderoso génio, estemos prevenidos para defenderle de las acusaciones que se formulen contra él.

## VII.

Mientras tanto, los colonos que habian llegado con Aguado y Gorbalan revelaban en todas partes lo estéril de la expedicion, las privaciones y enfermedades que habian sufrido, la triste situacion en que se hallaban los españoles que estaban con Colon, y estos rumores se extendian por todo el reino, y obligaban á las familias de los que habia en la colonia á emplear toda su influencia para que llegasen á oido de los reyes los padecimientos de sus deudos, y dictasen órdenes á fin de sacarles de aquella triste situacion.

## VIII.

A pesar de esto, como recordarán mis lectores, enviaron los reyes á Antonio de Torres con cuatro bu-

ques llenos de viveres y cartas muy satisfactorias para el almirante.

Fonseca esperaba con ansia á Américo Vespucio, porque su testimonio podria dar mayores garantías que los de los demás colonos.

Américo llegó á Búrgos con su hija.

El obispo le recibió y oyó de sus lábios una completa revelacion de lo que le pasaba.

## IX.

—He arrebatado á mi hija la fortuna,—le dijo;—no tengo más remedio que devolvérsela, y estoy dispuesto á todo con tal de que pueda labrar su porvenir. Desde este momento soy vuestro esclavo.

Fonseca le dió nuevos recursos para que pudiera confiar su hija á alguna familia pobre que cuidase de ella, y le envió á Valladolid, trazándole el programa de las personas cuyas relaciones debia buscar, para hablarles de Colon y sus descubrimientos en el sentido que convenia á sus planes.

Américo no quiso desprenderse de su hija.

La llevó en su compañía á Valladolid, y hospedándose en casa de una pobre mujer que vivia sola, la puso á su cuidado, y comenzó á ir poco á poco propagando la calumnia, que todos oian de sus lábios con regocijo, porque minaba una reputacion que era objeto de todas las envidias.

## X.

Aún no hacia un mes que estaba en Valladolid,

cuando circuló en la corte la noticia de la llegada á España de un buque que volvía de América con el padre Boil, Pedro Margarite y algunos otros colonos.

Desde el momento en que se supo, fueron aguardadas con ansia aquellas personas, y como desembarcaron en Sevilla, Soria, que ya estaba prevenido por Fonseca, celebró una conferencia con ellos, acogió con entusiasmo las calumnias que propalaron contra Colón, dió cuenta de ellas á Fonseca, y este, trasladándose á Valladolid antes de que llegasen los conjurados, se presentó á los reyes.

Conociendo que le era mucho más fácil despertar sospechas en el rey don Fernando, so pretexto de no desagradar á la reina, celebró su primera entrevista con el monarca.

## XI.

—¿Vuestra majestad,—le dijo,—tiene sin duda noticias de la llegada á España de un buque de las Indias?

—Lo sé, en efecto.

—El contador Soria ha conversado con los que han llegado en él, y ha sabido que han hecho su viaje sin el consentimiento de Colón.

—¿Y cómo se han atrevido á cometer semejante desacato?

—Yo no puedo creer lo que dicen, pues aunque es cierto que desde la llegada de las carabelas que trajeron las últimas cartas del almirante, circulan en el reino rumores poco favorables para él, no es posible

pensar que un hombre de tan nobles virtudes, de cualidades tan relevantes, oculte á los soberanos que le han concedido lo que á nadie, que le han elevado al pínaculo de la gloria, los desastres de que hablan los que han estado allí. Pero los que acaban de llegar, y entre ellos viene el respetable padre Boil, manifiestan que han tomado la determinacion violenta de abandonar la colonia sin el consentimiento del almirante, porque su conciencia no les permitia permanecer allí viendo lo que pasaba.

—¿El padre Boil dice eso?

—Y lo confirma don Pedro Margarite.

—Mucho me extraña que Margarite y el padre Boil obren de esa manera. Sobre todo, el primero ha merecido en todo tiempo á Colon las mayores atenciones, y en sus cartas nos ha hablado de él con elogio; deben ser muy poderosas las razones que ha tenido para faltar á su deber, porque hasta ahora su comportamiento no puede hacernos suponer en él infamia alguna.

—Yo, por mi parte,—dijo Fonseca,—no doy crédito á sus versiones. Tal vez el amor propio herido... Pero de todos modos, me parece que vuestra majestad debe recibir á los viajeros.

## XII.

—El rey manifestó que deseaba verlos, y Fonseca envió inmediatamente órdenes á Sevilla para que se trasladaran á Valladolid.

El rey comunicó á la reina las noticias que le habia dado Fonseca.

Tampoco la egregia Isabel pudo dar crédito á las noticias que llegaban de la colonia.

### XIII.

Sin embargo, Margarite y el padre Boil merecian toda su confianza, el primero por habérsele recomendado muy eficazmente Colon, y el segundo por que tenia de sus virtudes y de su talento la mejor opinion.

Los soberanos desearon con ánsia oir á los recién llegados.

Aguado, aleccionado por el obispo Fonseca, se apresuró á ir á palacio, y manifestó á los reyes que tambien habia llegado á su noticia aquellos rumores; pero que desde luego los consideraba una calumnia.

### XIV.

Todo esto se comentó en la ciudad, y por de pronto se pusieron en duda por algunos las cualidades, y hasta la lealtad del almirante.

El padre Boil, Margarite, Bernal Diaz de Pisa, Alonso Velez de Guzman y los demás que habian regresado con ellos á Valladolid, fueron inmediatamente llamados á palacio.



---

## Capítulo XXX.

---

Los calumniadores.

### I.

Recibidos por los reyes, se presentaron muy humildes, y el padre Boil, como el más autorizado, hizo uso de la palabra.

—Hemos cometido un acto de rebeldía,—dijo;—pero hemos cumplido un deber de conciencia, y como estamos seguros de haber obrado bien, nos presentamos á vuestras majestades para que se dignen mandar abrir una informacion sobre las acusaciones que nos creemos en el caso de fulminar contra el almirante. Mientras tanto, nos entregamos al tribunal que tenga á bien juzgarnos para sufrir el castigo que nosotros merecemos.

### II.

Este lenguaje en boca del jefe de los misioneros

que habian ido á las Indias, de un eclesiástico cuyas virtudes nadie podia poner en duda, produjo una gran sensacion en los reyes, y variando de aspecto, convirtieron su severidad en interés.

—Para juzgaros,—dijo el rey,—es necesario oiros. Hablad con entera libertad; decid las quejas que teneis contra el almirante, emitid fiel y lealmente vuestra opinion, y en vista del todo decretaremos lo que proceda.

El padre Boil, con estudiada sumision, se expresó en estos términos:

### III.

—No es mi ánimo culpar al ilustre marino, que ha merecido sin duda, puesto que la ha alcanzado, la magnánima proteccion de vuestras majestades. Aunque las apariencias le condenan hoy, por mi parte creo que las desdichas que hemos sufrido, y las penalidades que todavia sufren los que aún quedan por allí, son hijas, más que del almirante, de su obcecacion, de sus ilusiones. Pero no por eso es ménos digna de censura su conducta.

—¿Qué desgracias son esas á que aludis?—preguntó la reina.

—Gracias á un largo y penoso viaje, arribamos á algunas islas mandadas por caribes. La mayor parte de los pobladores de aquellos territorios que se levantan en medio del Océano, pertenecen á esa raza antropófaga, de la que algunas muestras han podido ver sus majestades en los indios que há poco envió Colon.

—Pero no todos son así. Las cartas de Colon, con-

firmadas por las reseñas del doctor Chanca, que le acompaña, dicen que los moradores de la Española son afables, pacíficos.

—Son más astutos que los caribes; pero en el fondo no se diferencian de ellos. Comprenda vuestra majestad cuál sería nuestro asombro y nuestra indignación al ver en las cabañas que visitamos miembros humanos puestos á secar para aparecer condimentados en los banquetes de los caribes.

Con horror contemplábamos aquellas madrigueras de tigres; pero nos sostenia la esperanza que nos habia hecho concebir el almirante de que al llegar á la Española halláramos tímidos corderos en los que la habitaban. Lejos de nuestra patria, entregados á las olas, deseábamos al fin llegar á las orillas en donde se levantaba la fortaleza de la Navidad. Llegamos en efecto, deseosos de estrechar en nuestros brazos á los españoles que allí se habian quedado. Ya saben vuestras majestades que no encontramos más que cadáveres, que la fortaleza era un monton de escombros.

Hay situaciones en las que las medidas que más violentas parecen pueden ahorrar grandes desgracias.

Todos aconsejábamos á Colon que impusiese un severo castigo á los que de aquella manera tan indigna habian abusado de sus fuerzas, á los que habian faltado á su palabra, á los que despues de brindar á los españoles franca y amistosa hospitalidad, los habian asesinado cobardemente.

Un simulacro de batalla hubiera bastado para amedrentar á los indios, para someterlos, y entonces la

religion hubiera subsanado todos los daños ocasionados por las armas. Amedrentados por el prestigio del triunfo, hubiéramos podido los misioneros internarnos en el seno de la isla, predicar la verdadera fé, inculcar en el alma de aquellos idólatras los principios de la fé y de la caridad, y despues de haber visto en nosotros unos conquistadores valientes, hubieran bendecido á la Providencia, por llevarnos á su lado para ofrecer á su alma los muchos y esplendentes horizontes de la civilizacion cristiana.

—¿Y aconsejásteis á Colon que observara esa conducta?—preguntó la reina.

—No fui yo solo; todos mis hermanos en Cristo, hasta los mismos capitanes de las carabelas, y los valientes soldados que le acompañaban, opinaron que su benevolencia podia muy bien parecer á los indios debilidad, y que era de todo punto indispensable, para que apreciaran la bondad en lo que valia, que reconocieran en nosotros la fuerza necesaria para avasallarlos.

—Digno de vuestra fama de hombre docto es el consejo que disteis al almirante.

—Desgraciadamente no lo aceptó. Nuestro jefe, más celoso de defender sus prerogativas que de sacrificarlas á la conveniencia, insistió en creer que Guacanajari era leal aliado nuestro, y que seria más conveniente para la realizacion de nuestros planes dejar sin castigo los espantosos crímenes cometidos por los indios en la primera fortaleza de los españoles, y agasajarlos para despertar en su alma el sen-

timiento de la amistad y evitar la efusion de sangre.

—Reconozco en ese rasgo,—dijo la reina,—á nuestro muy querido almirante.

—Yo tambien elogió su determinacion. ¿Cómo habia de rechazarla, siendo ministro de un Dios que es todo bondad, todo misericordia? Pero aquellas medidas, que en un pueblo cristiano, tratándose de seres racionales, hubieran producido buenos efectos, tenian que parecer á los naturales del país impotencia, miedo; tenian que envalentonarlos. Cuando la razon y la fuerza luchan en condiciones tan desiguales alcanza siempre el triunfo la primera.

—Sin embargo, las noticias que nos ha comunicado el almirante, prueban que es grande su prestigio. Ha escogido sin obstáculo alguno el paraje que le ha parecido mejor para fundar una colonia; ha encontrado madera y piedra para fabricar los edificios, ha podido establecer algunas fortalezas en el territorio de los caciques que les son más hostiles. Algunos de sus capitanes han hecho expediciones al interior de la isla, y el resultado de sus exploraciones es bastante satisfactorio.

—Mucho podria decir en contra de esas aseveraciones, si no me lo impidiese el respeto que como vasallo leal debo á mis reyes.

—Os hemos permitido hablarnos con franqueza,—dijo la reina.

—Sí, sí,—exclamó el rey;—necesitamos saber la verdad.

—Pues la verdad, señor, y pongo por testigo á

cuantos me oyen, es que las ventajas que se promete el almirante de su empresa son completamente ilusorias.

Acabamos de abandonar las playas en donde se habia establecido la fortaleza de la Navidad, porque eran mal sanas, porque los españoles caian en ellas heridos por mortales enfermedades, y sucumbian en medio de la más espantosa desesperacion.

Nos trasladamos á la Isabela, pintoresco país cubierto de flores; pero lleno tambien de espinas. La humedad del terreno, la escasez de los alimentos, las variaciones de la temperatura, han sido causa de que desde el primer momento estén enfermos la mayor parte de los españoles. ¿Y saben vuestras majestades lo que es estar enfermo en un país extraño, sin medicamentos para cortar los progresos del mal, sin recursos, lejos de la patria, sin el cuidado de la familia, con el convencimiento de lo inútil de la empresa, porque si algun oro hay en la isla está en el seno de las montañas, verdaderos valuartes que nunca podrán arrebatarse los españoles á los indios que las defienden, indios los más formidables, los más aguerridos, los más audaces de todo el territorio!

—Sin embargo, las muestras que ha enviado Colon...

—Precisamente viene con nosotros un hombre práctico,—dijo el padre Boil.—Vuestras majestades tienen delante á Fermin de Cado, gran conocedor de metales.

—Habla, habla,—dijo el rey, dirigiéndose á él.

—El oro,—dijo Fermin de Cado,—no compensará nunca los gastos hechos en los viajes, porque no se le encuentra más que entre las arenas de los rios, en muy pequeña cantidad; y seria necesario, para que produjera algo, convertir á todos los habitantes de la isla en buscadores de oro; y aun así, despues de ceruido, desecado y fundido, no valdria nunca lo que vale la gran mina de los portugueses.

—¿Estais conformes con la opinion que acabais de escuchar?—preguntó el monarca.

Todos los circunstantes se apresuraron á contestar afirmativamente.

#### IV.

—Nada hay más cierto por desgracia,—añadió el padre Boil.—Jamás producirá la isla lo que ha costado descubrirla, y la mejor prueba de ello la tienen vuestras majestades en el viaje que ha emprendido Colon para explorar otras islas y ver si encuentra en ellas oro.

Aquel argumento era de mucha fuerza.

#### V.

—Si hemos tomado la resolucion de volver, si aprovechándonos de su ausencia nos hemos apoderado de una de las carabelas que llevó su hermano Bartolomé, ha sido con el objeto de hacer un bien á nuestra patria, y hasta de poner término á las zozobras, á

las angustias, á los tormentos del almirante, porque su verdadera situacion es lastimosa.

Ha realizado hasta cierto punto su pensamiento; ha descubierto en medio del Océano la tierra que soñaba, sin detenerse á explorarla; creyendo haber puesto la mano en un tesoro, volvió á España, en donde la estimacion general contribuyó á su triunfo.

El pobre extranjero, que algunos años antes habia llegado á nuestro país implorando la caridad pública, se presentaba á los ojos de todo el mundo pagando la deuda de gratitud que habia contraído, ofreciendo en cambio de la limosna que habia recibido un Nuevo Mundo á la corona de España.

Esta primera conquista hizo creer que los sacrificios de la segunda expedicion hallarian recompensa. Se fletaron buques; ilustres capitanes, que habian ganado fama de valientes en las luchas contra los moros, formaron parte de la expedicion, y hay quien espera verle volver muy pronto con todos los navíos cargados de oro y piedras preciosas.

El lo sabe: al llegar vió que su triunfo no era tan grande como se habia figurado.

Los humildes habitantes de la isla se habian convertido en asesinos de los españoles; el oro que se prometia hallar en gran abundancia habia desaparecido de su vista.

El Oasis, la tierra de promision que habia creído encontrar, era un verdadero cementerio, en donde cada uno de los que le acompañaban tenia abierta una fosa.

—Todo eso es horrible,—exclamó la reina.

—Proseguid, proseguid,—dijo don Fernando.

—Es la triste verdad,—añadió el padre Boil;—pero el almirante no podía volver á decir á la nacion que le habia aclamado: «He padecido un error. Lo que yo supuse mansion de vida, es mansion de muerte; la humildad de los indios, es astucia y maldad. El oro es una quimera; renuncia á tus esperanzas. Humíllate despues de la controversia que has sostenido contra Portugal, ante esta nacion que, á tus soñadas conquistas del Océano, puede oponer sus brillantes descubrimientos en el Africa.»

Vuestras majestades comprenden que antes de hacer estas confesiones, prefiere el hombre pasar por todo.

—La duda, el martirio, el abatimiento,—dijo Margarite, que hasta entonces habia callado,—obligó al almirante, tan bondadoso con los indios, á ser cruel con ellos.

Sé que le debo muchos favores; sé que apareceré á los ojos de vuestras majestades como un ingrato; pero el deber es lo primero.

Los que estábamos á su lado veiamos lo estéril de sus expediciones, le aconsejábamos que volviéramos y renunciáramos á la conquista; pero á todas nuestras indicaciones contestaba con el mayor desden, y juzgando rebeldía en nosotros lo que era patriotismo, no tardó en malquistarse con todos los nobles.

—Obligó á trabajar á los hidalgos en la fabrica—

cion de las casas, igualándolos á los simples menestrales,—dijo Alonso Velez.

—Yo,—añadió Bernal Diaz,—he permanecido mucho tiempo arrestado por haber defendido los fueros de los nobles, á quienes obligaba á trabajar.

—Y lo más inaudito,—prosiguió el padre Boil,—es que obligó á trabajar á los misioneros, á pesar de las enfermedades que padecian; y en las épocas más calamitosas, en los momentos en que las provisiones escaseaban, les rebajó la racion, amenazándoles, al dirigirle reclamaciones, con castigos indignos, que los desprestigiaban á los ojos de los que debian ver á todas horas en ellos á los sacerdotes de su fé.

De todos modos, hubiéramos sufrido con resignacion tan cruel martirio; pero al abandonar nosotros la isla, hacia ya algunos meses que habia partido Colon con algunas carabelas para descubrir nuevas islas, y no volvia.

Las enfermedades se aumentaban; las provisiones disminuian por momentos; la desesperacion de los colonos no tenia límites, y en este duro trance, jugando el todo por el todo, resolvimos venir á elevar nuestras quejas á los piés del trono, para que se ponga pronto remedio á tantos males.

De lo contrario, si como es de presumir, ha perecido Colon con los que le acompañaban, nuestros hermanos, ó á manos de los indios ó víctimas de sus enfermedades, perecerán despues de una horrorosaagonia.

## VI.

Con asombro escucharon los reyes las acusaciones de Colon.

Las apariencias le culpaban.

Por otra parte, ¿cómo habian de aventurar noticias de aquel género hombres tan respetables como el padre Boil, capitanes tan distinguidos como Margarite y Bernal Diaz de Pisa.

Los encarnizados enemigos del ilustre marino se guardaron muy bien de referir las verdaderas causas que habian impulsado á Colon á tomar aquellas medidas violentas, y sus palabras influyeron poderosamente en el ánimo de los reyes contra el almirante.

## VII.

—Retiráos,—les dijo el rey,—en la seguridad de que pondremos eficaces remedios á tantos males.

El resultado de aquella entrevista se divulgó por la ciudad.

La envidia afiló sus armas.

La reputacion de Colon sufrió un ataque rudo.

## VIII.

Aguado continuaba calificando de exageradas las versiones de los recién llegados.

Fonseca, por su parte, aparentaba tambien ser favorable á Colon; pero por debajo de cuerda procuraba realizar sus designios.

---

## Capítulo XXXI.

### Perfidia.

#### I.

Por indicacion de Fonseca recibió el rey en secreto á Américo Vespucio, y este confirmó todas las noticias del padre Boil y de Margarite.

Aunque todos murmuraban del almirante, se guardaban muy bien de pronunciar ninguna palabra en contra suya delante de su hijo Diego.

Ni Inés ni él sabian una palabra de lo que decian en contra del almirante sus calumniadores.

La reina, á pesar de todo lo que habia oido, confiaba en su genio y en su honradez.

No así don Fernando, que empeñado en una sorda lucha con el rey de Francia, necesitaba poner término á los gastos que ocasionaba la conquista de las Indias, para destinar las cantidades que se invertian en

pertrechar sus ejércitos para obtener el triunfo sobre su rival.

## II.

El rey llamó á Fonseca.

—¿Qué os parece que hagamos en esta situación?

—Yo, por mi parte,—contestó Fonseca,—aguardaría á tener nuevas noticias del almirante; nunca se debe decidir sin oír á las dos partes. El celo ofusca, y puede ser que el padre Boil y los demás que le han acompañado hayan incurrido en el error con la mejor buena fé.

De todos modos,—añadió,—no sería malo comisionar una persona de toda confianza para que fuera á la colonia, se encargase de su mando, si está Colon todavía ausente de ella, ó para examinar los actos del almirante y la verdadera situación de los colonos, enviando su informe, á fin de que vuestras majestades puedan resolver lo que crean oportuno.

—Me parece muy bien esa idea,—dijo el rey.—¿A quién comisionaremos?

—En cuanto á eso,—dijo Fonseca con fingida mansedumbre,—nadie mejor que vuestra majestad puede designar entre sus servidores el que reuna condiciones más á propósito para desempeñar tan importante cargo. Si yo la designara, como no falta quien me calumnie, pensando que no estimo á Colon en lo que vale, podrian creerse falsos los informes que diera.

—A mí me basta conocer vuestra lealtad para sa-

ber que me designareis la persona más á propósito para realizar mis deseos.

—En ese caso,—dijo Fonseca,—me atreveré á designar á vuestras majestades á don Diego Carrillo, comendador de la orden de Alcántara.

### III.

Fonseca sabia que don Diego renunciaria á aquel cargo por hallarse en asuntos personales que no le permitian salir de Valladolid.

El rey, tomando en cuenta su indicacion, mandó comunicar á don Diego Carrillo la orden de prepararse á partir á la Isabela.

Fonseca, que tenia un gran interés en que la persona designada fuese Juan de Aguado, empleó los medios de que podia disponer para que doña Beatriz de Bobadilla, la íntima amiga de la reina, indicase á su soberana, que en el caso de enviar una persona que inspeccionase los actos de Colon, debia ser elegido Juan de Aguado, que era su leal defensor en aquellas circunstancias y que tantas simpatias le inspiraba, puesto que eficazmente le habia recomendado á los reyes.

La reina accedió á esta indicacion.

### IV.

Don Diego Carrillo confió un secreto al rey, y obtuvo lo que deseaba.

La reina aprovechó la ocasión para insinuar á su esposo el nombramiento de Juan de Aguado.

Consultado Fonseca, manifestó que no le parecia el candidato con la suficiente importancia para presentarse á Colon.

Pero fingió someterse á la voluntad de los soberanos, y recibió la orden, como superintendente de los negocios de Indias, de tener preparados los buques que deberia mandar Juan de Aguado, y las provisiones para los infelices colonos que habian de ir á bordo.

## V.

Detúvose la expedicion algun tiempo, durante el cual cumplió Fonseca su palabra, colmando de mercedes á los colonos que habian acusado á Colon, y especialmente á Américo Vespucio, á Bernal Diaz de Piza y á Alonso Velez.

Margarite recibió un alto empleo en pago de los servicios que habia prestado en la India, y unos y otros continuaban su obra demoleadora respectó de la reputacion del almiranté.

Uno de los famosos pilotos de Palos, Vicente Yañez Pinzon, hermano de Martin Alonso, cuya desastrosa muerte recordarán mis lectores, llegó á inspirar gran amistad al obispo Fonseca, por la misma razon de que odiaba al almirante, que habia sido causa de las desventuras de su familia.

## VI.

Vicente Yañez había acompañado á Colon en el primer viaje al mando de la *Niña*.

Con este motivo había tenido ocasion de convenirse de que en aquella parte del Océano había numerosas islas, y presumía que algunas de ellas debian albergar en sus entrañas ricos manantiales y piedras de valor.

Deseaba hacia tiempo emprender una expedicion por su cuenta y riesgo; pero no era posible, por ser aquellos viajes privilegio exclusivo del almirante y de las personas que á sus órdenes enviaran los reyes.

Volver á ponerse á las órdenes de Colon no le agradaba.

Deseaba obtener el permiso para mandar una expedicion, y en este sentido había hablado á Fonseca, prometiéndole que con los datos que tenia y sin la obcecacion del almirante, lograria mejores resultados que él.

## VII.

Convenció de tal modo al obispo, más que por la fuerza de sus argumentos por la esperanza de que si obtenia el premio eclipsaria la gloria de Colon, que aconsejó á los reyes que para averiguar cuanto antes la verdad, y convencerse de que no eran estériles los sacrificios que se hacian en la conquista de aquellos lejanos países, convenia otorgar licencia á cuantos

la pidieren para explorar las islas del Océano, imponiéndoles en cambio cierta contribucion, que redundaría en beneficio del tesoro.

Esta idea agradó mucho á don Fernando.

## VIII.

Tenia gran necesidad de recursos, y aunque se vió obligado á vencer la repugnancia de la reina, el 10 de Abril de 1495 se promulgó una pragmática, concediendo á los vasallos españoles el derecho de establecerse en la colonia de la Española, y el de emprender por su propia cuenta viajes de tráfico y descubrimientos en las regiones del Nuevo Mundo.

Exigiase á los que se resolviesen á llevar á cabo estas empresas, que saliesen del puerto de Cádiz, bajo la inspeccion de interventores nombrados por el gobierno.

Los que se embarcasen con direccion á la Española, sin soldados y á su costa, al llegar allí recibirían tierras y provisiones para un año, con el derecho de poseer las tierras y las casas que levantasen para habitarlas.

Permitíaseles conservar la tercera parte del oro que recogiesen.

Pero debían entregar las otras dos terceras partes á la corona.

De los demás artículos comerciales que produjese la isla, darian al Estado la décima parte, debiendo hacer sus compras con anuencia de los oficiales de su

corona y entregar la contribucion real al funcionario ó administrador destinado á recibirla.

Los particulares que fletasen buques, tenian obligacion de recibir á bordo, y conducir las gratuitamente hasta la isla, á dos ó tres personas designadas por el gobierno.

Asimismo debia quedar á disposicion de la corona la décima parte del tonelaje del buque, debiendo entregar á su vuelta la décima parte de los productos que importasen de los países descubiertos.

Comprendian estas ordenanzas á las embarcaciones que llevasen viveres á la colonia.

## IX.

Aun cuando estas medidas eran atentatorias al privilegio de que gozaba Colon, el rey no vaciló en dictarlas, porque eran un filon productivo y necesario para él en aquellos momentos.

Pero con el objeto de dar una satisfaccion al almirante, de atenuar en lo posible la violacion de los tratados que con él se habian hecho, se decretó que por cada buque particular que saliese, Colon se utilizaria de la octava parte de que gozaba, quedando autorizado para fletar otro por su propia cuenta.

Tales fueron las primeras consecuencias de la conjuracion llevada á cabo por el padre Boil y Pedro Margarite.

## X.

La autoridad de Colón, que necesitaba ser omnimoda en el Nuevo Mundo, iba á verse restringida.

El privilegio que en premio de sus altos servicios habia recibido, quedaba vulnerado.

Este acto de injusticia fué el gérmen de todos los males que el descubrimiento trajo á España.

La codicia de los navegantes les hizo considerar el país como un país conquistado, y con tal de saciar su ambicion, no vacilaban en aumentar el ódio de los naturales hácia sus opresores, ni en arrojar sobre aquella vírgen y honrada tierra los gérmenes de las malas pasiones, que ya en la vieja Europa se agitaban.

## XI.

Precisamente en los momentos en que se vulneraba de este modo la autoridad de Colón, en que sus enemigos trabajaban para desprestigiarle más y más, una inesperada noticia consternó á los que se habian unido al obispo Fonseca para coadyuvar á sus planes.

Desde Cádiz cundió instantáneamente por toda España la noticia de haber llegado al puerto cuatro buques al mando de Antonio de Torres, en uno de los cuales volvia Diego Colón, el hermano del almirante, á comunicar importantísimas noticias á los reyes.

## XII.

Diego Colon, advertido por su hermano, salió precipitadamente de Cádiz, y á marchas dobles llegó adonde estaba la córte, casi al mismo tiempo que la noticia del arribo de los buques.

Sin descansar siquiera, pidió en nombre de su hermano una entrevista á la reina, y esta le recibió con verdadero interés, porque lamentaba en el fondo de su alma los rumores que corrían en contra de su ilustre protegido.

---

---

## Capítulo XXXII.

### Rehabilitacion.

#### I.

A pesar del carácter pusilánime de Diego Colon, tuvo ocasion de enterarse durante su viaje por España de las acusaciones que se fulminaban contra su hermano, y unido esto á las instrucciones que habia recibido de Cristóbal, se sintió con bastante valor para esclarecer la verdad.

La primera pregunta que hizo la reina á Diego, fué la de si vivia su hermano.

—Sí,—contestó Diego;—vive para gloria de la nacion que le ha amparado, para honra suya.

La reina manifestó una viva alegría.

—He sabido, señora,—dijo Diego,—que los enemigos de mi hermano han anunciado á vuestras majestades que no habian tenido noticia alguna de él desde su marcha de la Isabela para explorar las islas pró-

ximas. Han faltado cobardemente á la verdad, porque hartos saben que en el momento en que abandonaron la isla estaba ya de vuelta.

—¿Luego le han calumniado?—preguntó doña Isabel.

—Después de un largo viaje de exploración, el cansancio, las privaciones, la zozobra, le hirieron de muerte. Volvió á la Isabela en un estado tan lamentable, que parecía que se acercaba el último día de su vida. Mientras todos le cuidábamos, sus enemigos, aprovechándose de las circunstancias, se apoderaron de uno de los buques que había enviado su hermano Bartolomé, y con su deserción, precedida de su desobediencia, dejaron la isla en un estado lastimoso. La Providencia quiso devolver la salud á Cristóbal, y gracias á su poderoso genio, todo ha vuelto á su antiguo estado. No con palabras destruye las calumnias de que hemos sido objeto, sino con hechos. Vea vuestra majestad esta carta que mi hermano me ha encargado poner en las reales manos de vuestras majestades; pregunten á los encargados de recibir el cargamento de los buques, si no es verdad lo que dice la carta.

## II.

Grande fué la alegría de la reina al convencerse de que no la había engañado su corazón.

Inmediatamente mandó llamar á su augusto esposo, y los dos leyeron la carta.

En ella relataba el almirante todas las peripecias

de su viaje por la costa de la isla de Cuba, el descubrimiento de la Jamaica, y las esperanzas que habia concebido del terreno que ganaba cada dia en el ánimo de los moradores de la Española, y anunciaba además el envío de crecidas cantidades de oro y de varios animales y curiosos vegetales que ofrecer á los reyes.

## III.

Diego refirió el verdadero móvil que habia impulsado al padre Boil, á Margarite y á sus secuaces á abandonar la isla.

Confirmado el contenido de la carta por las noticias que envió Soria al detallar el cargamento, se dispuso el castigo de los rebeldes.

El padre Boil fué condenado á dos años de reclusion en el seminario penitencial de Zaragoza.

Margarite á dos años de encierro en un castillo.

Bernal Diaz de Pisa y Alonso Velez de Guzman, fueron condenados á un año de galeras, y al mismo tiempo y condena se sentenció á los demás colonos que fueran habidos.

El obispo Fonseca ofreció en breve devolverles la libertad.

Américo Vespucio, condenado tambien, pudo escaparse á Portugal, teniendo que dejar á su hija en Valladolid al cuidado de Aldonza, la pobre mujer viuda que la cuidaba.

## IV.

Grande fué la desesperacion de Fonseca al ver

el resultado que habian tenido sus maquinaciones.

Pero los reyes, y sobre todo el rey, necesitaban dar satisfaccion al almirante y complacerle castigando á sus enemigos, para poder obligarle en cambio á que aceptase las medidas que habian dictado en provecho de los intereses del tesoro.

Aquello fué una reabilitacion para el almirante.

Fonseca, sin embargo, á pesar de haber manifestado á los reyes su contento, al ver desmentidas las calumnias que se habian fulminado contra el almirante, conducta que imitó Aguado, quiso mostrar gran celo en favor de los derechos de la corona, y habiéndose enterado de que Diego Colon habia retenido una cantidad de oro, pidió, en calidad de superintendente de los negocios de Indias, que se le entregase, pretextando que todo lo que venia en los buques sólo era para el tesoro.

## V.

Diego representó á los reyes, y estos escribieron inmediatamente á Fonseca, mandándole que entregase el oro á Colon, y le escribiese dándole todo género de satisfacciones, á fin de calmar el resentimiento que tuviera por su conducta.

En aquella carta le encargaban que consultase á los que acababan de llegar de la Española acerca del mejor modo de complacer al almirante, con el fin de que tomara las disposiciones oportunas para darle gusto en todo y por todo.

Aquello era una nueva humillacion, que exacerbó el ódio que profesaba al ilustre marino.

Preparóse á obedecer estas órdenes, y se prometió que el almirante le pagaria cara la humillacion de que era objeto.

## VI.

De acuerdo con las indicaciones que hacia Colon, mandaron los reyes que se limitase á quinientas el número de las personas que debian quedar en la Española.

Dispusieron tambien que los víveres se repartiessen por quincenas, y que no se emplease como castigo la privacion de alimento, por ser fatal á la salud de los colonos.

Para reemplazar á Fernando de Cado, nombraron á un hábil metalúrgico, llamado Pablo Belvis, el cual debia llevar consigo las máquinas y artefactos necesarios para extraer, ensayar y purificar los metales.

Los reyes designaron tambien á algunos eclesiásticos para que reemplazasen al padre Boil y algunos de los misioneros que estaban descontentos en la colonia, y deseaban volver á la Península.

## VII.

Todas estas medidas, que comunicaron en una carta los reyes á Colon, iban encaminadas á mejorar la situacion de sus vasallos, y la reina, que todo lo posponia á la gloria, encargaba muy particularmente que

se tomase con empeño la enseñanza y la conversión á la fé de los indios.

Generosa y magnánima, dispuso que los que habia enviado Colon con el objeto de que fueran vendidos, regresaran á su patria colmados de regalos y atenciones, para que pudieran en ella dar una idea de la bondad de sus conquistadores, predisponiendo á sus compatriotas á la humildad y á la obediencia.

Desgraciadamente en los momentos en que se dictaban estas órdenes, se reñía la famosa batalla de que ya tienen noticia mis lectores; los indios caian á millares bajo los golpes de los españoles, los perros de presa se cebaban en ellos, y los que no se habian refugiado en las montañas eran esclavos y tenian que pagar el ominoso tributo que se les habia impuesto (Q).

### VIII.

Fonseca logró que se nombrase á Juan de Aguado, indicando á los reyes que ninguna persona podia ser más grata para Colon, toda vez que con tanto empeño le habia recomendado á sus majestades, y que tan grandes habian sido los elogios que habia hecho de él para contrarestar las calumnias de sus enemigos.

Diego Colon recibió orden de volver á la colonia, y á fin de Agosto del mismo año, 1495, salieron de Cádiz cuatro carabelas bien provistas y con nuevos colonos, llevando á bordo á Juan de Aguado con el

carácter de interventor de los asuntos de la colonia, y á Diego Colon, el hermano del almirante.

## IX.

Los reyes le habian dado ámplios poderes.

Su credencial estaba concebida en estos términos:

*«Caballeros, escuderos y otras personas que por nuestra orden estais en las Indias: Os enviamos á Juan de Aguado, nuestro caballero, que os hablará de parte nuestra.*

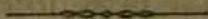
*»Os mandamos darle entera fé y crédito.»*

## X.

Los reyes, que al otorgar este poder á Juan de Aguado habian creido proporcionarle un medio de manifestar su gratitud á Colon, pusieron en sus manos un arma poderosa que aquel hombre taimado debia esgrimir contra el ilustre marino, que aun desde el apogeo de la fortuna, tenia que luchar con las pasiones de los hombres.

Pronto volveremos á hallar á Aguado interpretando de una manera censurable la voluntad de los soberanos.

Pero antes indiquemos la situacion en que se hallaban algunos de los personajes episódicos de esta historia.



---

## Capítulo XXXIII.

---

Astucia femenil.

### I.

Isabel Monteagudo, sin abandonar su traje de escudero, habia llegado á Sevilla, y desde allí se habia trasladado acompañando á Diego á Valladolid.

Habia sabido que se hallaba en aquella ciudad Alonso Velez, y resuelta á desoir la piedad de su pecho, y á vengarse de aquel malvado, que no sólo habia faltado á su fé, sino que habia contribuido á calumniar á su protector, al hombre que tantos beneficios le habia dispensado, le buscaba con ánsia para satisfacer su venganza.

En la colonia pudo recoger y guardar algunas cantidades de oro que vendió á bajo precio á un mercader judaizante, y con la cantidad que habia recibido de sus manos, tenia lo suficiente para realizar sus

planes sin necesidad de hacer uso todavía de la carta que para alcanzar la protección de los reyes le había dado Colon, recomendándola á su munificencia.

## II.

El mismo día en que llegó á Valladolid se presentó Diego Colon á los reyes.

Aquel mismo día se dictaron las órdenes contra los que habían calumniado al almirante, y el padre Boil y Margarite, que fueron habidos, partieron á la mañana siguiente á cumplir la condena de que habían sido objeto.

Bernal Diaz trató de escaparse, pero fué preso en Medina del Campo.

Alonso Velez se libró de la persecucion, ocultándose en una casa de los alrededores de Valladolid, en donde había logrado enamorar á una molinera muy rica y viuda, que había creído en sus protestas de amor, y correspondía á su afecto.

Américo Vespucio, confiando la niña á Aldonza, se dispuso á partir.

## III.

En el momento en que huía oyó pronunciar su nombre.

Instintivamente volvió el rostro, y reconoció á Isabel.

—¿Vos aquí?

—Sí, he venido á vengarme.

—¡Cuánto siento encontraros!

—¿Por qué?

—Me veo obligado á partir.

—¿Os persiguen tal vez?

—Si, se ha dictado una órden contra mí, y antes de que me envíen á las galeras voy á buscar mi salvacion en Portugal.

—Os acompañaré para que me conteis vuestras cuitas.

#### IV.

Hízolo así, en efecto, y Américo Vespucio le refirió todo lo que le habia pasado desde su regreso de América, el nacimiento de su hija, la muerte de Esperanza, y por último le reveló el pesar con que dejaba á su hija en poder de una extraña, recomendándola que fuese á ver á Aldonza y orase por su hija.

Y dándola un anillo que llevaba en el dedo:

—Aldonza entregará la niña á la persona que presente este anillo. Guardadle, y sólo en el momento en que sepais mi muerte, sacadle de su poder. Miradla como si fuérais su madre.

#### V.

Isabel por su parte le refirió los deseos que le habian obligado á regresar á España, y Américo, que habia tenido ocasion de conocer á Alonso Velez, el cual, por vanagloriarse delante de él y de algunos otros, habia referido sus amores con la molinera, le

manifestó las noticias que tenia, estimulando en la pobre mujer el odio que sentia hácia su falso amante.

Américo iba disfrazado de arriero.

Se despidió de Isabel, y esta volvió á Valladolid, prometiéndose no descansar hasta encontrar á Alonso y castigarle.

No le convenia que cayese en poder de la justicia, porque si le obligaban á cumplir la condena, tendria que aplazar todo el tiempo que durase el castigo su venganza.

## VI.

Rondó al molino, acechó oculta á la personas que entraban y salian en él, y resuelta á jugar el todo por el todo, al ver un dia á la molinera tomar el camino de la ciudad, se acercó á ella.

—¿Adónde vá la viuda Celestina?—dijo, aproximándose á la molinera.

—No conozco á vuesa merced,—le contestó.

—Falta sois entonces de memoria. Soy escudero del duque del Infantado.

—No lo dudo; pero francamente, creo que esta es la primera vez que nos vemos.

—Y sin embargo, yo quisiera que no fuera la última.

—Galanteador es el mancebo.

—No es culpa mia, sino de la molinera.

—¿Con requiebros se me viene?

—Quisiera tener algun lugar en vuestro corazon para poder confiaros un secreto.

—¿De amor sin duda?

—No; que ya sé que esos ojos, y esa cara, y ese donoso talle, no se han hecho para mí, lo que no quita para que me interese por vuestro bien y para que esté en el deber de deciros que os hallais en un grave riesgo.

## VII.

La molinera se detuvo y fijó una mirada escudriñadora en el falso escudero.

—¿Habeis dicho que yo estoy en peligro?

—En un peligro grave.

—¿Teneis gana de burla?

—Os hablo con sinceridad. La Inquisicion se está ocupando de vos estos dias.

Celestina se inmutó.

## VIII.

—¿Puedo saber la causa?

—Os la diré por el camino, si no teneis á mal que os acompañe.

—Mal está que un galan acompañe á una mujer.

—Sois viuda y libre, y además teneis curiosidad por saber lo que tengo que revelaros.

—Pues prosigamos, y hablad.

—Ved que si decís algo de lo que voy á referiros, puede hacerme mucho daño.

—¡Cuánto misterio!

—Mi calidad de escudero me ha permitido oír una

conversación en la que se pronunció muchas veces vuestro nombre. Si llega á saberse que os lo he comunicado, y os librais de las persecuciones de que sois objeto, sospecharán en seguida que he sido yo quien os ha informado, y perderé mi empleo, si es que no me mandan á remar por dos años á las galeras reales.

—Hablad, hablad por Dios. ¡Habeis despertado en mí una curiosidad tan grande!...

—No es para ménos el caso.

—¿Qué es lo que yo he hecho para que el Santo Oficio se ocupe de mí?

—Inspirar una pasión amorosa.

—¿Yo?

—Vos, sí; no podeis ocultarlo.

—Pero aunque así fuera, ¿no soy yo libre, como habeis dicho, para amar ó dejar de amar?

—Libre sois, ¿quién lo duda? Pero no le pasa lo mismo al objeto de vuestro amor.

—¿Qué decís?

—Digo que la Inquisición sabe que amais á Alonso Velez de Guzman, y que lo teneis oculto en vuestra casa para que la justicia no se apodere de él y le lleve, mal de su grado, á cumplir la condena que le ha sido impuesta por calumniador.

## IX.

Celestina no pudo ocultar la dolorosa impresión que aquellas palabras habian producido en su alma.

Isabel la miraba fijamente, y leyó en sus ojos lo que pasaba en ella.

—Eso no es verdad,—dijo.

—No os pongais encarnada para decirlo, yo no soy vuestro juez.

—Repito que esa es una falsedad.

—Lo será sin duda alguna, tanto mejor para vos; con eso cuando los familiares del Santo Oficio se presenten esta tarde, como piensan hacerlo, en vuestro molino, á registrarle para ver si tropiezan con el prófugo, se convencerán de que sois inocente, y yo tendré una satisfaccion.

—¿Decís que esta tarde piensa el Santo Oficio ir á mi casa?

—Si no os dais mucha prisa en volver de la ciudad, es muy posible que halleis á la Inquisicion en vuestro molino al volver á él.

—¡Oh! Eso es horrible,—exclamó Celestina, sin poder contenerse.

## X.

Involuntariamente se dispuso á retroceder.

—Qué, ¿no seguís adelante?

—No por cierto; ¿cómo quereis que deje entregada mi casa á la rapacidad de los inquisidores?

—¿Qué más os dá, si no ocultais á nadie?

—Tengo algun dinero, y ya se sabe que donde ellos entran... Voy, voy á volverme á casa para estar prevenida.

—¡Qué mal haceis,—dijo Isabel,—en no confiar en mí!

—Yo no os conozco.

—Me parece que las noticias que os he dado son suficientes para confiar. Si no me interesara por vos, en vez de exponerme, como me expongo haciéndoos esta revelacion, no habria acechado este momento para hablaros; los familiares habrian ido á vuestra casa esta tarde, y habrian hallado en ella á Alonso Velez, porque sé que allí está.

—Os juro que no está.

—Entonces, ¿por qué quereis volver?

—Para inspirar garantías á la justicia.

—Bien está; volved en hora buena, pero pensad que yo podria salvaros.

—¿Vos?

—Yo, sí.

—¿Cómo?

—Os hablaré con franqueza. Hace tiempo que os amo; dadme una esperanza, y yo os indicaré un paraje seguro para que podais librar á Alonso Velez de sus perseguidores.

## XI.

Celestina, que se veia en un grave apuro, creyó que nada aventuraba haciendo concebir esperanzas al jóven para tenerle propicio, y cambió de tono.

—Pues bien,—le dijo,—figuráos que no por amor, sino por gratitud hubiera yo ocultado en mi casa á ese hombre; ¿qué podríamos hacer para salvarle?

—Soy egoista; voy á arriesgarme mucho, y necesito la seguridad del premio.

—Indicadme vuestras condiciones.

—Una sola: vuestro amor.

—¿Cómo quereis que yo os le ofrezca, si esta es la primera vez que os veo, si no me habeis dejado tiempo para reflexionar?

—Oid el medio que hay para salvar á Alonso Velez. Volved á vuestra casa; yo iré solo á la ciudad, y como me han encargado que observe vuestro molino, diré que Alonso Velez ha salido esta tarde, y que hasta mañana no volverá. Mientras tanto, haceis que lo prepare todo para su marcha, y yo os ofrezco esta noche, á las ánimas, hacer que una persona de toda mi confianza lleve un caballo á la puerta de vuestro molino, para que pueda escaparse en él vuestro protegido por senderos y atajos que el guia que irá á buscarle conoce perfectamente.

Una vez libre, vendrán los familiares á buscarle, no le hallarán, y cuando ellos se marchen yo iré á verle.

## XII.

Celestina aceptó el plan de Isabel, creyendo que la esperanza de su amor le haria cumplir al pié de la letra lo pactado.

Volvió inmediatamente al molino, refirió á Alonso Velez lo que pasaba, y consiguió de él que se dispusiera á partir.



---

## Capítulo XXXIV.

---

Al maestro cuchillada.

### I.

Isabel, dispuesta á jugar el todo por el todo, compró un caballo, cambió su traje por el del mozo de mulas, y ocultó debajo de su capotillo una acerada daga.

Como el lector comprende, resolvió desempeñar las funciones de guía y de palafrenero de Alonso Velez.

Este hombre perverso estaba resuelto á partir de todos modos; pero temeroso de la pobreza que le aguardaba en su fuga, pensó, antes de abandonar la casa en donde habia hallado un asilo, cometer un crimen.

### II.

Celestina tenia guardados en un arca todos sus

ahorros, que representaban una cantidad respetable.

En un momento de expansion habia revelado á Alonso Velez que poseia aquel tesoro.

Desde aquel momento acarició la idea de que péciese á sus manos, y este infame proyecto llegó á ser en él una resolucion formal desde el instante en que supo que se veia en peligro.

Celestina, que creia en sus falsos halagos, convino con él en que partiria aquella noche.

Ella saldria al dia siguiente con direccion á Santander, en donde le esperaria, y una vez lejos de sus perseguidores, podian vivir de su amor y de la fortuna que la molinera habia reunido.

Alonso aceptó el trato.

### III.

A cosa de las seis se sentaron á cenar, y Alonso procuró que se embriagase la molinera.

No pudo conseguirlo, y cuando se levantaron de la mesa faltaba poco para el toque de ánimas, razon por la cual se despidió Alonso de su amada.

—Quiero que llesves algo para el camino,—le dijo ella;—ven, ven y te daré algunas monedas.

Le llevó á su habitacion, abrió el arca, y con el espectáculo del oro se aumentó la codicia del infame.

### IV.

Instantáneamente cayó sobre ella, y tapándola la

boca con un pañuelo, la arrojó en la cama boca abajo, la ató al lecho con una cuerda de cáñamo, y puso sobre ella dos colchones, que estaban de repuesto sobre el arca.

Recogió todo el dinero, apagó las luces, y bajó á la puerta á esperar la llegada de la mula.

Isabel no se hizo esperar.

Apenas sonó el toque de ánimas en la catedral, apresuró el paso y llegó al molino.

Dió un golpe en la puerta, é instantáneamente se abrió.

La noche estaba oscura y Alonso no pudo reconocerla.

## V.

—¿Estais ya?—dijo Isabel ahuecando la voz.

—Sí; vamos cuando gustéis.

Y tomó las riendas de su mula.

—Hacedme un favor,—añadió Alonso.

—¿Qué quereis?

—No sabemos lo que puede pasarnos, y conviene ir armados. Temeroso de infundir sospechas, he dejado en el zaguan, detrás de la puerta, un par de pistolas; pero veo que es mejor que las llevemos con nosotros.

Entrad y cogedlas mientras yo monto.

## VI.

Isabel, que no llevaba más que una daga, se alegró en extremo de aquella ocasion que le iba á pro-

porcionar un arma más poderosa, más eficaz que la que llevaba consigo.

Cerró, y no bien había entrado, cuando Alonso Velez cerró la puerta con llave, dejó dentro á Isabel, y montando en su mula, se alejó precipitadamente del molino.

La jóven volvió á la puerta, y al hallarla cerrada comprendió la mala pasada que le había jugado Alonso Velez.

Forcejeó para ver si podía abrirla; pero sus esfuerzos eran inútiles.

En medio del silencio de la noche, oyó el precipitado ruido de la carrera de la mula, y comprendió que había perdido la ocasion de vengarse.

## VII.

En aquellas circunstancias, no tenía más remedio que escaparse antes de que la sorprendiera nadie.

Pero ¿cómo encontraba una salida, desconociendo, como desconocía, las habitaciones de la casa?

No tenía más remedio que llamar á Celestina y decirle, que no habiendo encontrado una persona de toda su confianza para poder acompañar á Alonso Velez hasta dejarle en salvo, había ido él mismo.

Optando por este medio, que era el único favorable, anduvo á tientas por la casa, llegó al hogar en donde aun había fuego, vió colgadas en la cocina unas teas de resina, encendió una, registró toda la planta

baja de la casa, subió al piso principal, y entró en la alcoba de la molinera.

## VIII.

El arca estaba abierta.

Se acercó al lecho y vió con espanto asomar por debajo de los colchones una mano crispada.

Inmediatamente quitó los colchones de la cama y descubrió á la molinera con la mordaza en la boca y atada á la cama.

Al verla retrocedió espantada.

Su situación era más crítica, más lastimosa de lo que pensaba.

Si no encontraba medio de salir de aquella casa, al dia siguiente, cuando entrase la justicia á averiguar por qué razon estaba encerrada en casa, la hallarian en ella, y apareceria á los ojos de todo el mundo como el asesino de Celestina.

## IX.

—Puede ser que aun no haya muerto,—se dijo.

Y venciendo el miedo, tocó su mano.

Estaba helada.

Buscó su pulso.

No halló un solo latido.

No habia duda, aquello era un cadáver.

Abrió la ventana de la habitacion, midió la altura, y resolvió evadirse por allí.

Desató á Celestina, y sujetando la cuerda á la favela de la ventana, se descolgó por ella trabajosamente, y comenzó á correr, cuando lanzando de pronto un grito, cayó en tierra herida por una bala.

## X.

Poco despues se acercaron á ella dos hombres.

Uno anciano y otro que parecia su criado.

A pesar de la oscuridad de la noche, vió el anciano el anillo que llevaba en el dedo; el anillo que antes de separarse de ella le habia dado Américo Vespucio.

Al verle se estremeció.

El criado que registraba la herida,

—Es una mujer,—exclamó.

—Esperad aquí un instante,—dijo el anciano.

Y dirigiéndose á una casa que habia á poca distancia, llamó, hizo bajar á la puerta al dueño de ella, que era un pobre tejedor, le habló, puso en sus manos una bolsa llena de oro, y volviendo adonde estaba su criado con el herido, lo trasladaron á aquella casa, en donde le prodigaron toda clase de auxilios, porque aquella mujer disfrazada de hombre encerraba un enigma para el anciano, y necesitaba á toda costa descifrarle.

El habia sido quien habia disparado la pistola contra ella.

Se dirigia hácia Valladolid, y habia visto abrirse la ventana del molino y desprenderse por ella aquel bulito que le pareció un hombre.

Como corrió en seguida, pensó que era un ladrón, y para detenerle y castigarle disparó su arma.

El anillo que habia hallado en sus manos le habia sorprendido en extremo.

## XI.

El anciano era don Alfonso Orlini.

Aquel anillo era el anillo de boda que habia dado á Esperanza.

Esperanza, á su vez, habia regalado aquella prenda á Américo.

Américo la habia entregado á Isabel para que pudiese sacar á su hija de manos de Aldonza.

¿Cómo estaba en su poder aquella prenda que recordaba á un mismo tiempo al anciano su felicidad y su desgracia?

Necesitaba saberlo, porque precisamente el único deseo que le llevaba á España era encontrar á Américo Vespucio.

La herida de Isabel era bastante grave, y en muchos dias no pudo satisfacer la ansiedad del anciano.



---

## Capítulo XXXV.

Arcanos de la Providencia.

### I.

A los dos meses de la desaparición del peregrino con la niña que Mauricio y Teresina creían hija de don Alfonso, se vió Marieta acometida de una grave enfermedad.

Los aldeanos vieron en esto un castigo del cielo por haber engañado á don Alfonso.

El pobre anciano creía que aquella era su hija; cuando iba á verla la colmaba de caricias, y para consolar á los padres de la niña robada, les ofreció asegurar su porvenir.

Pero Marieta, á quien llamaba Esperanza entonces, cayó enferma, y la aflicción de Mauricio y Teresina infundió serias sospechas á don Alfonso.

### II.

La niña murió, y sus padres, que unían al pesar de

haber perdido á su hija el remordimiento de haber engañado á don Alfonso, le revelaron la verdad.

Entonces supo el pobre anciano el engaño de que habia sido víctima, y sin cuidarse de castigar á los culpables, su único deseo fué encontrar á la niña.

Ofreció grandes sumas á quien pudiera indicarle el paradero de Américo Vespucio, y la pobre mujer que, al escaparse del meson le habia dado un asilo en su casa, fué á ver á don Alfonso, le contó lo que sabia, y hasta el mismo duque de Médicis, viendo cuán grande era su aficcion, no pudo ménos de revelarle que Américo Vespucio habia sido enviado á España para desempeñar una mision importante.

Con estas noticias se puso don Alfonso en camino, resuelto á buscar al seductor de su esposa para arrebatarle aquella niña, cuya felicidad queria labrar; pero lejos de él, lejos del hombre criminal que la habia engendrado.

### III.

Tomando lenguas en las ciudades de España que habia recorrido, supo que Américo habia sido condenado por las calumnias que habia propalado en contra de Colon, y se dirigió precipitamente á Valladolid, con el objeto de ver si habia sido preso, y de averiguar dónde estaba su hija.

Llegaba precisamente, cuando vió á Isabel bajarse de la ventana del molino, y no pudo ménos de asombrarse al descubrir en su mano el anillo, que era

un indicio grande, poderoso, para realizar sus designios.

Pero al mismo tiempo que hallaba un indicio, por su propia mano habia condenado acaso al silencio eterno á aquella persona que podia satisfacer su ansiedad.

La ansiedad de don Alfonso era grande.

#### IV.

A fuerza de oro pudo comprar el silencio de aquel mozo de mulas que le habia acompañado, y no satisfecho aún con aquello, envió á Valladolid á buscar á un médico con el mayor sigilo para que asistiese al enfermo.

Por de pronto, le arrebató el anillo que llevaba, porque aquella prenda no debia estar más que en su poder.

Reanudando sus ideas, recordó que Isabel habia sido algun tiempo camarista de su esposa.

Cuando averiguó las relaciones criminales que existian entre Esperanza y Américo Vespucio, no la interrogó.

Su servidora podia muy bien haberse apoderado de aquella joya, ó haberla recibido en premio de algun servicio importante.

Necesitaba que Isabel viviera para interrogarla, porque no teniendo duda de que si habia estado Américo en Valladolid, como suponía, habria visto á Isabel, á ella podria interrogarle dónde se habia refugiado.

## V.

Quince días trascurrieron, en los que la pobre mujer luchó con la muerte.

Al cabo de este tiempo entró en convalecencia, y don Alfonso se ocultó de su vista para no infundirla temor y evitar una recaída.

Oculto en casa del tejedor, aguardaba por momentos el completo restablecimiento de Isabel para interrogarla.

Llegó por fin el día deseado.

Isabel preguntó á las personas que la asistían cómo se hallaba allí.

No recordaba más que el lazo que le había tendido Alonso Velez; así es que sus palabras despertaron graves sospechas en el tejedor, porque se había enterado de lo que había ocurrido en el molino, suceso del que más tarde daré cuenta á mis lectores.

Temeroso entonces el dueño de la casa, en donde había sido acogida Isabel, de que la justicia pudiera informarse de la protección que le había dispensado, le interrogó para saber si tenía alguna parte en el crimen que se había cometido.

## VI.

Isabel contestó con sinceridad á todas las preguntas que le dirigieron.

un indicio grande, poderoso, para realizar sus designios.

Pero al mismo tiempo que hallaba un indicio, por su propia mano habia condenado acaso al silencio eterno á aquella persona que podia satisfacer su ansiedad.

La ansiedad de don Alfonso era grande.

#### IV.

A fuerza de oro pudo comprar el silencio de aquel mozo de mulas que le habia acompañado, y no satisfecho aún con aquello, envió á Valladolid á buscar á un médico con el mayor sigilo para que asistiese al enfermo.

Por de pronto, le arrebató el anillo que llevaba, porque aquella prenda no debia estar más que en su poder.

Reanudando sus ideas, recordó que Isabel habia sido algun tiempo camarista de su esposa.

Cuando averiguó las relaciones criminales que existian entre Esperanza y Américo Vespucio, no la interrogó.

Su servidora podia muy bien haberse apoderado de aquella joya, ó haberla recibido en premio de algun servicio importante.

Necesitaba que Isabel viviera para interrogarla, porque no teniendo duda de que si habia estado Américo en Valladolid, como suponía, habria visto á Isabel, á ella podria interrogarle dónde se habia refugiado.

## V.

Quince dias trascurrieron, en los que la pobre mujer luchó con la muerte.

Al cabo de este tiempo entró en convalecencia, y don Alfonso se ocultó de su vista para no infundirla temor y evitar una recaida.

Oculto en casa del tejedor, aguardaba por momentos el completo restablecimiento de Isabel para interrogarla.

Llegó por fin el dia deseado.

Isabel preguntó á las personas que la asistian cómo se hallaba allí.

No recordaba más que el lazo que le habia tendido Alonso Velez; así es que sus palabras despertaron graves sospechas en el tejedor, porque se habia enterado de lo que habia ocurrido en el molino, suceso del que más tarde daré cuenta á mis lectores.

Temeroso entonces el dueño de la casa, en donde habia sido acogida Isabel, de que la justicia pudiera informarse de la proteccion que le habia dispensado, le interrogó para saber si tenia alguna parte en el crimen que se habia cometido.

## VI.

Isabel contestó con sinceridad á todas las preguntas que le dirigieron.

—Pero ¿cómo estoy yo aquí?—dijo á su vez la pobre convaleciente.

El tejedor le refirió lo que habia pasado.

—Cuando os arrojásteis de la ventana para poner os en salvo, llegaba á Valladolid un caballero, el cual, al ver os huir de aquel modo, sospechó que érais un ladrón, y os disparó el pistoletazo que ha sido causa de vuestra herida; pero al reconocer os tuvo una inmensa pena, y os trajo á esta casa, en donde ha costeado todos los gastos de vuestra curacion, y en donde ha procurado ocultaros de todo el mundo para que no pudieran atribuiros parte en el asesinato cometido en el molino.

—¿Y quién es ese caballero?—preguntó Isabel.

—Un antiguo conocido vuestro, que desea que vivais para poder os resarcir del daño que involuntariamente os ha causado.

—¿Está en Valladolid?

—No por cierto; habita en esta casa.

—¡Ah! Pues rogadle que venga á verme.

## VII.

El tejedor avisó á don Alfonso, y este se presentó á Isabel.

La pobre madre no tardó en reconocerle.

Instintivamente fijó los ojos en su mano buscando el anillo.

No lo encontró, y la idea de haberle perdido y de estar á su lado don Alfonso, le hizo comprender quién le habia sustraído de sus manos.

—¿Me reconocéis?—preguntó el esposo de Esperanza.

—Sí, os reconozco,—dijo Isabel, bajando los ojos.

—¿Podeis explicarme por qué razon huíais la noche en que tuve la desgracia de heriros?

—Es una triste historia.

—Creo tener derecho á saberla.

—Y yo deseo confiároslo.

—Pues hablad.

### VIII.

Isabel refirió á don Alfonso los motivos que le habian impulsado á disfrazarse de aquel modo para ir al molino y vengarse de Alonso Velez.

—Desgraciadamente,—dijo don Alfonso,—os herí; pero acaso esto os ha salvado de una muerte afrentosa, porque si os hubieran sorprendido huyendo de aquel modo, hubieran creído que érais el asesino de la pobre molinera, y hubiérais perecido en el cadalso.

—No hablemos de eso,—dijo Isabel.—Yo bendigo la mano que ha disparado contra mí el arma, porque quizás á ella debo los medios de poder realizar mi venganza, aunque más tarde de lo que pensaba.

—A mi vez necesito haceros una pregunta.

—Os debo tanto, que estoy dispuesta á obedeceros.

—Al hallaros herida, encontré en vuestras manos un anillo, que os he quitado, porque es una prenda que en los dias más felices de mi vida ofrecí á la que fué mi esposa. ¿Cómo se hallaba en vuestro poder esa joya?

—Me exigís que falte á una palabra que he empeñado.

—Si el sentimiento de la gratitud no os mueve á hablar, que os impulse al ménos mi ansiedad, el dolor del esposo que ha llorado las faltas y la muerte de la que fué compañera de su vida.

—Pues bien, si; os diré todo lo que sé. Ese anillo me lo ha entregado Américo Vespucio.

—¿Cuándo?

—Unos dias antes de la noche en que me hallásteis.

—¿Luego estuvo en Valladolid?

—Sí, estuvo; ya sabeis que pudo robaros á su hija; pero despues de haberla sustraído del poder de las personas bajo cuya custodia la habíais dejado, supo vuestra voluntad respecto á la niña, y conociendo que habia arrebatado á su hija una fortuna, y dispuesto á resarcirla, vino á España llamado por un alto personaje para apoyar las acusaciones dirigidas contra Cristóbal Colon.

Desmentidas estas acusaciones hace poco, fueron condenados todos los que las habian sustentado, y Américo Vespucio, viéndose próximo á ser separado de su hija, se resolvió á partir. Yo, que he llegado hace poco de las Indias en busca del infame que ha acibarado los dias de mi existencia, pude hallarle en los momentos en que se escapaba, le acompañé, me confirió sus cuitas, y me entregó el anillo que me habeis arrebatado. ¿Con qué objeto?

Sé que sois bueno y generoso; sé que al descubrir

los secretos de América voy á labrar de nuevo la felicidad de su hija: por eso os voy á hacer una revelacion. Me dió ese anillo para que yo pudiera sacar á esa hija del poder de la persona á quien la habia confiado.

## IX.

La alegría brilló en los ojos de don Alfonso.

—No basta lo que me decís. Es necesario que yo sepa donde está esa niña, quién la cuida, y yo os prometo entonces llevármela á mi lado, y devolverle el bien que su desventurado padre le ha arrebatado al robármela.

Isabel dió á don Alfonso las señas de Aldonza, y el anciano, en pago de aquel beneficio que le dispensaba, ofreció amparar á Isabel y no abandonarla hasta que estuviera completamente restablecida.

## X.

La convalecencia adelantó con rapidez.

Isabel se puso completamente buena, y don Alfonso la llevó á una aldea próxima á Valladolid, pagando su hospedaje para que viviera allí algunos meses, y entregándola una cantidad á fin de que no tuviera necesidad de buscar recursos en algun tiempo.

Inmediatamente despues fué á casa de Aldonza, y presentándola el anillo,

—Vengo á buscar á la niña de parte de su padre, que está en Portugal.

## XI.

Aldonza vió el anillo, y aunque sintió separarse de aquella niña, no tuvo más remedio que entregársela.

Don Alfonso se dirigió á Florencia, y tomando un aya para Esperanza, empezó á cumplir la palabra que habia dado á Isabel.

Todos sus cuidados los reconcentró en la niña.

## XII.

Aun no hacia un mes que estaba Isabel en la aldea, cuando un arriero anunció que habia sido preso el asesino de la molinera en los alrededores de Valladolid.

—¿Sabeis quién es?—preguntó Isabel.

—He oido decir que es un hidalgo.

—¿Recordais su nombre?

—Vaya si lo recuerdo; Alonso Velez de Guzman.

Isabel se inmutó.

Dos días despues abandonó la aldea, y se encaminó á Valladolid.



---

## Capítulo XXXVI.

---

El fantasma.

I.

¿Cómo había descubierto la justicia al verdadero criminal?

Para contestar á esta pregunta, necesito llevar á mis lectores, en el dia que siguió al asesinato de la molinera, á la misma casa en donde habia ocurrido la catástrofe.

Nadie oyó el tiro que habia disparado don Alfonso; pero por la mañana muy temprano las labradoras que salieron al campo vieron abierta una de las ventanas del molino, y en ella una cuerda, que sin duda habia servido á un criminal para entrar en su habitacion ó salir de ella.

El primero que llegó se detuvo á contemplar la cuerda, manifestó sus dudas á los que llegaron despues, unos y otros comentaron aquel indicio, y re-

solvieron volver á Valladolid á dar parte á la Santa Hermandad de aquel descubrimiento.

## II.

Inmediatamente se dirigió la justicia al molino.

Examinando bien el terreno, vieron las herraduras de una mula desde la puerta de la casa hasta la ciudad.

Las mismas huellas encontraron en el camino que conducia desde el molino á Torrelobaton.

Al pié de la ventana descubrieron muy marcada la forma de la suela de dos borceguies, y en direccion hácia el punto en donde cayó herida Isabel casi las mismas huellas, aunque más imperceptibles.

Todo aquello indicaba que se habia descolgado una persona desde la ventana.

¿Pero con qué objeto?

## III.

Llamaron á la puerta y nadie respondió.

Inmediatamente dispuso la autoridad que se buscase á un herrero para que forzase la cerradura.

Llegó el herrero, y en medio de un concurso numeroso, que acudió al teatro de la catástrofe poseido de la más viva curiosidad, se abrió la puerta y penetró el alcalde con el escribano y los cuadrilleros.

Al llegar á la habitacion de la molinera comprendieron lo que habia pasado.

## IV.

La pobre mujer estaba muerta encima de su lecho, del mismo modo que la habia dejado Alonso Velez.

Examinado el cadáver, comprendieron que su asesino la habia atado, porque en las muñecas se conservaba todavía la línea cárdena que habia formado la ligadura.

Confrontando la cuerda con la línea, vieron que la cuerda que habia servido al asesino para escaparse era la que habia utilizado para atarla.

Convencidos por estos indicios de que la molinera habia sucumbido violentamente, registraron la habitacion, y viendo que el arca estaba abierta; se convencieron de que la molinera habia sido asesinada por el ladron, y que habia sido uno solo lo demostraban las huellas iguales de sus borceguíes.

## V.

Instantáneamente se llamó á las personas más próximas al molino, y sufrieron un interrogatorio.

La autoridad supo por ellos que Celestina vivia sola, que era viuda, y que habia motivos para creer que guardaba bastante dinero.

Desde la muerte de su marido no habian entrado en su casa más que dos mozos para hacer las molliendas.

Pero hacia diez días que había despedido á los mozos.

No faltó, sin embargo, quien hubiera visto entrar en su casa á un hidalgo, precisamente el mismo día en que se decretó la prision de los que habían calumniado á Cristóbal Colón.

Esto era un dato muy importante, que hacía suponer desde luego que el que había entrado en el molino, y no había vuelto á salir, era uno de los sentenciados, que había buscado allí un asilo.

## VI.

Margarite estaba en un castillo.

El padre Boil había salido á sufrir su condena en el seminario penitencial de Zaragoza.

Se habían recibido noticias de Portugal, anunciando la llegada de Américo Vespucio, y había motivos para creer que Bernal Díaz de Pisa había traspasado la frontera de Francia.

En cambio no se sabía nada absolutamente del paradero de Alonso Velez.

Se pidieron las señas del desconocido á la persona que le había visto entrar en el molino, y las señas que dió convenian con las de Alonso Velez.

Los antecedentes de este hombre aumentaron las probabilidades de que hubiera sido él el asesino, y no resultando responsabilidad contra ninguna otra persona, despues de disponer la autoridad que se diera sepultura al cadáver, se procedió á buscar al presunto reo.

La Santa Hermandad pasó aviso á los cuadrilleros de las poblaciones más próximas, dictando auto de prision contra Alonso Velez de Guzman en cuanto fuere habido.

El malvado se habia dirigido hácia Torrelobaton, y hallando en el camino á muy corta distancia á un pastor, le preguntó cuál era el pueblo más próximo.

El pastor le dijo que á cosa de tres leguas se hallaba el indicado pueblo.

## VII.

—¿Y no hay algun atajo?— preguntó Alonso Velez.

—Uno hay; pero nadie se atreve á pasar á estas horas por él.

—¿Por qué razon?

—Porque hay á unas diez varas del sendero un caseron deshabitado, que se incendió hace más de diez años, y abandonado por sus dueños, fué escogido por las brujas para aquellarre.

—Guiadme á esa madriguera,—dijo Alonso Velez.

—¡Dios me libre de semejante cosa!

—Te daré diez maravedis de plata.

—Aunque me diera vuesa merced ciento.

—Pues indicame al ménos por dónde debo ir.

—¿No tiene vuesa merced miedo á las brujas?

—Algo las temo; pero necesito llegar cuanto antes al pueblo, y estoy dispuesto á arrostrarlo todo.

Pero hacia diez dias que habia despedido á los mozos.

No faltó, sin embargo, quien hubiera visto entrar en su casa á un hidalgo, precisamente el mismo dia en que se decretó la prision de los que habian calumniado á Cristóbal Colon.

Este era un dato muy importante, que hacia suponer desde luego que el que habia entrado en el molino, y no habia vuelto á salir, era uno de los sentenciados, que habia buscado allí un asilo.

## VI.

Margarite estaba en un castillo.

El padre Boil habia salido á sufrir su condena en el seminario penitencial de Zaragoza.

Se habian recibido noticias de Portugal, anunciando la llegada de Américo Vespucio, y habia motivos para creer que Bernal Diaz de Pisa habia traspasado la frontera de Francia.

En cambio no se sabia nada absolutamente del paradero de Alonso Velez.

Se pidieron las señas del desconocido á la persona que le habia visto entrar en el molino, y las señas que dió convenian con las de Alonso Velez.

Los antecedentes de este hombre aumentaron las probabilidades de que hubiera sido él el asesino, y no resultando responsabilidad contra ninguna otra persona, despues de disponer la autoridad que se diera sepultura al cadáver, se procedió á buscar al presunto reo.

La Santa Hermandad pasó aviso á los cuadrilleros de las poblaciones más próximas, dictando auto de prision contra Alonso Velez de Guzman en cuanto fuere habido.

El malvado se habia dirigido hácia Torrelobaton, y hallando en el camino á muy corta distancia á un pastor, le preguntó cuál era el pueblo más próximo.

El pastor le dijo que á cosa de tres leguas se hallaba el indicado pueblo.

## VII.

—¿Y no hay algun atajo?— preguntó Alonso Velez.

—Uno hay; pero nadie se atreve á pasar á estas horas por él.

—¿Por qué razon?

—Porque hay á unas diez varas del sendero un caseron deshabitado, que se incendió hace más de diez años, y abandonado por sus dueños, fué escogido por las brujas para aquellarre.

—Guiadme á esa madriguera,—dijo Alonso Velez.

—¡Dios me libre de semejante cosa!

—Te daré diez maravedís de plata.

—Aunque me diera vuesa merced ciento.

—Pues indícame al ménos por dónde debo ir.

—¿No tiene vuesa merced miedo á las brujas?

—Algo las temo; pero necesito llegar cuanto antes al pueblo, y estoy dispuesto á arrostrarlo todo.

## VIII.

El pastor le indicó el sendero, y Alonso Velez se encaminó por él y llegó á media noche á descubrir las derruidas paredes de aquella casa de siniestro aspecto.

Se apeó de su mula, aguardó á que fuera de dia, y apenas amaneció se dirigió al pueblo; allí vendió la mula, compró provisiones, y se volvió al caseron, donde propuso ocultarse de to lo el mundo para aguardar allí una ocasion favorable de dirigirse á la frontera.

## IX.

El mejor medio de conseguir su objeto le pareció que era infundir pavor á los aldeanos.

Con la resina de algunos árboles próximos á la casa hizo unas teas, y á cosa de las ánimas salia de su escondrijo, y con una tea encendida daba grandes carreras circulares.

Los vecinos más próximos al caseron vieron en medio de la oscuridad de la noche aquella luz que se movia precipitadamente formando círculos, y no dudaron de que las brujas se entregaban en aquellos momentos á sus desenfrenados placeres.

La voz circuló, se confirmó el temor de los aldeanos, y no habia nadie que se atreviera á pasar ni aun de dia por los alrededores del aquellarre.

Alonso consiguió su objeto.

Cuando se le acababan las provisiones iba como un pordiosero á las aldeas inmediatas, pedia limosna en unas, se proveía en otras de víveres, y al llegar la noche comenzaba de nuevo sus paseos nocturnos con la tea encendida, aumentando el pavor de los labradores de los contornos.

## X.

La noticia de las luminarias de las brujas llegó á conocimiento de la Santa Hermandad, la cual, no queriendo convencerse de las hablillas de los labradores, aunque á cierta distancia, acudió á presenciar los paseos nocturnos de las brujas.

No tardó en convencerse de que habia verdad en las versiones de los habitantes de aquellas cercanías.

Un cuadrillero muy valiente:

—Sois unos cobardes,—dijo á sus compañeros.— Los brujos viven del miedo que tenemos los cristianos. Vamos á reunirnos unos cuantos, á ir por distintos lados hasta el aquelarre, y yo no dudo que al verse en nuestra presencia, ó se entregarán y podremos ver qué casta de pájaros son, ó huiremos y no volverán jamás á estos sitios.

## XI.

Todos calificaron de temeraria aquella empresa; pero el cuadrillero excitó su amor propio, y convocando á muchos vecinos de los pueblos inmediatos y á algunos otros cuadrilleros, se dispusieron á sor-

prender una noche á las brujas en sus desenfrenados paseos.

Se dividieron en cuatro grupos, perfectamente armados, y con linternas sordas, aunque la mayor parte de ellos tiritando de miedo, fueron acercándose al caseron.

A cosa de las ánimas salió Alonso Velez con su tea, y los más valientes retrocedieron.

Uno de ellos llevaba un arcabuz, y creyéndose en gran peligro, lo disparó.

## XII.

Alonso Velez se estremeció al oír el disparo.

Arrojó la tea, puso el oído en el suelo, y apercibió el rumor de los pasos de los que se aprestaban á sorprenderle.

—¡Malo!—se dijo.—Voy á caer en la ratonera: es necesario amedrentarlos.

Y cogiendo de nuevo la tea, comenzó á hacer contorsiones y á dar saltos, con el objeto de asustar á los que le perseguían.

Pero el cuadrillero valiente:

—¡Animo, compañeros!—dijo á los suyos.—¡Adelante, y trabucazo limpio!

Y gritó para que le oyeran los de las otras divisiones:

—¡A ellas!... ¡A ellas!

Á un mismo tiempo se dispararon más de veinte arcabuces.

## XIII.

Alonso abandonó la tea, la apagó, y corrió á refugiarse en su madriguera.

Poco despues oyó cerca de la casa estas palabras:

—Ya son nuestras,—dijo el cuadrillero;—se han refugiado en la casa, y de aquí no saldrán más que presas ó muertas.

Con el objeto de amedrentarlos más, desde el fondo de la cueva del caseron comenzó Alonso Velez á dar alaridos.

Muchos retrocedieron.

Pero el cuadrillero valiente:

—Os declaro cobardes,—dijo,—ó teneis que seguirme hasta encontrar á esas taimadas.

Y se precipitó en la casa seguido de otros varios.

## XIV.

Alonso Velez se vió perdido.

—¡Piedad, piedad!—exclamó.

—Sal aquí, ó mueres,—dijo el cuadrillero.

El falso brujo no tuvo más remedio que entregarse.

Despues de amarrarle bien, codo con codo, registraron todos los rincones de la casa hasta convenirse de que las brujas estaban reducidas á un solo hombre.

Lo llevaron atado á la aldea, cundió la voz de que

las brujas se habían trasformado en un hombre, y las personas más timoratas opinaron que lo primero que debía hacerse era exorcitársele.

## XV.

Practicó esta operacion el cura de la aldea, y la noticia no tardó en llegar á Valladolid.

Inmediatamente se envió orden para que fuera trasladado allí el preso.

Obedeciósese este mandato, y la Providencia, que castiga á los culpables, quiso que en el tránsito, por las calles de Valladolid hasta la Inquisicion, le reconociesen algunas personas.

Por de pronto, tenia la justicia en su poder á Alonso Velez, condenado en rebeldía á dos años de galeras.

Respecto á su culpabilidad en el asesinato de la molinera, fué interrogado por el Santo Tribunal.

Las monedas que se le habían encontrado le acusaban.

Algunas de ellas fueron reconocidas por labradores que se las habían entregado á Celestina en pago de las moliendas que habían hecho en su casa.

## XVI.

Alonso Velez, aunque conmovido al oír la reseña del asesinato de la molinera, negó su culpabilidad.

Entonces se dispuso que fueran confrontados sus

borceguies con las huellas que se habian hallado al pié de la ventana.

Las pisadas habian sido cercadas por cuatro adoves para que nadie pudiera destruirlas.

Desgraciadamente habian hecho allí su madriguera unos conejos, y las huellas habian desaparecido.

Pero fué careado el reo con la mujer que le habia visto entrar en casa de la molinera, y la tal declaró que era él.

Como á pesar de esto no declaraba, se le llevó al potro.

## XVII.

En la primera prueba confesó que en efecto habia sido el asesino de Celestina; pero declaró que no se habia arrojado por la ventana, sino que habia huido en una mula, y para demostrarlo, invocó el testimonio de la persona á quien la habia vendido en Torrelobaton.

Sin perjuicio de averiguar más tarde quién era el que se habia escapado por la ventana, bastaba la confesion que habia hecho Alonso Velez para que se le impusiera el castigo merecido.

Fué condenado á muerte, y precisamente el dia en que le pusieron en capilla para llevarle desde allí al suplicio, llegó Isabel á Valladolid.

## Capítulo XXXVII.

Donde se vé cómo un malvado muere á manos de la honra.

### I.

Isabel iba resuelta á realizar un plan que habia concebido instantáneamente al saber la calumnia de que habia sido objeto Alonso Velez.

No teniendo donde alojarse, se dirigió á casa de Aldonza, y allí supo tambien que don Alfonso se habia llevado la hija de Américo Vespucio.

Hospedada en casa de la pobre mujer, cambió su traje de hombre por el de su verdadero sexo, mandó comprar tocas de luto, y ya con este traje salió á la calle, dirigiéndose á casa de un espadero.

Allí compró una daga, que, segun dijo, la habian encargado, y ocultándola bajo sus tocas, se encaminó á la cárcel de la Inquisicion y preguntó por el inquisidor general,

—No puede recibiros, —le dijo uno de los familiares.

—Tened la bondad de manifestarle, —añadió, —que necesito verle para hablarle del reo que está en capilla.

## H.

Estas últimas palabras le franquearon la puerta del lóbrego despacho en donde á la sazón se hallaba el inquisidor.

—Vengo á pedirós una gracia, —dijo Isabel, cayendo de rodillas á los piés del ministro del Señor.

—¿Qué quereis?

—Soy esposa del reo que está en capilla. No imploro su perdon, porque estoy segura de que merece el castigo que el Santo Tribunal le ha impuesto; he sido su víctima durante toda la vida, y sólo quiero verle en sus últimos momentos para perdonarle, para aliviar su conciencia del peso de alguna de sus infamias.

Dadme permiso para que entre á verle un solo instante en la capilla.

—¿No me engañais?—preguntó el inquisidor.

—Juraré que soy su esposa, si lo quereis, sobre los Santos Evangelios.

—Jurad, —dijo, presentándola el libro;—y en ese caso volved esta noche, que os proporcionaré una órden para que entreis en la capilla; estareis con él breve tiempo, y os despedireis para siempre.

—¡Dios os pague tanta bondad!

## III.

Quedó Isabel en volver á buscarle al anochecer para recibir la órden, y se volvió á su casa.

Allí se encerró, y leyó la carta que Colon le habia dado, recomendándola á los reyes.

En aquella carta habia escrito el almirante en breves líneas la historia de las desventuras de Isabel, y suplicaba á los reyes que la protegieran y la hicieran justicia.

Dobló cuidadosamente el escrito, y lo guardó en su seno.

## IV.

Las horas le parecian siglos.

Deseaba con ánsia hallarse frente á frente de Alonso Velez.

Al fin anoheció.

—No me aguardeis esta noche,—dijo á Aldonza.

—¿Cómo es eso? ¿Pensais pasarla fuera de casa?

—Tal vez.

—Os veo agitada, trémula... ¿Qué teneis?

—Nada, nada, no hagais caso. Si no volvemos á vernos, orad por mí.

Y sin darla tiempo á que formulara las preguntas que la curiosidad le inspiraba, salió de su casa, y á favor de la oscuridad, llegó á la cárcel de la Inquisicion sin ser vista de nadie.

## V.

Una vez allí, preguntó por el inquisidor general.

—¿Sois vos la esposa del reo?—preguntó un familiar.

—Para serviros.

—En ese caso tomad esta orden, por medio de la cual os dejarán entrar en la capilla.

—Gracias,—dijo Isabel.—Dádselas en mi nombre al señor inquisidor... Tened la bondad de guiarme hasta la puerta de la capilla.

## VI.

El familiar encargó á un cuadrillero que la condujese, y por un largo y angosto corredor llegó á una escalera muy estrecha, subió por ella, entró en un gran salon muy oscuro, en cuyo fondo se veia una puerta pequeña, y detrás de ella un altar negro con dos velas amarillas en la habitacion á que abria paso.

Unos cuantos arcabuceros custodiaban la puerta.

El cuadrillero llamó á un fraile agonizante que acompañaba al reo, el cual, despues de saber el objeto de aquella visita, acercándose á Isabel,

—Podeis entrar,—la dijo;—sé que es vuestro esposo, y os dejamos á solas con él.

Isabel dió algunos pasos, y entró en la capilla.

La puerta se cerró.

## VII.

Alonso Velez é Isabel se hallaron frente á frente. El aspecto que ofrecia la capilla aterró al pronto á Isabel.

Aquel estrecho recinto, cuyas paredes estaban colgadas de negro; aquel altar, en el que sólo se veia iluminado por débiles é imperceptibles rayos de luz un crucifijo; el silencio que reinaba en la habitacion, interrumpido sólo por la respiracion angustiosa del reo, eran motivo suficiente para imponer á una mujer por varonil que fuese.

Permaneció silenciosa algunos momentos.

Poco á poco fué acostumbándose su vista á aquella débil luz, y el banquillo donde estaba el reo y su figura se destacaron más y más ante sus ojos.

## VIII.

Alonso estaba inmóvil.

Con la cabeza hundida en el pecho, parecia absorto en una profunda meditacion.

El sentimiento de venganza de que se hallaba poseida Isabel se apaciguó en presencia de aquel fúnebre espectáculo.

En un instante cruzaron por su imaginacion todos los recuerdos de su pasado.

¡Cómo habian cambiado las cosas!

## IX.

Aquel hombre que tenia delante, aquel reo, á quien sólo el espacio de algunas horas separaba del patíbulo; aquel criminal, que iba á desaparecer del mundo, uniendo á su nombre un recuerdo ignominioso, en otro tiempo apuesto y galan, habia turbado la paz de su alma con frases dulcísimas, habia despertado en su corazon el primer latido de amor.

Confiada y amante, habia caido en sus brazos, y al despertar de aquel sueño habia cerrado los ojos avergonzada.

Desde entonces parecia haber pesado sobre ella una maldicion.

El enamorado galan, despues de seducirla, la habia abandonado, y desde entonces el amor se habia trocado en ódio.

## X.

Dos veces habia hallado en su alma piedad la pobre mujer para perdonarle.

Dos veces habia fingido Alonso un arrepentimiento sincero, y otras tantas habia lacerado el corazon de su esposa con su desvío, con su ingratitude, con su abandono.

Estaba plenamente convencida de que ya era de todo punto imposible una reconciliacion.

No la deseaba: al contrario, iba dispuesta á poner término á sus desdichas, arrebatando al culpable de

las manos de la justicia, para castigarle por sí propia, para hundir en su pecho el acerado puñal que llevaba oculto bajo sus tocas, para realizar la sed de venganza que ardía en su pecho.

Y sin embargo, al contemplarle en aquel estado, al borde del sepulcro que se abría á sus piés; al leer en la losa que iba á cubrir para siempre sus restos el epitafio ignominioso que como justo castigo iba á escribir sobre ella la inexorable mano de la justicia, no pudo ménos de recordar que aquel nombre estaba ligado al suyo, que habia recibido la bendicion nupcial estrechando su mano, y la piedad reemplazó al ódio.

## XI.

Adelantándose hácia el reo,

—Alonso,—dijo;—alza la frente, mírame.

Alonso Velez, herido por el timbre de aquella voz, salió de su meditacion, y levantando pausadamente la cabeza, fijó una mirada vaga é indecisa en aquella mujer, cuyo acento habia despertado un recuerdo en su alma.

—¿No me reconoces?—añadió Isabel al ver que Alonso tardaba en responderla.

Alonso quiso hablar, pero estaba profundamente conmovido.

Sólo acertó á decir:

—Perdóname, Isabel, perdóname.

—Sí, te perdono,—exclamó la infeliz;—eres digno de compasion, porque Dios ha querido que en los últi-

mos momentos de tu vida comprendas la enormidad de tus crímenes, y veas como castigo de ellos no una de esas catástrofes secretas que la Providencia prepara para que expíen sus culpas los malvados, catástrofe que sólo para ellos tiene intensidad y amargura, pero que pasa desapercibida á los ojos del mundo. Creyéndote más culpable, ha querido que expíes públicamente tus delitos, que padezca tu amor propio, tu orgullo, tu vanidad, pereciendo en un cadalso.

—¡Ah! Calla, calla,—exclamó horrorizado Alonso Velez.

—Es justa tu expiacion; vuelve los ojos al pasado y contarás los dias de tu vida por los crímenes. Piensa un instante en lo que has hecho para labrar mi desventura. Y como si esto no fuera bastante, despues de unirte con los enemigos de Colon, del hombre á quien tanto debias, viniste á calumniarle á España, y ya por esa senda, despues de engañar á una pobre mujer, la asesinaste para robarla. ¿Qué móvil te ha guiado á calumniar al hombre heroico que tantos sacrificios ha hecho por tí?

## XII.

Alonso Velez refirió entonces á Isabel los planes del obispo Fonseca, y los medios de que se habia valido para inducirle á calumniar al almirante.

Trató asimismo de disculparse á los ojos de su esposa, implorando su piedad en aquellos momentos.

—¡Ah! Si el odio que he sentido hácia tí,—exclamó Isabel,—no se hubiera trocado, al verte en ese es-

tado lastimoso, en compasion, cuánto gozaria ahora viéndote encadenado, asistiendo á la lenta agonía en que vivirás, contemplando mañana al verdugo, poniéndote la fatal hoga y conduciéndote á la plaza pública para colocarte en el cadalso! ¡Cuánto podria gozar viéndote morir en medio de la execracion general!

## XIII.

Alonso la oía con espanto.

—¡Perdon! ¡Perdon, Isabel!—exclamó.

—Te perdono, sí; al fin y al cabo soy tu esposa. ¿Ves este puñal?—añadió, sacando el que llevaba oculto.—Pues lo habia traído con el objeto de sepultarle en tu pecho para vengarme de este modo de tus maldades; pero no, no es ya mi venganza lo que deseo. Tómame, y hundiéndole en tu corazón, librate del ludibrio, de la vergüenza, del escarnio que te espera, exhalando el último aliento antes de que el verdugo cumpla en tí los decretos de la justicia.

—¡Ah! Sí, sí,—exclamó Alonso, tendiendo sus manos para coger el arma.

## XIV.

Isabel le entregó la daga, y Alonso Velez fué á clavarla en su pecho, pero le faltó valor.

—No, no,—dijo arrojándola;—esto sería aumentar mis pecados. Dios me ha dado la vida: que Él me la quite. Si he sido culpable, si merezco la execracion

general, cúmplanse los designios de la Providencia.

—¡Miserable!—dijo Isabel.—¿Prefieres la deshonra, sin recordar que dejas en el mundo á los que están ligados á tí la vergüenza por herencia? Pero si tú no tienes valor, yo lo tengo.

Y cogiendo el arma del suelo, fuera de sí, frenética, delirante, hundió el puñal en el pecho de Alonso Velez, que lanzó un grito al sentir la acerada punta.

Al oír aquel gemido penetrante acudieron los centinelas, y hallaron á Isabel con el puñal ensangrentado en la mano.

Entraron con luces, y despues de apoderarse de aquella mujer, corrieron á examinar al reo.

La muerte proyectaba su fatídica sombra sobre su rostro.

—¿Qué has hecho, desgraciada?—dijo el inquisidor general á Isabel, al saber lo que habia sucedido.

—Librar á mi esposo de la vergüenza, arrancarle de las gradas del patibulo.

## XV.

Inmediatamente se dispuso su prision, y la noticia no tardó en circular, llegando hasta palacio.

Al entrar Isabel en la capilla, llevaba la seguridad de que de allí saldría para el cadalso como Alonso Velez.

Poco le hubiera importado este castigo.

Pero despues de haber sabido los planes del obispo Fonseca, despues de conocer á fondo la red que fa-

tado lastimoso, en compasion, cuánto gozaria ahora viéndote encadenado, asistiendo á la lenta agonía en que vivirás, contemplando mañana al verdugo, poniéndote la fatal hoga y conduciéndote á la plaza pública para colocarte en el cadalso! ¡Cuánto podria gozar viéndote morir en medio de la execracion general!

### XIII.

Alonso la oia con espanto.

—¡Perdon! ¡Perdon, Isabel!—exclamó.

—Te perdono, sí; al fin y al cabo soy tu esposa. ¿Ves este puñal?—añadió, sacando el que llevaba oculto.—Pues lo habia traído con el objeto de sepultarle en tu pecho para vengarme de este modo de tus maldades; pero no, no es ya mi venganza lo que deseo. Tómale, y hundiéndole en tu corazon, librate del ludibrio, de la vergüenza, del escarnio que te espera, exhalando el último aliento antes de que el verdugo cumpla en tí los decretos de la justicia.

—¡Ah! Sí, sí,—exclamó Alonso, tendiendo sus manos para coger el arma.

### XIV.

Isabel le entregó la daga, y Alonso Velez fué á clavarla en su pecho, pero le faltó valor.

—No, no,—dijo arrojándola;—esto sería aumentar mis pecados. Dios me ha dado la vida: que Él me la quite. Si he sido culpable, si merezco la execracion

y comprendiendo el sentimiento que la había obligado á cometer aquel crimen, dió orden inmediatamente para que con el mayor misterio la condujeren á su presencia.

### XVIII.

Las órdenes fueron cumplidas, é Isabel pudo llegar hasta la régia cámara.

Interrogada por su majestad, halló clemencia en su ánimo.

No podía, sin embargo, absolverla por completo, Isabel fué desterrada de España.

Pero queriendo estar cerca para conocer á fondo las maquinaciones de los enemigos de Colon, y al mismo tiempo para enterar á Américo Vespucio de lo que había pasado, y adquirir por él nuevos datos, pidió que la permitiesen vivir en Portugal.

La reina dispuso que para los gastos del viaje y su subsistencia se le diera una crecida cantidad de sus fondos particulares.

### XIX.

Gracias á esta alta proteccion, pudo Isabel trasladarse á Lisboa, informar allí á Américo Vespucio de los medios de que se había valido don Alfonso para robarle á su hija, é informarle más y más de los planes del obispo Fonseca.

—Yo destruiré las redes que tiende á Colon,— pensó Isabel.

bricaba poco á poco para coger en ella á su ilustre protector, comprendió que necesitaba vivir para velar por el hombre que tantos beneficios le habia dispensado.

## XVI.

Aun llevaba consigo algunas monedas, y llaman-  
no á su carcelero:

—Tomad,—le dijo, dándole el dinero,—y haced el favor de proporcionarme una entrevista con una persona á quien necesito ver.

Le dió las señas de Aldonza, y el carcelero logró que aquella pobre mujer entrase en el encierro de su amiga.

—Vais á presentaros á la reina,—le dijo Isabel,— para entregarla esta carta de mi parte. Le direis que la persona á quien recomienda en ella el almirante está presa, y tal vez condenada á muerte por haber querido librar del patíbulo al que estaba unido á ella con vínculos eternos.

## XVII.

Aldonza cumplió inmediatamente la voluntad de Isabel.

En vez de ir á palacio, fué á casa de Inés, y mostrándola la carta, la rogó que la diese á Diego para que él mismo la presentase á su majestad.

Enterado el hijo mayor del almirante del contenido de la epístola, se apresuró á entregarla á la reina.

Compadecida la soberana de aquella pobre mujer,

y comprendiendo el sentimiento que la habia obligado á cometer aquel crimen, dió orden inmediatamente para que con el mayor misterio la condujesen á su presencia.

## XVIII.

Las órdenes fueron cumplidas, é Isabel pudo llegar hasta la régia cámara.

Interrogada por su majestad, halló clemencia en su ánimo.

No podia, sin embargo, absolverla por completo. Isabel fué desterrada de España.

Pero queriendo estar cerca para conocer á fondo las maquinaciones de los enemigos de Colon, y al mismo tiempo para enterar á Américo Vespucio de lo que habia pasado, y adquirir por él nuevos datos, pidió que la permitiesen vivir en Portugal.

La reina dispuso que para los gastos del viaje y su subsistencia se le diera una crecida cantidad de sus fondos particulares.

## XIX.

Gracias á esta alta proteccion, pudo Isabel trasladarse á Lisboa, informar allí á Américo Vespucio de los medios de que se habia valido don Alfonso para robarle á su hija, é informarle más y más de los planes del obispo Fonseca.

—Yo destruiré las redes que tiende á Colon,— pensó Isabel.

Y algun tiempo despues de su llegada á Portugal con un nombre supuesto volvió á España, y procuró acercarse al obispo para vigilarle de cerca y desbaratar su plan.

## XX.

Ya volveremos á encontrarla.

Vamos á ver ahora en qué disposicion salió de España Juan de Aguado con direccion á la colonia, para enterarse de lo que pasaba é inspeccionar los asuntos de las Indias.



## Capítulo XXXVIII.

Donde aparece el tigre bajo el cordero.

### I.

Juan de Aguado habia desempeñado su papel cerca de los reyes á las mil maravillas.

No dudaban sus majestades de que Colon veria un acto de deferencia hácia él en el nombramiento de aquel hombre, que tantas pruebas de simpatías hácia su persona habia dado.

Pero antes de partir habia conversado largamente con Fonseca, y en vista de que habia obtenido de los reyes ámplios poderes para disponer lo que creyera más oportuno, le encargó mucho el obispo que procurara ponerse bien con los enemigos de Colon, á fin de aislarle, empleando al mismo tiempo para con él cierta arrogancia que le obligase á perder la paciencia y á tomar medidas severas, en las cuales podria fundar las acusaciones contra él.

## II.

Acompañó á Juan de Aguado en su viaje Diego Colon; pero no iban en la misma carabela.

Despues de un viaje próspero, llegaron las carabelas á la colonia á mediados de Octubre.

Colon habia salido, como he indicado ya en otra parte, á restablecer la tranquilidad en el interior de la isla, alterada por el descontento de los indios, á quienes costaba mucho trabajo reunir el tributo y hacian todo lo posible para atacar las fortalezas y deshacerse poco á poco de los españoles, que solos ó en pequeñas partidas recorrian el territorio.

## III.

Gobernaba la colonia en ausencia de Cristóbal su hermano Bartolomé, y al desembarcar Juan de Aguado, olvidándose por completo de los beneficios que le habia dispensado el almirante, y de la intencion que habian tenido los reyes al enviarle allí, se mostró desde luego orgulloso y déspota, y entrando en la colonia como en país conquistado, sin hacer caso para nada de Bartolomé Colon, dispuso al desembarcar que en el término de breves horas le rindiesen cuenta los empleados administrativos.

Llevaba además una lista de las personas más adictas á Colon, y so pretexto de que habian incurrido en faltas censurables, dispuso que fueran presas y con-

ducidas á bordo para ser escoltadas por las tropas que llevaba.

Asimismo anunció que recibiría en audiencia á todos los colonos para oír sus quejas y conocer á fondo su verdadera situación.

#### IV.

Gran asombro causaba á Bartolomé que un hombre á quien, segun sus noticias, habia favorecido tanto su hermano, se atreviese á dar aquellas disposiciones sin contar con él, y con una autoridad que parecia superar á la del almirante.

A pesar de que su carácter le impulsó desde luego á pedir explicaciones á Aguado y á suspender sus órdenes, el temor de incurrir en el desagrado de su hermano, que no apelaba á la violencia sino como último recurso, le hizo buscar á Diego para preguntarle cuál era la actitud en que estaban los soberanos y qué clase de poderes llevaba Juan de Aguado para obrar de aquel modo.

Temeroso este de que Diego perjudicase sus intentos, dispuso que todos los que iban en la carabela que le habia conducido á bordo permaneciesen sin desembarcar hasta recibir sus órdenes.

#### V.

Bartolomé tuvo que ir á buscarle á la misma carabela.

No ménos asombro que habia causado á Bartolomé la arrogancia de Aguado causó á Diego.

—Estoy seguro, —dijo, —de que los reyes no le han dado poderes para tanto. Es verdad que á mi llegada á España se habian fulminado graves calumnias contra Cristóbal; pero fueron desmentidas y castigados los que se habian atrevido á mancillar su honra. La mision de Aguado no es otra que la de oír á Colón, enterarse por él de las necesidades de los colonos, y de las esperanzas que tienen de conseguir la realizacion de sus planes, para comunicar estas noticias á los reyes. Por lo tanto, si ha dispuesto otra cosa se extralimita y habrá que contenerle.

—Basta, —dijo Bartolomé; —ahora sé yo lo que me resta hacer.

Y desde luego dispuso que saltaran á tierra todos los que iban en la carabela.

## VI.

Inmediatamente, en compañía de su hermano Diego, se dirigió á la residencia que habia ocupado Aguado.

—Mucho me extraña, —dijo, —que siendo yo en ausencia del almirante gobernador de la colonia, no hayais procurado verme, y sobre todo no me hayais consultado antes de tomar las resoluciones que me acababan de comunicar.

—No os reconozco para nada, —dijo Aguado.

—Y sin embargo, en esta colonia no hay más que

un jefe. Ese jefe tiene plenos poderes para delegar su autoridad en quien mejor le parezca. La ha delegado en mí; yo mando aquí, y por nada del mundo consentiré que se invadan mis atribuciones. Mostradme los poderes que teneis para venir aquí con esos fueros, con esa arrogancia, y si son de tal naturaleza que os den la razon, seré el primero en acatarla; pero de lo contrario, os participo desde ahora que ninguna de vuestras órdenes se cumplirá, y que podrá muy bien suceder que os arreste hasta que disponga el almirante qué ha de hacerse con vos.

—Hacedlo si quereis; pero temed las consecuencias de ese desacato.

—Os he pedido que me mostreis vuestros poderes. Para tomar una resolucion es necesario que yo sepa con quién hablo.

—Hablais con don Juan de Aguado, enviado de los reyes de España, y esto debe bastaros.

—No me basta.

—Pues sabed que no reconozco en vos facultad alguna para interrogarme. Al almirante le daré las explicaciones que crea convenientes, á vos ninguna.

—Bien está,—dijo Bartolomé.

Y mandando llamar á un oficial, le dió orden para arrestar á Aguado.

## VII.

El oficial le intimó á que se rindiera, y Aguado entonces, mostrándole la credencial de los reyes,

—Ved si podeis prenderme,—le dijo.

El oficial leyó el documento que ya conocen mis lectores, y no se atrevió á cumplir la orden de Bartolomé.

Inmediatamente dispuso Aguado, para humillar al almirante, que un pregonero recorriese la colonia leyendo en alta voz los poderes con que le habían investido los reyes.

### VIII.

La mayor parte de los colonos, en vista de aquello, miraron con cierta veneracion á Aguado; los empleados cumplieron sus órdenes, y los soldados condujeron á su presencia prisioneros á los que habia designado el investigador.

Bartolomé y Diego partieron por distintos lados en busca del almirante.

Aguado quedó dueño de la colonia.

### IX.

Aprovechando aquella circunstancia en su favor, hizo circular la voz, por medio de sus servidores más adictos, de que Colon habia caído en desgracia.

Todos empezaron á considerarle como su sucesor en el mando, y sucedió lo que sucede siempre.

El deseo de halagarle llevó á su partido á casi todos los colonos.

Para amedrentarlos más y más, anunció Aguado solemnemente que iba á hacer las más minuciosas investigaciones acerca de lo que habia pasado en la

colonia, y que estaba resuelto á evitar en lo sucesivo toda clase de desórdenes, dando ejemplar castigo á los culpables.

## X.

Abrió inmediatamente una informacion, y empezó tomando declaraciones á las personas que más enemistad manifestaban hácia el almirante y su familia.

El que ménos, acusaba á Colon de un despotismo intransigente.

Los unos pretendian que su ignorancia les habia obligado á pasar grandes trabajos, otros suponian que su debilidad era la causa de las vejaciones que habian sufrido, otros atribuian á su mala administracion la escasez de víveres que habian experimentado y los males que habian tenido que lamentar.

Todos los improperios, todas las calumnias se apuraron para aglomerar las acusaciones en aquella investigacion que con tanto contento llevaba á cabo Aguado para satisfacer su vanidad y adquirir méritos á los ojos de Fonseca.

## XI.

Dominado por la pasion, sin la suficiente capacidad para distinguir lo que habia de cierto y lo que era calumnioso en aquellas quejas, ávido de encontrar motivos suficientes para condenar al almirante, en todas aquellas calumnias veia Aguado testimonios

El oficial leyó el documento que ya conocen mis lectores, y no se atrevió á cumplir la órden de Bartolomé.

Inmediatamente dispuso Aguado, para humillar al almirante, que un pregonero recorriese la colonia leyendo en alta voz los poderes con que le habían investido los reyes.

### VIII.

La mayor parte de los colonos, en vista de aquello, miraron con cierta veneracion á Aguado; los empleados cumplieron sus órdenes, y los soldados condujeron á su presencia prisioneros á los que habia designado el investigador.

Bartolomé y Diego partieron por distintos lados en busca del almirante.

Aguado quedó dueño de la colonia.

### IX.

Aprovechando aquella circunstancia en su favor, hizo circular la voz, por medio de sus servidores más adictos, de que Colon habia caido en desgracia.

Todos empezaron á considerarle como su sucesor en el mando, y sucedió lo que sucede siempre.

El deseo de halagarle llevó á su partido á casi todos los colonos.

Para amedrentarlos más y más, anunció Aguado solemnemente que iba á hacer las más minuciosas investigaciones acerca de lo que habia pasado en la

colonia, y que estaba resuelto á evitar en lo sucesivo toda clase de desórdenes; dando ejemplar castigo á los culpables.

## X.

Abrió inmediatamente una informacion, y empezó tomando declaraciones á las personas que más enemistad manifestaban hácia el almirante y su familia.

El que ménos, acusaba á Colon de un despotismo intransigente.

Los unos pretendian que su ignorancia les habia obligado á pasar grandes trabajos, otros suponian que su debilidad era la causa de las vejaciones que habian sufrido, otros atribuian á su mala administracion la escasez de víveres que habian experimentado y los males que habian tenido que lamentar.

Todos los improperios, todas las calumnias se apuraron para aglomerar las acusaciones en aquella investigacion que con tanto contento llevaba á cabo Aguado para satisfacer su vanidad y adquirir méritos á los ojos de Fonseca.

## XI.

Dominado por la pasion, sin la suficiente capacidad para distinguir lo que habia de cierto y lo que era calumnioso en aquellas quejas, ávido de encontrar motivos suficientes para condenar al almirante, en todas aquellas calumnias veia Aguado testimonios

El oficial leyó el documento que ya conocen mis lectores, y no se atrevió á cumplir la orden de Bartolomé.

Inmediatamente dispuso Aguado, para humillar al almirante, que un pregonero recorriese la colonia leyendo en alta voz los poderes con que le habían investido los reyes.

### VIII.

La mayor parte de los colonos, en vista de aquello, miraron con cierta veneracion á Aguado; los empleados cumplieron sus órdenes, y los soldados condujeron á su presencia prisioneros á los que habia designado el investigador.

Bartolomé y Diego partieron por distintos lados en busca del almirante.

Aguado quedó dueño de la colonia.

### IX.

Aprovechando aquella circunstancia en su favor, hizo circular la voz, por medio de sus servidores más adictos, de que Colon habia caído en desgracia.

Todos empezaron á considerarle como su sucesor en el mando, y sucedió lo que sucede siempre.

El deseo de halagarle llevó á su partido á casi todos los colonos.

Para amedrentarlos más y más, anunció Aguado solemnemente que iba á hacer las más minuciosas investigaciones acerca de lo que habia pasado en la

colonia, y que estaba resuelto á evitar en lo sucesivo toda clase de desórdenes, dando ejemplar castigo á los culpables.

## X.

Abrió inmediatamente una informacion, y empezó tomando declaraciones á las personas que más enemistad manifestaban hácia el almirante y su familia.

El que ménos, acusaba á Colon de un despotismo intransigente.

Los unos pretendian que su ignorancia les habia obligado á pasar grandes trabajos, otros suponian que su debilidad era la causa de las vejaciones que habian sufrido, otros atribuian á su mala administracion la escasez de víveres que habian experimentado y los males que habian tenido que lamentar.

Todos los improprios, todas las calumnias se apuraron para aglomerar las acusaciones en aquella investigacion que con tanto contento llevaba á cabo Aguado para satisfacer su vanidad y adquirir méritos á los ojos de Fonseca.

## XI.

Dominado por la pasion, sin la suficiente capacidad para distinguir lo que habia de cierto y lo que era calumnioso en aquellas quejas, ávido de encontrar motivos suficientes para condenar al almirante, en todas aquellas calumnias veia Aguado testimonios

El oficial leyó el documento que ya conocen mis lectores, y no se atrevió á cumplir la orden de Bartolomé.

Inmediatamente dispuso Aguado, para humillar al almirante, que un pregonero recorriese la colonia leyendo en alta voz los poderes con que le habian investido los reyes.

### VIII.

La mayor parte de los colonos, en vista de aquello, miraron con cierta veneracion á Aguado; los empleados cumplieron sus órdenes, y los soldados condujeron á su presencia prisioneros á los que habia designado el investigador.

Bartolomé y Diego partieron por distintos lados en busca del almirante.

Aguado quedó dueño de la colonia.

### IX.

Aprovechando aquella circunstancia en su favor, hizo circular la voz, por medio de sus servidores más adictos, de que Colon habia caído en desgracia.

Todos empezaron á considerarle como su sucesor en el mando, y sucedió lo que sucede siempre.

El deseo de halagarle llevó á su partido á casi todos los colonos.

Para amedrentarlos más y más, anunció Aguado solemnemente que iba á hacer las más minuciosas investigaciones acerca de lo que habia pasado en la

colonia, y que estaba resuelto á evitar en lo sucesivo toda clase de desórdenes, dando ejemplar castigo á los culpables.

## X.

Abrió inmediatamente una informacion, y empezó tomando declaraciones á las personas que más enemistad manifestaban hácia el almirante y su familia.

El que ménos, acusaba á Colon de un despotismo intransigente.

Los unos pretendian que su ignorancia les habia obligado á pasar grandes trabajos, otros suponian que su debilidad era la causa de las vejaciones que habian sufrido, otros atribuian á su mala administracion la escasez de víveres que habian experimentado y los males que habian tenido que lamentar.

Todos los improprios, todas las calumnias se apuraron para aglomerar las acusaciones en aquella investigacion que con tanto contento llevaba á cabo Aguado para satisfacer su vanidad y adquirir méritos á los ojos de Fonseca.

## XI.

Dominado por la pasion, sin la suficiente capacidad para distinguir lo que habia de cierto y lo que era calumnioso en aquellas quejas, ávido de encontrar motivos suficientes para condenar al almirante, en todas aquellas calumnias veia Aguado testimonios

El oficial leyó el documento que ya conocen mis lectores, y no se atrevió á cumplir la órden de Bartolomé.

Inmediatamente dispuso Aguado, para humillar al almirante, que un pregonero recorriese la colonia leyendo en alta voz los poderes con que le habían investido los reyes.

### VIII.

La mayor parte de los colonos, en vista de aquello, miraron con cierta veneracion á Aguado; los empleados cumplieron sus órdenes, y los soldados condujeron á su presencia prisioneros á los que habia designado el investigador.

Bartolomé y Diego partieron por distintos lados en busca del almirante.

Aguado quedó dueño de la colonia.

### IX.

Aprovechando aquella circunstancia en su favor, hizo circular la voz, por medio de sus servidores más adictos, de que Colon habia caído en desgracia.

Todos empezaron á considerarle como su sucesor en el mando, y sucedió lo que sucede siempre.

El deseo de halagarle llevó á su partido á casi todos los colonos.

Para amedrentarlos más y más, anunció Aguado solemnemente que iba á hacer las más minuciosas investigaciones acerca de lo que habia pasado en la

colonia, y que estaba resuelto á evitar en lo sucesivo toda clase de desórdenes, dando ejemplar castigo á los culpables.

## X.

Abrió inmediatamente una informacion, y empezó tomando declaraciones á las personas que más enemistad manifestaban hácia el almirante y su familia.

El que ménos, acusaba á Colon de un despotismo intransigente.

Los unos pretendian que su ignorancia les habia obligado á pasar grandes trabajos, otros suponian que su debilidad era la causa de las vejaciones que habian sufrido, otros atribuian á su mala administracion la escasez de víveres que habian experimentado y los males que habian tenido que lamentar.

Todos los improperios, todas las calumnias se apuraron para aglomerar las acusaciones en aquella investigacion que con tanto contento llevaba á cabo Aguado para satisfacer su vanidad y adquirir méritos á los ojos de Fonseca.

## XI.

Dominado por la pasion, sin la suficiente capacidad para distinguir lo que habia de cierto y lo que era calumnioso en aquellas quejas, ávido de encontrar motivos suficientes para condenar al almirante, en todas aquellas calumnias veia Aguado testimonios

El oficial leyó el documento que ya conocen mis lectores, y no se atrevió á cumplir la órden de Bartolomé.

Inmediatamente dispuso Aguado, para humillar al almirante, que un pregonero recorriese la colonia leyendo en alta voz los poderes con que le habían investido los reyes.

### VIII.

La mayor parte de los colonos, en vista de aquello, miraron con cierta veneracion á Aguado; los empleados cumplieron sus órdenes, y los soldados condujeron á su presencia prisioneros á los que habia designado el investigador.

Bartolomé y Diego partieron por distintos lados en busca del almirante.

Aguado quedó dueño de la colonia.

### IX.

Aprovechando aquella circunstancia en su favor, hizo circular la voz, por medio de sus servidores más adictos, de que Colon habia caido en desgracia.

Todos empezaron á considerarle como su sucesor en el mando, y sucedió lo que sucede siempre.

El deseo de halagarle llevó á su partido á casi todos los colonos.

Para amedrentarlos más y más, anunció Aguado solemnemente que iba á hacer las más minuciosas investigaciones acerca de lo que habia pasado en la

colonia, y que estaba resuelto á evitar en lo sucesivo toda clase de desórdenes, dando ejemplar castigo á los culpables.

## X.

Abrió inmediatamente una informacion, y empezó tomando declaraciones á las personas que más enemistad manifestaban hácia el almirante y su familia.

El que ménos, acusaba á Colon de un despotismo intransigente.

Los unos pretendian que su ignorancia les habia obligado á pasar grandes trabajos, otros suponian que su debilidad era la causa de las vejaciones que habian sufrido, otros atribuian á su mala administracion la escasez de víveres que habian experimentado y los males que habian tenido que lamentar.

Todos los improprios, todas las calumnias se apuraron para aglomerar las acusaciones en aquella investigacion que con tanto contento llevaba á cabo Aguado para satisfacer su vanidad y adquirir méritos á los ojos de Fonseca.

## XI.

Dominado por la pasion, sin la suficiente capacidad para distinguir lo que habia de cierto y lo que era calumnioso en aquellas quejas, ávido de encontrar motivos suficientes para condenar al almirante, en todas aquellas calumnias veia Aguado testimonios

El oficial leyó el documento que ya conocen mis lectores, y no se atrevió á cumplir la órden de Bartolomé.

Inmediatamente dispuso Aguado, para humillar al almirante, que un pregonero recorriese la colonia leyendo en alta voz los poderes con que le habían investido los reyes.

### VIII.

La mayor parte de los colonos, en vista de aquello, miraron con cierta veneracion á Aguado; los empleados cumplieron sus órdenes, y los soldados condujeron á su presencia prisioneros á los que habia designado el investigador.

Bartolomé y Diego partieron por distintos lados en busca del almirante.

Aguado quedó dueño de la colonia.

### IX.

Aprovechando aquella circunstancia en su favor, hizo circular la voz, por medio de sus servidores más adictos, de que Colon habia caído en desgracia.

Todos empezaron á considerarle como su sucesor en el mando, y sucedió lo que sucede siempre.

El deseo de halagarle llevó á su partido á casi todos los colonos.

Para amedrentarlos más y más, anunció Aguado solemnemente que iba á hacer las más minuciosas investigaciones acerca de lo que habia pasado en la

colonia, y que estaba resuelto á evitar en lo sucesivo toda clase de desórdenes, dando ejemplar castigo á los culpables.

## X.

Abrió inmediatamente una informacion, y empezó tomando declaraciones á las personas que más enemistad manifestaban hácia el almirante y su familia.

El que ménos, acusaba á Colon de un despotismo intransigente.

Los unos pretendian que su ignorancia les habia obligado á pasar grandes trabajos, otros suponian que su debilidad era la causa de las vejaciones que habian sufrido, otros atribuian á su mala administracion la escasez de víveres que habian experimentado y los males que habian tenido que lamentar.

Todos los improprios, todas las calumnias se apuraron para aglomerar las acusaciones en aquella investigacion que con tanto contento llevaba á cabo Aguado para satisfacer su vanidad y adquirir méritos á los ojos de Fonseca.

## XI.

Dominado por la pasion, sin la suficiente capacidad para distinguir lo que habia de cierto y lo que era calumnioso en aquellas quejas, ávido de encontrar motivos suficientes para condenar al almirante, en todas aquellas calumnias veia Aguado testimonios

fehacientes de su mala fé y de la escasa inteligencia de Colón.

Soberbio con este fácil triunfo, aprovechó la circunstancia de la ausencia del almirante para asegurar á todos que si se habia alejado, era con el objeto de no hallarse presente durante aquel interrogatorio, y se pavoneaba, diciendo á todos:

— Me teme, huye de mí: es un verdadero culpable.

Creviendo que su presuncion era realidad, se aventuró á decir, que en cuanto supiera el almirante su llegada, reuniria todas las fuerzas que tenia á su mando para darle una batalla, y ver si de este modo podia evitar que se supiera en España la verdad de su infame conducta.

## XII.

Partiendo de este supuesto, resolvió formar un grupo con la caballeria que tenia y alguna infanteria, y salió en su busca para prenderle si oponia resistencia y conducirle á España con la sumaria para que recibiera el castigo que merecia.

Todas estas disposiciones, la arrogancia con que hablaba Aguado, las promesas que hacia á todos los que se mostraban hostiles á Colón, les hizo creer que no tardarian en ver al almirante reemplazado por aquel hombre, y se pusieron por completo de su parte.

## XIII.

No faltaban, sin embargo, algunos que, aprecian-

do en su justo valor la autoridad de Colon, andaban reacios y suponían que, dada la energía de su carácter, no consentiría que quedasen impunes los actos del investigador.

Cuando Colon supo por su hermano Bartolomé la llegada de Aguado y la actitud violenta que había tomado desde el primer momento, apresuró su regreso á la Isabela, dispuesto á pedir cuenta á aquel hombre de la conducta que observaba.

Pero durante el camino reflexionó.

Había sufrido demasiado en el mundo para que no pudiera contener sus pasiones.

A pesar de las excitaciones de Bartolomé, resolvió mostrarse cortés, seguro de que le dominaría más fácilmente con su bondad que imitando su propia conducta.

#### XIV.

Aguado supo la determinación de Colon, y aunque temía su entrevista con él, escudado en la credencial de que iba investido, esperaba justificar las medidas que había tomado, fundado en su celo por servir á los reyes.

Llegó Colon á la Isabela en medio de la ansiedad de los colonos.

Todos aguardaban una catástrofe.

#### XV.

Colon se hospedó en su palacio, y envió á decir á

Aguado con su hermano Diego que al día siguiente le daría audiencia.

Aguado, por su parte, dispuso que volvieran á pregonar sus credenciales antes de que llegase la hora de presentarse á Colon.

Oyó este al pregonero, y mandándole llamar, y reuniendo en torno suyo á las personas más importantes de la colonia,

—Pregonad aquí,—le dijo.

El pregonero obedeció, y despues de terminado el pregon,

—Ahora yo os mando que continueis dando cuenta á todos los colonos de esa real orden.

## XVI.

Al día siguiente se presentó Aguado á él sin atreverse á alzar los ojos en su presencia.

Quiso el almirante que asistieran á aquella entrevista la mayor parte de los españoles que habia en la colonia, y todos aguardaban con ansiedad aquel momento.

—Bien venido seais,—dijo Colon á Aguado.—No os preguntaré ya cuáles son los motivos que os han traído, porque he oído pregonar la credencial que os han dado los reyes. Vasallo leal, estoy siempre dispuesto á cumplir la voluntad de mis soberanos. Siento en el alma,—añadió en medio de la turbacion de Aguado y de la sorpresa de todos,—no haber estado aquí cuando llegásteis, porque de lo contrario me hu-

biera apresurado á recibiros, y yo mismo habria dado las órdenes para facilitaros las noticias que deseais, evitándoos el inmenso disgusto que habreis experimentado seguramente al tener que residenciar y ponerlos en pugna con un hombre á quien tantas pruebas de afecto habeis dado en la córte, con un amigo á quien sin duda alguna debeis el gran favor que disfrutais cerca de los soberanos de España.

## XVII.

Aquellas palabras produjeron una reaccion favorable hácia Colon en su auditorio.

Aguado sintió todo el peso de su humillacion.

Habia dictado aquella medida sin otro objeto que el de excitar la cólera del almirante, obligándole á cometer algun acto violento; pero aquella moderacion, aquella mansedumbre, aquella digna ironia con que le castigaba, le desarmaba por completo, le ponía en ridículo á los ojos de todo el concurso.

No tuvo más remedio que ahogar la ira que ardia en sus lábios, mostrándose cortés, y escudando sus actos con el deseo que tenia de llenar su mision cumplidamente.

—Yo mismo os autorizo,—dijo Colon,—para que hagais cuantas informaciones tengais por conveniente, y si es preciso os ayudaré en esa empresa.

## XVIII.

Aguado se retiró corrido.

No había logrado su objeto.

No podía luchar con el almirante con la arrogancia del león; pero podía acecharle como el tigre, y emplear la astucia para conseguir el objeto que le había llevado á la colonia.



---

## Capítulo XXXIX.

Dios y el hombre.

### I.

No pudiendo Aguado lograr con su altanería que, desesperado Colon, cometiese actos agresivos contra su persona; en cuyo caso, como representante de los reyes, hubiera podido acusarle de desacato, continuó en su compañía mortificándole, sí, pero aparentando corresponder á sus bondades, porque de lo contrario se hubieran vuelto contra él todas las acusaciones que deseaba atribuir á Colon.

Sin embargo, so pretexto de que habia recibido órdenes muy apremiantes para averiguar todo lo que pasaba en la colonia, puso á su servicio dos escribanos, que continuamente estaban consagrados á tomar acta, para dar fé en su día, de las declaraciones que uno por uno iban haciendo todos los colonos acerca de

lo que habia pasado en la isla, del desacierto del almirante, de la opinion que habian formado de sus disposiciones, y de la esperanza que abrigaban acerca del éxito de la empresa que á tantas leguas de la madre patria habian ido á acometer.

## II.

Era creencia general la de que el almirante habia perdido la gracia de los reyes.

—Todas estas investigaciones que se hacen,—pensaban,—no tienen más objeto que minar la influencia de Colon. Aguado está llamado á reemplazarle: nos conviene, pues, captarnos su voluntad para medrar á su sombra.

Y partiendo de este supuesto, eran muy pocos los que justificaban la conducta del almirante, los que reconocian sus grandes dotes, y muchos ménos los que auguraban buenos resultados de la empresa que llevaba á cabo.

## III.

Todas estas actuaciones tenian lugar casi en presencia de Colon, el cual, en vez de ofenderse ostensiblemente, sufría con paciencia aquella persecucion, y pagaba con bondades la actitud, siempre arrogante, siempre provocativa, del emisario de los reyes.

A fuerza de mercedes y de bondades consiguió mortificarle, vengándose de aquella manera diplomática de las vejaciones de que era objeto.

## IV.

Después de terminada la investigación de los españoles, quiso Aguado consultar á los indios, y sin anuencia de Colon, envió emisarios á los principales caciques, manifestándoles que, habiendo sabido los reyes de España el mal trato de que habian sido objeto y los grandes disturbios que habia ocasionado la conducta de Colon, habian dado las más terminantes órdenes para que fueran respetados, y no contentos aún, y queriendo desagruarlos, les exigian francas declaraciones acerca de los atropellos de que habian sido víctimas, para mejorar su condicion y demostrarles que no eran conquistadores, sino amigos los que los soberanos de Castilla habian enviado á la isla.

## V.

Esperanzados los indios de que con la caída de Colon y el nombramiento de un nuevo jefe mejorarían su condicion, no tuvieron inconveniente en prestar declaraciones acusadoras.

Atribuian á la influencia del almirante todas las injurias y los desmanes de que habian sido víctimas contra su voluntad y por desobediencia de sus capitanes.

Todas estas investigaciones contribuyeron á formar una sumaria muy suficiente para desacreditar á Colon á los ojos de los reyes, y además para hacerle

acreedor á un castigo grande por haber abusado de los poderes que le habian conferido.

## VI.

No ignoraba Colon esta red que se urdia en torno suyo para cogerle en ella.

Pero su conciencia estaba tranquila.

Habia hecho lo que habia podido para evitar la efusion de sangre, y con la entereza del acusado que sabe que es inocente, y confia, si no en la justicia de los hombres, en la justicia de la Providencia, veia impasible formar astuta y cautelosamente aquel lazo, en el que querian cogerle, seguro de que sus palabras bastarian á destruir aquella malla, formada por la envidia y la ingratitud.

## VII.

Tambien quiso Aguado entrar en relaciones con los indios rebeldes que al mando de Guaorocaya y de Anacaona se habian refugiado en las montañas más inaccesibles de la isla, pensando que al ofrecérseles la paz conseguiria dominarlos.

Si tal lograba, podria, no sólo presentar una acusacion contra el almirante, sino demostrar que su pericia habia bastado para avasallar toda la isla sin derramar una gota de sangre, y este era un triunfo que eclipsaria todos los que hasta entonces habia alcanzado el ilustre marino.

Tales eran sus sueños, y para realizarlos empleó todos los medios que estuvieron á su alcance.

### VIII.

Pero desgraciadamente para él, apenas supo Guao-rocaya sus deseos, comprendió que podria ser favorable á su causa la disidencia que existia entre aquellos dos jefes, y concibió esperanzas de reconquistar el terreno perdido en cuanto las luchas intestinas entre los españoles les hiciesen desmayar en la empresa que parecian proponerse llevar á cabo.

Viendo lo inútil de sus tentativas, renunció Aguado, á su pesar, á aquel triunfo, que debia ser la base de su prestigio, no sólo entre los españoles que habia en la colonia, sino en la misma córte de España; y limitando su papel al de acusador del hombre á quien más favores debia, una vez terminada su injuriosa y profunda investigacion, se acercó al almirante.

—Siento mucho,—le dijo,—haber tenido que molestaros. Pero soy vasallo leal, y al obrar de este modo no he hecho más que cumplir las órdenes que he recibido. Desgraciadamente para vos, en vez de captaros la amistad de las personas que teneis á vuestro lado, habeis hecho de cada una un enemigo, y no son nada favorables á vuestra persona las declaraciones que han prestado. Yo no tengo más remedio que partir para dar cuenta á los monarcas de la mision que he venido á desempeñar.

—No me extraña,—contestó Colon,—que hayais

encontrado enemigos míos en los que me rodean. Es condicion humana la ingratitud, y no me causa asombro. Pero como es costumbre oír á los acusados, me propongo acompañaros á España y destruir una por una todas las calumnias que han podido levantar contra mí mis adversarios.

—Yo no sé hasta qué punto podeis dejar abandonada la colonia.

—Supongo que sus majestades no os han dado orden para que me arresteis en ella.

—De ningun modo.

—Pues en ese caso, siendo dueño de mis acciones, quiero partir á España y destruir la obra que laboriosamente habeis fraguado aquí.

—Eso equivaldría á una desercion.

—De ninguna manera. Tengo poderes amplos para delegar mis facultades en la persona á quien tenga por conveniente conferir las, y mi hermano Bartolomé me reemplazará, sin que cause perjuicio al resultado de mi empresa la breve ausencia en que voy á vivir de la colonia.

—He querido evitaros un disgusto, y he guardado una comunicacion que para vos he recibido con el último buque que ha llegado. Pero puesto que estais resuelto á partir, voy á comunicárosla.

Y al decir esto le presentó un documento que por su conducto habia remitido el obispo Fonseca á Colon, manifestándole de parte de los reyes que habian visto sus majestades con desagrado el nombramiento que habia hecho por sí y ante sí de Adelantado mayor,

dando á su hermano facultades para regir la colonia durante su ausencia.

Los reyes pretendian que era de su competencia, y sólo de su competencia, conferir tan alto nombramiento, razón por la cual le encargaban que en lo sucesivo, sin consultar antes con su real voluntad, se abstuviera de dar disposiciones de aquella índole.

## IX.

—¿Y qué quereis decirme con esto?—preguntó despues de leer el documento.

—Que no podeis delegar vuestro mando.

—Sus majestades mandan *que en lo sucesivo* me abstenga de conferir nombramientos de esta clase; pero como Bartolomé está nombrado ya Adelantado mayor, esta cláusula no reza con él, y sin incurrir en desacato puedo muy bien partir, porque no se me manda en esta cédula anular el nombramiento.

—Haced lo que gustéis; pero yo parto mañana mismo.

—Veo que teneis gran empeño en que no vaya en vuestra compañía.

—Os engañais; me es indiferente que vengais conmigo ó no. De todos modos, cumpliré mi misión.

—Partid en enhorabuena cuando gustéis. Yo, por mi parte, llegaré á España, Dios mediante, al mismo tiempo que vos.

## X.

Aguado dió las órdenes necesarias para que se aprestasen los cuatro buques que habia llevado para regresar á España.

Con el objeto de anticiparse algunos dias, ó algunas horas siquiera, al almirante, cuya resolucion de regresar á la metrópoli era inquebrantable, quiso apresurar su marcha.

—Aguado parte mañana,—dijeron á Colon.

El almirante miró al cielo, y con la mayor serenidad,

—Dios no quiere que parta,—dijo.

Aguado, sin embargo, hizo todo lo posible por darse á la vela, y al dia siguiente mandó embarcar á los que debian acompañarle, y lo dispuso todo para salir al mediodía.

## XI.

El mar estaba en calma.

Parecia una verdadera balsa de aceite.

Un calor sofocante dificultaba la respiracion de los colonos.

Negras nubes iban amontonándose en el cielo.

La luz del sol desapareció por completo.

Una fresca brisa comenzó á agitar las ramas de los árboles.

La brisa no tardó en tomar proporciones, y precisamente en el instante en que las carabelas se dispo-

nian á partir, se levantó un terrible huracan, que obligó á detenerse á los tripulantes.

## XII.

Los españoles y los indios iban á presenciar un espectáculo grandioso é imponente á la vez.

—¡El furican!... ¡El furican! (R).—gritaron.

No tardaron las tranquilas olas en enfurecerse y levantarse hasta los cielos, impulsadas por el récio-vendabal que las azotaba.

Al mismo tiempo arreciaba las corrientes de aire que soplaban con ímpetu por opuesto lado.

Las apiñadas nubes se rasgaban para dar paso á las exhalaciones, y una lluvia de rayos y centellas cruzaba en todas direcciones el espacio, yendo á sepultarse en medio de los bosques y tronchando los copudos y seculares árboles.

## XIII.

Las embarcaciones, como endebles barquillas, subían y bajaban, corrían de un lado á otro impulsadas por el viento, y los navegantes no tenían más remedio que arrojar al agua y ganar la orilla para guarecerse en ella de la tempestad.

La lluvia caía á torrentes.

El estampido del trueno resonaba en el espacio, produciendo el espanto y el terror, no sólo entre los españoles, sino entre los indios, que no recordaban un temporal tan deshecho en toda su vida.

Las corrientes de fuego que surcaban los aires incendiaban los bosques.

De distancia en distancia se descubrian grandes hogueras, que, á impulso del viento, se agitaban con frenesí.

Densas nubes de humo aumentaban la negrura del cielo.

Las casas se llenaban de agua.

#### XIV.

Cuando cesaba el estampido horrisono del trueno, los graznidos atronadores de las bandadas de aves, que cruzaban de un lado á otro el espacio buscando una guarida, aumentaban el horror de aquel cuadro.

Los gritos de los marineros se confundian con aquellos graznidos salvajes, y los más valientes se guarecian entre las rocas y en las casas, que se bamboleaban, amenazando desplomarse.

La consternacion fué general.

Los españoles y los indios estaban horrorizados.

El vendaval rompió los cables de los buques, y echó tres de ellos á pique con cuanto tenian á bordo.

Otros chocaron entre sí, convirtiéndolos en mil pedazos, que las olas enfurecidas arrojaban á la playa, mientras que el huracan, desgarrando las ramas de los árboles, desbarataba la isla.

#### XV.

En aquellos momentos, Guaorocaya, seguido de

sus butios, y aprovechando la consternacion de los españoles, reanimaba su abatido espíritu, diciéndose que aquello era un castigo con que Vagoniana iba á hacer expiar á sus enemigos los crímenes que habian cometido en la isla.

Aguado habia tenido que volver á tierra, y salvándose milagrosamente del temporal, se habia refugiado en el palacio de Colon.

Su agitacion contrastaba con la tranquilidad del gran hombre.

#### XIV.

El remordimiento se retrataba en el rostro de Aguado, que veia destruidos todos sus planes.

Atribuia á castigo de la Providencia aquella espantosa tormenta, que haciéndole perder sus embarcaciones, le obligaba á permanecer en la isla, y hasta la serenidad con que Colon presenciaba aquel espectáculo aumentaba su consternacion, porque veia en aquello una prueba de la grandeza de alma de su enemigo.

#### XVII.

Tres horas duró el huracan, y los destrozos que causó fueron inmensos.

De todas las carabelas que habia en el puerto sólo pudo salvarse una, *La Niña*, y aun así quedó en muy mal estado.

Apaciguado el temporal, mientras acababan de consumirse las selvas incendiadas, mientras que los in-

dios y los españoles contemplaban aterrados las ramas de los árboles esparcidas por el suelo, los troncos quebrados como si fueran frágiles cañas, Colon dispuso que todos los españoles fueran al templo á dar gracias á la Providencia por haberlos salvado del peligro.

Aguado no tuvo valor para ir.

La excitacion nerviosa que habia sufrido le habia postrado por completo, y cayó enfermo.

### XVIII.

Colon mandó asistirle, y él mismo acudió á la cabecera de su lecho para prestarle toda clase de auxilios.

Inmediatamente dispuso que con los restos de las carabelas que el temporal habia arrojado á la playa se fabricase una; dispuso asimismo que se repusiesen todas las averías de *La Niña*, y pensó desde luego ir con Aguado á España en una de las dos carabelas, dejando la otra á los españoles, que no podian quedarse en la colonia sin una embarcacion.

### XIX.

Dos meses trascurrieron, al cabo de los cuales se restableció Aguado, y pudo botarse al agua la carabela formada con los restos de las otras, á la que se bautizó con el nombre de *Santa Cruz*.

Colon se disponia á partir para España, cuando recibió una noticia, que colmó sus esperanzas.

Esta noticia era el descubrimiento de una rica mina de oro.

Veamos cómo se había operado tal portentoso.

Pero antes de contar estos detalles, penetremos en los dominios de Guaorocaya para saber cuál era la situación de Anacaona y la de su amada hija Higuamota, á quien dejamos enamorada del valiente soldado Hernando de Guevara.



---

## Capítulo XL.

---

La conversion de Higuanamota.

### I.

Despues de la derrota de los indios en las llanuras de Bonaó, los que no estaban prisioneros y bajo la dominacion de los españoles, se refugiaron en las cavernas de Cacibaxagua y Amayauna al mando del único cacique que habia quedado con vida y en libertad.

Anacaona compartió con él el trono.

Todos, en medio de la soledad y del misterio, juraron exterminar á los españoles por cuantos medios estuvieran á su alcance.

Pero para conseguir este objeto necesitaban saber esperar.

### II.

La esperanza aliviaba el inmenso dolor que sentia

Anacaona al saber que Caonabo estaba en poder de los españoles.

Pero Higuanamota sufría más que su madre.

No podía olvidar á su amante, al valiente y generoso Hernando de Guevara, que habia despertado en su alma el primer sentimiento de amor.

Ignorando la suerte que habia tenido el jóven, y deseando á toda costa reunirse con él, manifestó á su madre vivos deseos de pasar algun tiempo en compañía de Guarionex y de su hija, á los que accedió la reina, porque comprendió que lo que queria Higuanamota era vivir más cerca de su amante, y no tenia valor para negarle aquel consuelo, que en medio de sus desdichas, sonreía á su corazon.

### III.

Higuanamota fué enviada al palacio de Guarionex antes de que ocurriera la catástrofe promovida por Barahona, catástrofe que dió por resultado la muerte del cacique de la Vega Real.

Dije á su tiempo que uno de los misioneros se habia encargado de inculcar los verdaderos principios de la religion á Guarionex.

Este misionero se llamaba Roman Pane, y era un venerable eclesiástico de cincuenta años, de sólida virtud y de carácter bondadoso.

Deseoso de convertir á la fé á Higuanamota y á la hija del cacique, no tardó en comprender que la primera poseia cualidades extraordinarias y gran pre-

disposicion á que fructificaran en su alma las saludables semillas que arrojaba en ella.

## IV.

Higuanamota confió al padre Pane el amor que sentia hácia Hernando de Guevara, y su inquebrantable resolucion de ser su esposa, de amarle con delirio toda la vida.

—Para que consigas tu deseo,—la dijo el venerable sacerdote,—necesitas ante todo profesar su misma religion, abrigar sus creencias.

Higuanamota, convencida de que sólo de este modo podria alcanzar la felicidad, oia con entusiasmo las lecciones del misionero, y sentia que su alma se despertaba á un nuevo mundo, lleno de ventura, que hasta entonces no habia podido adivinar.

## V.

Ocurrió la catástrofe acaecida por Barahona, y la esposa de Guarionex, prefiriendo la muerte á la deshonra, puso fin á sus dias arrojándose al rio.

Guarionex, queriendo destruir la fortaleza de la Concepcion, pereció con los que le ayudaron á llevar á cabo esta empresa; su hija quedó esclava, y el misionero, llevando á la Isabela á Higuanamota, pidió á Colon su proteccion para ella.

La jóven india confió con su encantadora candidez

á Colon el amor que profesaba á Hernando de Guevara.

El almirante la tomó bajo su proteccion; pero le manifestó que no podria permanecer en la Isabela, ni enlazarse, como deseaba, con su amante, sin la licencia de los reyes.

La jóven deseó con ánsia recibir el bautismo, y accediendo Colon á los ruegos de los misioneros, y especialmente á los del padre Roman, fué bautizada misteriosamente en la iglesia, disponiendo que al dia siguiente partiese á reunirse con su madre.

## VI.

El padre Roman habia hecho una promesa á Higuamota, y la cumplió.

Quiso quedarse la jóven en el templo orando, y cuando todos los habitantes de la colonia dormian, penetraron en la casa de Dios el padre Roman y Hernando de Guevara.

Hernando amaba á Higuamota.

La jóven le esperaba.

Enlazando sus manos, recibieron la bendicion nupcial, se juraron eterna fidelidad, y Hernando ofreció á su esposa obtener el permiso de los reyes para llevarla consigo á España.

No tenian más remedio que separarse, y Hernando partió, dando á Higuamota un escapulario de la Virgen, que la jóven colocó en su cuello, considerándole como un talisman precioso.

El padre Roman salió con Hernando, é Higuanamota volvió á quedar sola en el templo.

Era feliz.

Su union estaba bendecida, y el lazo que ligaba su alma á la Hernando era indisoluble.

## VII.

Al dia siguiente, acompañada por el padre Roman, fué conducida la jóven india hasta un paraje en donde no podian penetrar los españoles, próximo á las cavernas de Cacibaxagua, desde el cual Higuanamota corrió en busca de su madre.

Anacaona creia haberla perdido para siempre.

Despues de saber la desastrosa muerte de Guarionex, habia buscado á su hija sin hallarla.

Higuanamota estrechó con efusion á su madre.

Su alegría contrastaba con la tristeza de la pobre reina.

## VIII.

—¡Madre mia!—dijo la jóven.—El agua del bautismo me ha purificado. El butio de los españoles me ha enseñado á rezar, y me ha indicado los medios de alcanzar la felicidad eterna en el cielo. Él ha bendecido mi union con Hernando de Guevara; ya soy su esposa, y él ha ofrecido amarme siempre, llevarme á su país. Tú vendrás con nosotros, y mi felicidad consolará tus desventuras.

—¿Qué has hecho, desgraciada?—exclamó Ana-

caona.—¿Has abandonado la fé de tus padres, te has unido para siempre con el extranjero, con el destructor de tus hermanos?

—El es bueno, madre mia.

—¡Oh! No; si hubiera sido bueno, hubiera venido á auxiliarnos, nos hubiera defendido de los suyos, y aun cuando le he buscado en el combate, no le he hallado.

—Estaba prisionero por habernos defendido; no dudes que me ama, no dudes que desea mi bien.

Alégrate, madre mia, alégrate, porque tu hija ha alcanzado la felicidad.

## IX.

Anacaona sintió agolparse á sus ojos las lágrimas de la desesperacion.

Pero ¿tenia derecho para turbar la dicha de su hija?

No; respetó su ventura, y la dejó entregada á sus ilusiones, mientras ella fraguaba con Guaorocaya y los demás caciques el medio de libertar á su patria del yugo de los extranjeros.

---

---

## Capítulo XXI.

---

Donde se prueba una vez más que no hay mal que por bien no venga.

### I.

He dicho anteriormente que un acontecimiento inesperado ofreció á Colon la realizacion de una gran parte de los sueños que habia concebido.

Para dar cuenta de este fausto suceso, necesito poner al corriente á los lectores de una extraña circunstancia.

Uno de los oficiales que habia llevado Colon en su compañía á la Isabela, se llamaba Miguel Diaz, y era un aragonés de pura raza.

En la batalla que habia dado el almirante á los indios en las llanuras de Bonaó, destruyó su ejército, y dominando toda la parte llana de la isla, se habia portado como un héroe.

Ojeda, deseando tenerle en su compañía, habia

obtenido de Colón que le destinase al fuerte de Santo Tomás.

## II.

Podría tener el aragonés unos ventiocho años.

Era alto, grueso, corpulento, de músculos de acero, y á estas cualidades de la fuerza reunía unos ojos negros, rasgados, vivos; una abundante cabellera negra, facciones correctas y expresivas, que le hacían pasar por un buen mozo en toda la extensión de la palabra.

Era además valiente, noble, franco, generoso, y adoraba á su patria.

## III.

Entre los oficiales que había en el fuerte á las órdenes de Ojeda, se hallaba un vizcaino, también valiente y generoso, pero de un carácter discolo, intransigente y pendenciero.

Llamábase Timoteo Ubarburu.

Desde el primer momento inspiró Miguel Díaz á sus compañeros grandes simpatías, y esto bastó para que Ubarburu le mirase con malos ojos.

Una tarde estaban reunidos los dos con seis camaradas más al pié de su fortaleza, y entretenían sus ócios jugando á los dados.

Díaz ganaba á Ubarburu, y sus compañeros parecían entusiasmarse al ver que la suerte le favorecía.

Esto amostazaba un tanto al vizcaino.

## IV.

Ubarburu empezó á maldecir, y sus juramentos eran recibidos con sonoras carcajadas.

—Decididamente no teneis suerte,—le dijo uno.

—No os favorece,—añadió otro,—porque la suerte es una jóven muy bien criada, y al oír vuestras palabras se estremece y os abandona.

El vizcaino redoblaba sus juramentos.

—Cualquiera diria que érais avaro,—exclamó Díaz.

—Lo que ménos me importa es el dinero. Lo que me duele es que me gane.

—Vamos, sed franco; no es cuestion de amor propio, sino de maravedís.

—¡Voto á mil diablos! Que os engañais.

—Sí, todos los vizcainos tienen fama de ser avaros.

—Poco á poco,—exclamó Ubarburu,—todo lo consiento ménos que habéis mal de mis compatriotas. No valen todos los aragoneses juntos lo que un solo vizcaino.

Una sonora carcajada acabó de irritar á Timoteo.

## V.

—No juego más,—dijo este, levantándose amostazado.

—¿Temeis perder las últimas monedas?

—Temo no tener paciencia para soportar vuestras burlas, y como yo me enfade...

—¿Qué vá á pasar?—dijo Diaz, adelantándose hácia él en actitud provocadora.

—Veo que quereis perder lo que llevais ganado.

—¿Cómo es posible eso?

—Muriendo á mis manos.

—Ni vos, no todos los vizcainos juntos sois capaces de ponerlos delante de un aragonés.

## VI.

Timoteo, que era naturalmente pendenciero, aceptó el reto de Miguel Diaz.

—Me hablais de esa manera, porque sabeis que antes de que tuviéramos tiempo de cruzar las espadas nos arrestarian.

—No lo creais; aquí teneis seis camaradas, y vendrán con nosotros hasta el bosque inmediato. Allí nos batiremos, y ellos nos servirán de padrinos.

—¿Luego me provocais?

—Estoy cansado de oir vuestras bravatas, y me teneis á vuestra disposicion.

—En marcha,—dijo el vizcaino.

—Venid, amigos, venid,—refuso Diaz.

## VII.

Las cosas habian llegado á tal extremo, que era imposible retroceder.

Se trataba de una cuestion de honor, y aunque iban á arriesgarse mucho, no quisieron abandonar á los dos adversarios.

Se dirigieron hácia un bosque que empezaba en la márgen del río, y allí, ocultos de las miradas de todo el mundo, escogieron el terreno á propósito para cruzar sus armas.

Los padrinos convinieron en las bases del desafío.

No debía de ser á muerte, porque no habia motivo bastante entre ellos para que llegase la lucha á aquel extremo.

Se convino en que se separarian en el momento en que cualquiera de los dos fuera herido.

## VIII.

Midieron las espadas, las entregaron á los adversarios, estos se pusieron en guardia, y comenzaron á luchar.

No era corto de brazo Timoteo.

Diestro en el manejo de las armas, marcaba cuchilladas y estocadas terribles á Miguel Diaz.

La lucha se prolongaba.

Diez minutos habian trascurrido, y todavía estaban en pié los combatientes sin ánimo de rendirse.

Timoteo se fué á fondo, y la punta de su espada estaba á una línea del pecho de Miguel.

Pero este, huyendo el cuerpo, despues de defenderse de su estocada, cayó como un leon sobre su adversario, y le atravesó el costado derecho.

Ubarburu cayó en tierra bañado en sangre.

## IX.

Los padrinos le recogieron y le llevaron hasta la fortaleza, donde despues de prodigarle los auxilios convenientes, se presentaron á Ojeda para manifestarle lo que habia pasado, y ponerse á sus órdenes.

Sintió el valiente capitán que soldados tan aguerridos como aquellos empleasen la fuerza y derramasen la sangre por causas tan fútiles como la que habia dado lugar al desafío.

Indignado con ellos, pero fiado en su palabra, les mandó que inmediatamente se dirigieran á la Isabela para presentarse al almirante á recibir el castigo que les impusiese.

## X.

Partieron, en efecto, con Miguel Diaz los seis amigos que habian presenciado el lance, resueltos á obedecer á Ojeda.

Pero uno de ellos, parando á sus compañeros en medio del camino,

—Somos unos menguados,—les dijo;—vamos á entregarnos como unos corderos, y la penitencia vá á ser mucho mayor que el pecado. Ya conoceis la severidad de Colon. O nos condena á vivir en el agua cargados de cadenas, ó nos envia con la primera expedicion á España.

—Hágase su voluntad,—dijo otro;—hemos sido culpables, expiemos nuestro delito.

—Yo, por mi parte, opino, —añadió el primero, — que debemos jugar el todo por el todo. Somos siete; estamos bien armados, los indios temen á los españoles. En vez de ir á buscar á Colon, vamos á trasladarnos á una ciudad muy apartada de la colonia.

—Sí, sí, —exclamó Miguel Diaz; —exploremos la parte de la isla en donde no han entrado nuestros hermanos, extendamos el dominio de nuestras armas, y de este modo nos libraremos por de pronto del castigo, y lo trocaremos en un premio si obtenemos buen resultado en nuestra expedicion.

—Es que pueden volverse las tornas, —dijo otro. — Si encontramos una partida de indios superior en número á nosotros, van á vengarse de las derrotas que han sufrido.

—¿Qué importa? Entre vivir encadenados morir ó peleando, prefiero lo último.

—Pues en marcha.

Y aceptando todos esta resolucion, comenzaron á caminar sin rumbo fijo; pero en direccion opuesta á la de la Isabela, no encontrando ningun obstáculo, porque los indios que hallaban al paso, ó huian despavoridos al verlos, ó amedrentados corrian á prestarles toda clase de auxilios, ofreciéndoles abundantes provisiones.

## XI.

Llegaron, pues, al cabo de cuatro dias de camino á una poblacion india en la costa del Sur, cerca de

la desembocadura del río Ozema, en donde hoy se levanta la ciudad de Santo Domingo.

En aquella region de la isla reinaba una mujer, llamada Aimohila, que en el lenguaje del país queria decir *Perla del torrente*.

Apartados del teatro de la guerra, á unas cincuenta leguas de la colonia, tenian, sin embargo, los habitantes de aquella poblacion noticia del poderío de los españoles.

Pero como hasta entonces no habian sufrido las consecuencias de su dominacion, se mostraron afectuosos con los recién llegados, y los hospedaron, colmándolos de atenciones.

Aimohila fijó sus ojos en Miguel Diaz.

La abrasadora mirada del aragonés encendió su pecho.

Desde aquel momento fué sagrado para sus vasallos.

## XII.

Era Aimohila una de las indias más hermosas que habia visto Miguel Diaz desde que estaba en la Española.

Tenia ojos azules, cosa rara en las indias, y sus formas parecian modeladas por un escultor griego de la antigüedad.

Carecia del aspecto varonil que caracterizaba á Anacaona.

Su dulce mirada, su actitud humilde y bondadosa,

le hacian avasallar; pero no por el temor, sino por el afecto.

### XIII.

Con su natural candidez manifestó desde el primer momento á Miguel Diaz el amor que le habia inspirado, y mandando que fuera á su presencia, y rogándole que se sentara á sus piés, fijó en él su dulce mirada, acarició sus cabellos, besó sus manos, y ébria de gozo,

—Tú eres,—le dijo,—el esposo que yo he soñado; mi corazon late para tí; todo cuanto poseo es tuyo: abandona á tus hermanos, vive conmigo y serás rey en mis dominios. Los españoles que te acompañan, colmados de mercedes, no echarán de ménos su patria; mis vasallos trabajarán para tí; yo velaré tu sueño, yo haré que la alegría reine en tu corazon; el venerable butio que ha guiado mi infancia y los primeros dias de mi juventud, bendecirá nuestra union.

### XIV.

Habia tanta sinceridad en las palabras de la india, revelaba sus sentimientos con una efusion tan grande, que Miguel Diaz no pudo ménos de participar de aquel amor, y acceder á los ruegos de la reina, prometiéndola verdaderamente ser su esposo.

Aimohila era el ídolo de sus vasallos.

Desde muy niña habia quedado huérfana; pero todos habian respetado como soberana á la hija de su

cacique, y hasta el mismo Guacanajari habia dejado en completa libertad sus estados.

Su territorio se llamaba *la mansion de la paz y del amor*.

## XV.

Diaz manifestó á sus compañeros lo que pasaba, y aplaudieron su determinacion.

Buen cristiano el aragonés, habló á Aimohila de su religion, y ella le prometió abrazarla y hacerla profesar á todos los indios.

Las bodas de Miguel Diaz y de Aimohila se celebraron con gran pompa, y el amor que habian sentido en su corazon, se aumentó en ella impulsada por su admiracion, en él por la belleza de alma de la reina india.

## XVI.

Trascurrieron dos meses, en los cuales la felicidad que sonreia al bizarro aragonés le hizo olvidar su patria.

Pero sus camaradas no vivian tan contentos como él, aunque podia decirse que eran los verdaderos señores de aquella parte de la isla, y renovando en Miguel los recuerdos de España, los triunfos de la guerra, las esperanzas de la expedicion, le comunicaron su tristeza.

Aimohila hacia todo lo posible para destruirla.

Las vírgenes cantaban en su presencia melancóli-

cos airecitos y bailaban, para alegrarle, las danzas del país.

Los mejores frutos constituían sus víveres.

Aimohila se desvivía por hacerle dichoso.

Pero su tristeza aumentaba.

## XVII.

Dotada la reina de gran penetración, no tardó en comprender la causa de aquella melancolía.

—¿Echas de ménos á tus hermanos?—le dijo.— Quisieras volver á su lado, pero al mismo tiempo me amas, y esto causa tu tormento. Hay un medio para que se realice tu deseo y el mio.

Yo te amo más que á mi vida. Por tí estoy resuelta á hacer los mayores sacrificios.

Habeis venido á conquistar la isla, os habeis apoderado de los estados de Guacanajari y de Guarionex. Llama á tus compatriotas, que vengan tambien á dominar los míos; yo les brindo con la paz, seré su esclava, pero que no me separen de tu lado, que respeten nuestro amor, y yo cambiaré gustosa por él mi corona de reina.

## XVIII.

Miguel sabía que, si los españoles llegaban allí, la convertirían en esclava, y no reconocerían el lazo que ligaba sus corazones.

La india repetía sus súplicas.

—Yo sé,—le dijo al fin,—que amais el oro. Lo ha-

beis buscado en el Cibao, en el rio Jánico y en el Inca; pero en ninguna parte de la isla hay un oro tan puro como el que yo poseo. Ven, ven conmigo,—añadió.—Vas á ver mi tesoro, y te lo ofrezco para que se lo brindes á tus hermanos. Cuando sepan que existe, vendrán aquí, estarán á tu lado, te devolverán la alegría que has perdido, y yo, al verte contento, seré la más feliz de las mujeres.

¡Oh! Aimohila amaba de verdad á Miguel Diaz.



---

## Capítulo XLII.

Las minas de Hayna.

### I.

Miguel Diaz, guiado por Aimohila, salió de la ciudad por la orilla del Ozema, y la reina india le llevó hasta la falda de una montaña que separaba su territorio del que á la sazón ocupaban Guaorocaya y Anacona.

Un anciano indio salió al encuentro de su reina, y despues de saber el objeto de su llegada, les guió hasta una gran abertura que habia en la roca.

—Aquí están mis ricas minas de oro,—dijo Aimohila á Miguel Diaz.

Y por órden suya presentó el indio al jóven aragonés grandes fragmentos de aquel rico metal.

—Todo esto es tuyo, todo esto es de tus hermanos,—dijo la enamorada reina á Miguel Diaz.

## II.

El aragonés estaba asombrado.

Era imposible una fortuna mayor que la que él había alcanzado.

Podía decir que él era el que había conseguido el objeto de la expedición.

Al volver á la ciudad comunicó á sus camaradas el descubrimiento que había hecho, y todos disertaron acerca del partido que debían tomar.

—Eso basta,—dijo uno de ellos,—para alcanzar nuestro perdon.

—Desde luego,—añadió otro;—el principal objeto del almirante, al descubrir estos países, ha sido encontrar oro que enviar á España; pero todos los esfuerzos que se han hecho hasta ahora han sido inútiles.

—Estas riquezas,—dijo un tercero,—no nos sirven de nada á nosotros. Si no diéramos parte de que existen, tendríamos que contentarnos con mirarlas, y la verdad es que el oro no vale la pena de esa contemplacion.

—En mi concepto,—añadió Miguel Diaz,—debemos dirigirnos inmediatamente á la colonia, ver al almirante, confesarle nuestro pecado, y manifestarle que, deseosos de contraer algun mérito para obtener perdon, nos dirigimos á este país con el objeto de explorarle. El éxito ha sido lisonjero. Hemos hallado minas de oro, y yo no tengo la menor duda de que,

en gracia del triunfo que hemos conseguido, nos perdonará la desercion y nos colmará de mercedes.

### III.

Conformes todos en adoptar esta resolucion, habló Miguel Diaz á su esposa.

—Soy demasiado feliz á tu lado,—le dijo,—para renunciar á tu amor; pero por lo mismo que te amo, quiero tu bien, y tu bien exige que me separe de tu lado por algun tiempo.

Aimohila se estremeció al oirle.

—¿Vas á separarte de mí?

—Por breves dias nada más. El objeto de nuestro viaje á estos dominios no ha sido avasallar á los indios, sino encontrar oro. Tú posees ese metal en gran abundancia, y me lo has ofrecido.

Yo á mi vez voy á ofrecérsele á mis hermanos; me premiarán por este descubrimiento, y si tú, como me has ofrecido, profesas la religion cristiana; si recibes el agua del bautismo y quieres acompañarme á mi nacion, allí disfrutaremos en dulce calma la ventura que nuestro cariño nos ofrece, y el galardón á que me harán sin duda acreedor tus bondades.

### IV.

Aimohila comprendió la sinceridad de Miguel Diaz, y aceptó el sacrificio.

Con la promesa de que no tardaría en volver acom-

pañado de muchos españoles, que se establecerían en las fértiles orillas del Ozema, partió Miguel Diaz, no sin explorar antes el país y observar su feracidad, su belleza y lo saludable del clima; se dirigió con sus camaradas á la Isabela, guiado por algunos indios, que por atajos los llevaron en breve tiempo al término de su viaje.

## V.

Los primeros colonos que los vieron los recibieron con las mayores muestras de alegría, porque despues de haberlos buscado inútilmente, habian creido que los indios se habian vengado en ellos de las derrotas que habian sufrido.

Se aumentó la alegría de Miguel Diaz al saber que su adversario Timoteo Ubarburu se habia restablecido de su herida, y con mayores ánimos llegó á presencia de Colon.

Realizando al pié de la letra su plan, manifestó al almirante los motivos que habia tenido para desobedecer las órdenes de Ojeda, no pudiendo Colon ménos de asombrarse al oir que habia descubierto ricas minas en los estados de Aimohila.

Aquello colmaba todas sus esperanzas.

No podia ménos de ver en aquel suceso la mano de la Providencia.

## VI.

Estaba resuelto á partir al mismo tiempo que

Aguado para contrarestar las calumnias que á todas horas se fraguaban contra él.

Pero no podia oponer á aquellas acusaciones más que palabras.

Desgraciadamente, el tributo que pagaban los indios no bastaba ni con mucho á indemnizar á los reyes los gastos que ocasionaba la colonia.

Era casi seguro que, no teniendo paciencia para esperar los resultados que auguraba, influyesen en el ánimo de los reyes las diatribas de sus adversarios, y cayese en el desprestigio.

Pero con las noticias que acababa de darle Miguel Diaz todo cambiaba de aspecto.

Podia añadir á las palabras hechos, y hechos que justificaban sus predicciones.

Si era cierto, como el aragonés le indicaba, que había grandes pedazos de oro, que podian extraerse de las minas, á los argumentos de sus enemigos podia contestar con aquellos tesoros, y su triunfo era seguro.

## VII.

Inmediatamente dispuso que volviera Miguel Diaz con Francisco de Garay y algunos soldados á tomar posesion de las minas, en tanto que él recorria el rio Ozema para estudiar las condiciones del terreno y trasalar á sus márgenes la colonia, si como creia, era mucho más saludable que la Isabela.

Miguel cumplió su palabra, y Aimohila hizo entrega formal de las minas de Hayna, que así se llama-

ban, por nacer cerca de ellas el río de este nombre.

Colón pasó de la Isabela á la Magdalena, atravesó la Vega Real, llegó al fuerte de la Concepcion, y volviendo hácia el Sur por el fértil llano de Bonaó, llegó al río Hayna, en cuyas aguas empezó á descubrir las grandes cantidades de oro que arrastraba.

### VIII.

Miguel Díaz no le habia engañado.

En la márgen occidental de aquel río, algunas leguas antes de llegar á las verdaderas minas, halló partículas de oro mucho mayores que cuantas habia visto hasta entonces en la isla, y de mayor calidad aún que el que encerraba en sus entrañas el monte del Cibao.

El ensayador que habia venido en compañía de Aguado, y que en aquel viaje exploratorio acompañaba al almirante, declaró que en aquellos terrenos podia cada trabajador reunir al día tres granos de oro.

Al fin y al cabo llegó la comitiva á las minas, las visitó Colón, y no pudo ménos de sorprenderse al ver las escavaciones de remota antigüedad que presentaban.

### IX.

De nuevo se reanimaron las ilusiones en su espíritu, y llegó hasta á creer que la Española era el antiguo Ofir.

Aquellas minas tenian que ser por fuerza las que

poseía el rey Salomon, las que habian dado el oro suficiente para la edificación del famoso templo de Jerusalem.

Partiendo de este error, suponía que las antiguas naos habian pasado por el golfo Pérsico para llegar allí, y de deducción en deducción volvió á afirmarse en las creencias que tantos desengaños le habian proporcionado.

Entonces no se trataba de Ofir.

Padecía un error, hijo del atraso en que se hallaban los estudios geográficos.

Pero lo cierto era que aquellas minas producian mucho oro, con el que podia destruir los malévolos argumentos de sus encarnizados enemigos.

## X.

Miguel Diaz y sus camaradas fueron perdonados, y lo que es más, obtuvieron el favor de Colon.

Tomando posesion de la ciudad, nombró gobernador de ella á Miguel Diaz, Aimohila abrazó la religion cristiana, fué bautizada con el nombre de Catalina, y uno de los misioneros bendijo su union con el afortunado aragonés.

Fué, pues, el primer gobernador que vivió maritalmente en aquellos países descubiertos por el genio del inmortal Colon.

## XI.

Cargado de oro, regresó el almirante á la colonia,

procurando guardar el mayor secreto acerca del último descubrimiento, para que Aguado no pudiera renunciar á los planes que llevaba, planes cuya realizacion convenia al almirante, porque cuanto mayores fueran las calumnias, mayores seria su triunfo al destruirlas.

Dijo al investigador que, aunque habia oro en el país que habia ido á visitar, era difícil extraerle de las minas; mandó cargar el precioso metal que habia reunido en la *Santa Cruz*, que ya estaba terminada, y lo dispuso todo para su partida á España.

---

## Capítulo XLIII.

---

Hambre á bordo.

### I.

Antes de partir, mandó llamar Colon á los capitanes de las fortalezas, y reuniéndolos en su palacio con los funcionarios más importantes de la colonia, les anunció su próximo viaje, participándoles que delegaba todas sus facultades en su hermano Bartolomé, á quien ya anteriormente habia nombrado Adelantado mayor, con orden de que le sucediese en el mando de su hermano Diego, si por casualidad el primero perecia durante su ausencia.

Hizo ofrecer á todos sumision y obediencia hácia Bartolomé, encargó á Miguel Diaz que explotase con actividad las minas de Hayna, designó las personas que debian acompañarle, las más perjudiciales en la colonia, y lo dispuso todo para darse á la vela el 10 de Marzo del año 1496.

## II.

Hacia tiempo que habia concebido Colon un plan, y ninguna ocasion era más favorable que aquella para realizarle.

Tenia prisionero á Caonabo, y cuantos esfuerzos habia hecho para vencer su entereza, habian sido inútiles hasta entonces.

Ni las amenazas le quebrantaban, ni los agasajos trocaban en gratitud el ódio que sentia hácia los españoles.

Ni una sola palabra, ni una sola queja exhalaban sus lábios.

En el fondo de su alma abrigaba el indómito rey la creencia de que los suyos le vengarian, arrojando para siempre de la isla á sus enemigos; y sostenido por ella, veia trascurrir los dias, contándolos al compás de sus cadenas.

## III.

Estas prendas de su carácter le habian captado el aprecio de Colon, que deseaba á toda costa hacerle su amigo para devolverle la libertad.

Como hasta entonces habian sido inútiles cuantos recursos habia empleado, pensó que, llevándole á España, el espectáculo de las ciudades y de los campos, las magnificencias de la córte, todo el aparato de la civilizacion europea, distraerian su ánimo y le predispondrian á la paz que deseaba.

Estaba, pues, resuelto á llevarle á su lado en el primer viaje que emprendiera á España.

## IV.

Cuando se decidió á partir tuvo una entrevista con él.

—Caonabo, — dijo, — he hecho cuanto he podido para endulzar las horas de tu cautiverio. La gran necesidad de la guerra me ha impedido romper las cadenas que te privan de la libertad; pero no es mi ánimo eternizar tu desgracia. Voy á partir á España, voy á llevarte en mi compañía para que veas á los reyes, para que al experimentar las consecuencias de su bondad, te convenzas de que la paz es mucho más ventajosa que la guerra para tus vasallos. Sé leal conmigo; si despues de haber recibido las mercedes de los reyes de España nos brindas tu amistad, volverás libre y colmado de obsequios á la isla, donde serás el único soberano, porque Boechio, Guarionex y Guacanajari han sucumbido.

## V.

A estas palabras, dichas por el almirante con acento amistoso, respondió el indómito Caonabo con una mirada, en la que reconcentró todo el odio que profesaba á los españoles.

Despues, sin mirarle, y con acento de desprecio, —La suerte te ha favorecido, y estoy en tu po-

der,—dijo;—dispon de mi vida, puesto que me has arrebatado la libertad. Haz de mí lo que quieras. Lo único que yo puedo asegurarte es que jamás seré tu amigo, es que jamás doblegaré mi frente ante tus soberanos, es que si algun día consigo la libertad que me ofreces, será para despertar el ódio de los indios contra vosotros, para guiarlos de nuevo al combate, para procurar que todas sus flechas, impregnadas en guano, vayan certeramente dirigidas á vuestro corazón, porque mi única alegría, mi único triunfo, mi única esperanza es destrueros.

## VI.

Colon pensó que el viaje modificaria sus intenciones, y lo dispuso todo para que le embarcaran bien sujeto en la *Santa Cruz*.

Dispuso asimismo que fueran trasladados á bordo treinta indios más, y el día señalado partió la embarcación, ocupando en ella los puestos preferentes el almirante y Juan de Aguado.

Aquel viaje debía poner á prueba una vez más la energía y resignación del ilustre marino.

## VII.

El deseo de evitar los vientos constantes y las calmas que en su anterior viaje habia encontrado entre los trópicos, le hizo tomar el rumbo del Oriente, y el 6 de Abril, es decir, casi un mes despues de su sa-

lida de la Isabela, se hallaba todavía en las inmediaciones de las islas caribes, con escasos víveres, y temiendo que luchar, no sólo con las inclemencias del mar, sino con el disgusto de los tripulantes, que deseaban llegar á tierra y temian hallar la muerte más horrible que puede darse: la del hambre.

Tres dias despues, habiendo virado al Sur para buscar provisiones en alguna de aquellas islas, ancló en la Marigalante, y no habiendo podido realizar su deseo, prosiguió el viaje al dia siguiente, aunque contra toda su voluntad.

### VIII.

Buen cristiano ante todo, santificaba las fiestas, y nunca levaba ancla en domingo.

Pero los marineros murmuraban.

Creian que lo primero era buscar qué comer, dejándose de escrúpulos de monja, y anticipándose Colon á los disgustos que su resistencia podia suscitar, se dió á la vela el domingo 10 de Abril con rumbo hácia la Guadalupe.

Ancló en el puerto de esta isla, y mandó á tierra el bote con gran número de soldados armados.

### IX.

Antes de llegar á tierra tuvieron los enviados que detenerse, porque salieron de los bosques, antes de que llegaran á la orilla, multitud de mujeres armadas, resueltas á oponerse al desembarque de los españoles.

Todas ellas llevaban arcos, flechas, estaban adornadas con plumas, y parecían decididas á ofrecer á los españoles por toda hospitalidad una tumba en la playa.

Detuviéronse los tripulantes del bote á bastante distancia de la orilla y enviaron á nado á dos indios para que participaran á aquellas mujeres que no era su ánimo conquistar la isla, ni mucho ménos, sino pedirles provisiones á cambio de otros objetos de gran valor.

Las indias contestaron que no estaban autorizadas para celebrar aquel pacto, é indicaron á los dos emisarios que podían dirigirse con los botes hácia la parte Norte de la isla, donde se hallaban sus maridos, con los que podrían entenderse.

## X.

El bote se dirigió hácia allí, en efecto, y á su llegada á la costa vieron en ella multitud de indios feroces, que al mismo tiempo que lanzaban terribles alaridos disparaban las flechas, aunque por fortuna no alcanzaban al bote.

A pesar de la actitud amenazadora de los indígenas, el oficial que mandaba la fuerza armada que iba en el bote resolvió llegar á tierra, porque entre morir de hambre á bordo ó perecer luchando, prefería lo último.

Avanzó, pues, la embarcacion, visto lo cual por

los indios, se refugiaron en el bosque inmediato con ánimo de tenderles un lazo.

## XI.

Apenas desembarcaron en tierra salieron por distintos lados dispuestos á caer sobre ellos y á despedazarlos.

Pero los españoles descargaron sus arcabuces, y aquella inmensa falange de indios huyó precipitadamente, refugiándose en las selvas y en las montañas, razon por la cual no encontraron los españoles obstáculo alguno á sus deseos.

Recorrieron las playas, se internaron en la isla, penetraron en las desiertas habitaciones de los indios, y aun cuando el almirante les habia encargado mucho se abstuvieran de cometer ningun género de tropelias, se entregaron á toda clase de excesos.

## XII.

Al notar su tardanza saltó en tierra Colon con cuarenta hombres, y envió á explorar el interior de la isla, mientras los otros hacian provisiones de agua, leña y pan de cazabe.

Los enviados regresaron al dia siguiente, con diez mujeres y tres niños que habian aprisionado.

Entre aquellas mujeres se hallaba la esposa de un cacique, cuya captura habia causado la muerte de un español.

Al acercarse sus enemigos, huyó con tal velocidad, que no tardó en dejar muy atrás á sus perseguidores.

Uno de los españoles, célebre por su extremada ligereza, corrió tras ella resuelto á aprisionarla.

Pero la esposa del cacique notó que sólo tenía que habérselas con un enemigo, y deteniéndose de pronto aguardó á su adversario, le asió con sus brazos, y era tal su fuerza que le arrojó al suelo, y cuando llegaron los españoles en socorro de su camarada lo habia ya estrangulado la india.

### XIII.

Fué conducida á bordo con los demás prisioneros, y allí tuvo ocasion de ver á Caonabo y de saber las causas de su cautiverio.

Cuando Colon reunió las provisiones suficientes para continuar el viaje, queriendo asegurarse la amistad de los habitantes de Guadalupe, por ser la más importante de las islas caribes, puso en libertad á la prisionera y la colmó de presentes.

La esposa del cacique no quiso volver á tierra.

La vista de Caonabo, el infortunio de aquel rey, la habian prendado de tal manera, que estaba verdaderamente enamorada del desgraciado esposo de Anacaona.

Manifestó á Colon que deseaba ir con él á su patria; y seguro el almirante de que esto podria favorecer sus intentos, no tuvo inconveniente en permitirle que continuase á bordo.

## XIV.

El 20 de Abril, diez días después de su llegada, partió la carabela á ser juguete de encontrados vientos, que retardaban su marcha, aumentaban la zozobra de Colón, y desesperaban á los tripulantes.

Grandes horrores debían aumentar el interés dramático de aquel viaje.

Un mes después de su salida de la Guadalupe estaban los pilotos desorientados.

Cada cual sostenía una opinión, y se formaron partidos, cuyas pasiones amenazaban estallar en medio de las soledades del Océano.

## XV.

En tres meses de incierta y lenta travesía volvieron á escasear las provisiones.

Colón tuvo que reducir la ración de cada individuo á seis onzas de pan y cuartillo y medio de agua al día.

La sombra fatídica del hambre no tardó en extender sus descarnadas garras sobre el buque.

## XVI.

El 1.º de Junio los tripulantes habían dejado de ser hombres para convertirse en fieras.

Llegó un día en el que todos los recursos se habían agotado.

No sabían dónde estaban.

No descubrían ningún punto que les indicase próxima tierra.

No veían, ni á gran distancia, una embarcación siquiera que les prometiese la satisfacción de sus necesidades.

## XVII.

—¡Esto es horrible!—exclamaban.

—Peor estamos que en la colonia.

—Los pilotos no saben dirigirnos.

—El almirante mismo ha olvidado el rumbo, y nos espera una muerte desastrosa.

—Lo peor es el hambre.

—No, pues no hemos de quedarnos sin comer.

—¿Y qué hacer?

—Una cosa muy fácil. Vamos á matar á los indios prisioneros para comer su carne.

Aguado, que tampoco las tenía todas consigo, pero que en medio de todo se lisonjeaba pensando en el fin desastroso que reservaba la Providencia á Colon, les incitó á llevar á cabo su propósito.

## XVIII.

Armados de cuchillos iban á precipitarse los más audaces en el sollado donde iban los prisioneros, cuando Colon, saliendo á su encuentro y conteniéndoles,

—¿Qué vais á hacer, miserables?—les dijo.—¿Olvidais que los indios son prójimos vuestros? Vais á cometer un crimen espantoso. Antes que acercaros á uno solo de ellos, tendreis que pasar por encima de mi cadáver.

Y les presentó el pecho.

### XIX.

Los tripulantes lanzaron un grito terrible, y fueron á ocultarse de aquella mirada amenazadora.

Colon les anunció que muy en breve llegarían á tierra, pues segun su cálculo, estaban á muy poca distancia del cabo de San Vicente.

Poco despues de aquella escena se desencadenó una furiosa tempestad.

La embarcacion, á impulso del huracán, recorrió gran distancia sin más guia que el viento.

Una terrible escena vino á aumentar el horror de aquel imponente cuadro.



---

## Capítulo LXIV.

El valor de la desesperacion.

### I.

La india caribe, esposa del cacique, que, aprisionada por los españoles, habia sido enviada á bordo, habia concebido, como he dicho en el capítulo anterior, una pasion vehemente hácia Caonabo.

Reunida con los indios, se acercó al prisionero y habló con él.

Un horrible proyecto cruzó por la imaginacion de la caribe.

### II.

—Caonabo,—le dijo,—un guerrero como tú no debe ser esclavo.

—Mi desdicha lo ha querido.

—¿Y cómo has podido soportar el peso de tus cadenas?

—Porque aún abrigo la esperanza de vengarme de mis opresores.

—Triste esperanza es esa. Oye, Caonabo. Yo te amo; en tus ojos he leído el fuego que hay en tu alma; yo he soñado un hombre como tú para convertirle en mi ídolo; voy á romper tus cadenas, voy á vengarte de tus enemigos.

—¿Qué pretendes?

—A nuestro lado hay treinta indios. Nuestros enemigos son algunos más, pero no importa; en un momento dado, mientras duermen, los sorprenderemos, los mataremos y los arrojaremos al mar. Dueños de la embarcacion, volveremos á nuestra isla, y allá celebraremos el triunfo.

### III.

Esta idea, por lo que tenia de feroz y de astuta, entusiasmó á Caonabo.

—Si, sí,—dijo;—destruyamos á nuestros enemigos, sobre todo á su jefe, y poco me importa la muerte.

La india habló á sus compatriotas.

—Nos llevan á la muerte,—les dijo.—Se han apoderado de vuestros tesoros, y todo lo que nos ofrecen es mentira. Vengáos de vuestros opresores, vengad el honor de vuestros reyes; estad atentos á mis órdenes, y rompiendo las cadenas de Caonabo, mataremos á nuestros enemigos, nos haremos dueños del buque, y volveremos á la patria.

## IV.

Los indios, que temían á los españoles, no ocultaron su miedo.

La amante de Caonabo aguardó.

Antes que á los europeos, faltaron provisiones á los indios.

El hambre comenzó á exasperarlos.

—Faltos de víveres nuestros enemigos,—les dijo,—van á matarnos para devorarnos. Destruyámoslos nosotros para satisfacer nuestras necesidades.

Entonces la oyeron con más interés, y resolvieron ayudarla en su empresa.

## V.

Llegó el momento en que los tripulantes iban á lanzarse sobre los indios para devorarlos.

Colón los detuvo.

La influencia del almirante les hizo caer en el abatimiento.

Vino la noche, y estalló la tempestad.

—Ha llegado la hora de la venganza,—exclamó la india.

## VI.

En medio de la consternación de los marineros, se dirigió con los indios adonde estaba Caonabo para romper sus cadenas.

Cuantos esfuerzos hacían eran inútiles.

El mismo Caonabo, sediento de libertad y de venganza, hizo un supremo esfuerzo para sacar sus piés de las cadenas, y lo logró rompiéndose los huesos.

Pero al dar un paso cayó en tierra.

Desesperada su amante, guió á los indios sobre cubierta para sorprender y asesinar á los españoles.

Dieron estos la voz de alarma, y se prepararon á la defensa.

## VII.

Aguado fué el primero que cayó en poder de los indios.

Estaba á punto de perecer, cuando presentándose Colon, le sacó de las garras de los indios, y les obligó á huir amedrentados para evitar el castigo.

La amante de Caonabo se vió perdida.

Corrió á refugiarse en donde estaba el indio.

—Por piedad, mátame,—le dijo,—mátame.

La india le estranguló con sus nervudas manos, y volviendo sobre cubierta, se arrojó al agua, al mismo tiempo que uno de los soldados, disparando su arcabuz sobre ella, le atravesó el pecho con una bala.

## VIII.

Los indios imploraron perdon.

Aguado estaba avergonzado por que debia la vida al almirante.

Hubiera querido morir antes de recibir aquel nuevo beneficio del hombre ilustre á quien queria perder.

## IX.

Colon supo la muerte de Caonabo, y la sintió en extremo.

Sus planes se habian frustrado por completo.

La tempestad se calmó.

Amaneció el dia siguiente, y á aquella escena de horror y de desolacion siguió otra de expansion y alegría.

Las primeras luces del alba mostraron á los tripulantes el cabo de San Vicente.

Colon les habia anunciado que llegarían allí muy en breve.

Pero dudando de su pericia, habian murmurado de él.

El remordimiento les inspiró nueva admiracion hácia aquel hombre, que conocia tan á fondo los misterios del Océano:

## X.

El dia 11 de Junio ancló la *Santa Cruz* en la bahía de Cádiz, y Colon pisó de nuevo aquella tierra hospitalaria, en donde le esperaba la envidia con sus armas afiladas para clavarlas en su reputacion.

No duró mucho la alegría.

La mayor parte de los tripulantes que volvían á la colonia habian salido de la Peninsula con el propó-

sito de hacer fortuna, y despues de algunos años regresaban tan pobres como fueron, y trabajados por las enfermedades, los disgustos y las privaciones que habian sufrido.

Aguado, prometiéndoles su proteccion si coadyu-  
vaban á sus intentos, si desprestigiaban al almirante,  
los convirtió en otros tantos enemigos de Colon.

## XI.

Desde el primer momento se empezaron á divulgar entre los que salian á recibirlos noticias desfavorables para su jefe, noticias que corrieron con rapidez por toda la ciudad y trocaron en indiferencia el entusiasmo, que en otro tiempo, al regresar por primera vez de las Indias, habia hallado Colon.

Para contrarestar estas versiones, que no tardaron en llegar á sus oidos, se tomó Colon el trabajo de hablar á todos los que se le acercaban de su descubrimiento, anunciando que habia encontrado las minas del antiguo Ofir, refiriéndose á las minas de Hayna.

Como siempre, el primer pensamiento de Colon fué descansar en la Rábida.

## XII.

En el puerto de Cádiz encontró tres carabelas mandadas por Pedro Alonso Niño, próximas á darse á la vela con provisiones para la colonia.

Leyó Colon las cartas y despachos de que era por—

tador el capitán de aquellas embarcaciones, y enterándose de este modo de los deseos de los soberanos, escribió á su hermano Bartolomé, pidiéndole que pacificase por todos los medios posibles la isla, que pusiese en inmediata explotación las minas y que castigase severamente á los indios que atentaran contra la seguridad personal de los colonos.

Convencido de que el verdadero tesoro de la isla era el que Miguel Díaz había encontrado en las minas de Hayna, mandó á Bartolomé que trasladara la colonia á sus inmediaciones y que formase un puerto de mar cerca de aquella parte de la isla, para que fueran hasta él las embarcaciones á recibir el precioso metal.

### XIII.

Aguado, al despedirse de Colon, partió á Sevilla, en donde habló con Soria; este le dijo dónde se hallaba el obispo Fonseca, y corrió inmediatamente á su encuentro.

Colon dispuso que los indios que había llevado consigo quedasen en Sevilla, y se dirigió al convento de la Rábida á esperar allí las órdenes de los soberanos.

Una nueva desdicha le esperaba allí.

### XIV.

Fray Juan Perez de Marchena, su protector, su

amigo, se hallaba postrado en el lecho, próximo á abandonar para siempre la tierra.

Aun no habia perdido el conocimiento, cuando Colon pudo llegar hasta la cabecera de su lecho, besar sus manos y oír su inspirada palabra.



---

## Capítulo XLV.

---

Consejos de un moribundo.

### I.

No podia penetrar el almirante en el santuario de Santa María de la Rábida sin conmoverse profundamente.

Mirando desde allí todo su pasado, tenia que dar gracias á la Providencia; porque si bien era verdad que sus desdichas habian sido grandes, tambien era cierto que en los mayores conflictos le habia dado resignacion bastante, fuerza suficiente, para soportar los rigores de la desgracia y encontrar en el fondo de su corazon fé y esperanza para sí; caridad para sus enemigos.

### II.

Aquel santuario habia albergado su pobreza, habia sido el espacio donde habia respirado la atmósfera de

la virtud, de la ciencia, del amor á Dios, su hijo querido Diego.

Allí, en aquellos silenciosos cláustros, habia confiado sus planes á fray Juan Perez de Marchena, habia escuchado sus consejos y su estímulo, y habia alimentado las esperanzas, que al convertirse en realidad, al mismo tiempo que la corona de la gloria, ceñia á sus sienes la corona del martirio.

¡De cuán distinta manera habia entrado por aquellas puertas en las diferentes épocas de su vida que habia pasado sus umbrales!

La primera vez le acompañaba la miseria.

La segunda, la gloria.

La tercera, el desengaño.

### III.

Difícil fué para los venerables frailes del monasterio reconocer al que algunos años antes habia llegado allí en medio de las aclamaciones de todo el mundo, para prepararse á recibir el mayor homenaje que hasta entonces habian tributado los hombres á mortal alguno.

Los años, duplicados por los disgustos, habian marcado en su rostro las huellas de una prematura vejez.

Durante los tres meses de navegacion habia crecido su barba y se habia cubierto con cenicientas hebras, que acentuaban más y más su fisonomía.

## IV.

Como si adivinase Colon el recibimiento que iban á dispensarle, habia renunciado á sus galas y vestia una humilde túnica, sujeta con una cuerda al rededor de la cintura.

Durante los momentos de peligro en el mar habia hecho voto de vestir aquel traje durante un año, y lo cumplió al saltar en tierra.

Iba á buscar en el santuario las fuerzas que le faltaban para luchar con sus enemigos.

Iba á pedir á fray Juan Perez de Marchena saludables consejos, y al saber que el infeliz anciano yacía en el lecho de la muerte, fué inmenso su dolor.

## V.

¿Era aquello señal de que el favor divino le abandonaba?

Pero aun no habia muerto el venerable sacerdote.

Aun resonaba su débil voz en su humilde celda.

Aun podia acercase á los piés de su lecho á recibir de sus débiles manos la bendicion.

Fray Juan Perez de Marchena moria como el justo.

## VI.

Sus ojos apagados se reanimaron al escuchar la

voz de Colon, al reconocerle, al sentir el ósculo que con veneracion y respeto imprimió en su mano.

—Padre mio,—exclamó Colon,—aun llego á tiempo para pedir os que imploreis de la piedad divina las fuerzas que necesita mi abatido espíritu; aun llego á tiempo para recibir vuestra bendicion.

—Sí, amigo mio, sí,—murmuró débilmente el anciano;—yo os bendigo con toda mi alma, yo imploraré del Altísimo la proteccion que necesitais. Todas esas contrariedades que se oponen á vuestras esperanzas, son vehementes indicios de los altos fines para que os reserva la Providencia. Pero la inquebrantable fé de vuestra alma, la inmensa caridad que sentís en vuestro corazon, hace vuestro elogio y os alcanzará el premio divino. Escuchad, escuchad con fé la voz de la esperanza; no abandonéis la senda que os habeis trazado desde el primer instante de vuestra vida; sufrid con resignacion los golpes de la fortuna, y el dia de la justicia llegará para vos, dia sublime, en el que alcanzareis el premio, en el que no sólo conseguireis la admiracion de los hombres, sino el respeto y la veneracion de los cristianos.

El esfuerzo que hizo el padre fray Juan Perez de Marchena para pronunciar estas palabras le debilitó en extremo y no pudo hablar más.

## VII.

Aquella misma tarde, cuando las campanas del monasterio tocaban á las oraciones, el prior del con-

vento exhalaba el último suspiro en medio de las lágrimas fervientes de los que habían admirado sus virtudes en vida, y no dudaban de que su espíritu subía al cielo á recoger el premio que le brindaba la Divinidad.



---

## Capítulo XLVI.

---

Donde Colon habla á los reyes y disipa sus dudas.

### I.

El 12 de Julio de 1496 escribieron los reyes una carta á Colon, dándole la enhorabuena por su feliz arribo, é invitándole á pasar á la córte, que estaba en Búrgos.

Esta epistola, concebida en los términos más halagüeños para el almirante, disipó en cierto modo su tristeza, porque habia notado desde luego, al desembarcar en tierra, que el entusiasmo que al regresar de su primer viaje habia producido se habia amenguado mucho.

Considerábase en desgracia con los soberanos, no dudando que Aguado habia influido en contra suya, y no podia prometerse frases tan lisonjeras como las que los reyes le prodigaron en su carta.

## II.

A pesar de todo, comprendió que tenía que luchar con sus adversarios, y resolvió partir á Búrgos, pasando antes por Sevilla para recoger á los indios y presentarlos á los monarcas, al mismo tiempo que el oro y las preseas que habia adquirido en las Indias.

Conocedor del mundo, para reanimar el entusiasmo que en otro tiempo habia producido su llegada, quiso en su viaje hacer ostentacion de sus conquistas, y se detuvo en casi todas las ciudades que hallaba al paso, paseando por ellas á los indios con sus ricos y originales trajes, al mismo tiempo que ostentaba el oro y los demás productos del Nuevo Mundo.

## III.

Entre los indios iba Manicaotex, hermano de Caonabo, y un hijo suyo de diez años de edad.

Muerto el feroz cacique del Cibao, consideraba Colon á su hermano como su legítimo sucesor, y le ofreció llevarle en su compañía al volver á la isla, para dejarle en libertad y darle posesion de los estados que le correspondian por legítima herencia.

Al entrar en las ciudades mandaba Colon poner á Manicaotex un collar de guaninos y una cadena de oro, que, segun testimonio de un historiador fidedigno, pesaban seiscientos castellanos (S.).

## IV.

La acogida que en todas partes dispensaban á Colon era más que de entusiasmo, de curiosidad.

No se hacia ilusiones, y veia su estrella próxima á eclipsarse.

Mientras que él avanzaba hácia Búrgos, el obispo Fonseca movia los hilos de su intriga para desprestigiarle por completo.

Aguado llegó secretamente á su palacio, le enteró de la conducta que habia observado, de la actitud humilde que habia tenido respecto de él el almirante; le dió á leer la detallada investigacion que habia hecho de todos sus actos, con el testimonio de infinitas personas, que en nada le favorecian.

## V.

Habia bastantes datos para minar la reputacion de Colon.

Pero el mismo Fonseca, á pesar del ódio que le profesaba, no podia ménos de reconocer su gran talento, y al ver lo resuelto que estaba á presentarse á los reyes, temia que emplease argumentos deslumbradores para destruir el efecto que pudieran causar en el ánimo de los reyes las acusaciones que se leian en aquel escrito.

—Yo estoy resuelto,—dijo Aguado,—á aprovechar el tiempo que emplee el almirante descansando

en la Rábida, para presentarme á los reyes á darles cuenta de mis investigaciones.

—No sé hasta qué punto conviene dar ese paso; los reyes os nombraron investigador, creyendo que profesábais gran amistad al almirante. Querian noticias ciertas; pero adquiridas por un amigo. Lo que habeis hecho, no sólo prueba celo, sino exagerado rencor hácia la persona del almirante, y como interesa á la patria, y conviene á los reyes saber la verdad para que desistan de esas locas empresas, cuyos resultados son tan exiguos, por no decir tan onerosos, yo creo que seria más oportuno, y sobre todo más eficaz, renunciar á presentar á sus majestades esa larga sumaria, despues de la cual es necesario residenciar y castigar á Colon (lo que no harán los reyes por ahora), y escribir otra más hábil, más intencionada, dando á entender que la conducta de Colon ha sido buena, que sus deseos y sus aspiraciones no han podido ser más laudables; pero que desgraciadamente el afecto que le inspiran aquellos territorios, á los que debe su gloria; la obcecacion que padece, creyendo conseguir la amistad de aquellos habitantes, que siempre serán hostiles á sus dominadores, hacen de todo punto estériles los sacrificios que el establecimiento de la colonia y su conservacion imponen á la madre patria. Tiempo tendremos de recurrir á las acusaciones testimoniadas que traeis, cuando la ocasion llegue.

## VI.

Aunque á pesar suyo accedió Aguado á este pérfido

consejo: trazó una memoria de todo lo que había visto en el sentido que le había indicado el obispo Fonseca, y presentándose á sus majestades, les dió cuenta de su cometido.

Por más que no fueran satisfactorias las noticias, era para la reina Isabel tan competente, tan respetable, tan grandiosa la figura de Colon; experimentaba una satisfaccion tan viva al ver la gloria que le debia su trono, porque todos los demás reyes la habian felicitado por sus conquistas en el Océano, que deseando oir al almirante antes de tomar un acuerdo definitivo, le escribió cariñosamente, rogándole que se presentase en la corte, y calmó la ansiedad del rey, que, poco satisfecho de los resultados de la expedicion, estaba muy dispuesto á oir á los calumniadores del almirante para renunciar á aquella empresa, que no sólo no aumentaba los recursos de la corona, sino que absorbía cantidades crecidas, que en aquella ocasion podia emplear en soldados y municiones para las guerras que sostenia en Italia contra los pretendidos derechos que defendia el rey de Francia, y el lujo y ostentacion con que queria vivir para enlazar á los infantes con los herederos de las dinastías más principales de Europa.

## VII.

Aguado no quiso estar presente cuando se celebrara la entrevista de los soberanos con el almirante, y pidiéndoles licencia para descansar, se retiró á Valladolid.

Pocos dias despues de su partida llegó Colon á Búrgos con todo su séquito, y el obispo Fonseca, á pesar del ódio que le profesaba, para que no pudieran tildarle de animosidad, salió á recibirle y le colmó de atenciones.

## VIII.

Deseaban los reyes ver cuanto antes al ilustre marino, y la amabilidad con que le saludaron le indemnizó de la indiferencia con que las demás clases de la poblacion acogieron su llegada.

—Sé,—dijo Colon,—que poderosos enemigos me han calumniado á los ojos de vuestras majestades.

—Olvidalos,—dijo la reina.—Si por un momento dimos crédito á sus calumnias, al saber que lo eran los castigamos, y hoy sufren su condena en el destierro ó en la prision.

—Si de algo valen mis servicios,—dijo Colon,—sólo un favor pediria á vuestras majestades.

—¿Qué quieres?

—La libertad, el perdon de esos infelices.

—Propia es de un alma generosa esa súplica,—dijo la reina,—y ni mi augusto esposo ni yo queremos negaros esa gracia. Hoy mismo se darán las órdenes de su perdon.

## IX.

En seguida refirió el almirante á los reyes todos los pormenores de su viaje, les presentó á los indios, que contemplaban asombrados tanta magnificencia, y

mostró las grandes cantidades de oro que había quitado, y multitud de collares, brazaletes, amuletos y diademas de oro que había ocupado á algunos indios.

—Estos son los argumentos que tengo que oponer,—dijo Colon,—á los que me calumnian.

—Sin embargo,—dijo el rey,—todos opinan que no son esas tierras tan ricas como suponeis.

—Siempre he creido que abrigaban en sus entrañas grandes cantidades de oro. Poco antes de venir descubierta las minas de Hayna, en donde ese mes se encuentra con una abundancia sorprendente. Pídenme vuestras majestades de mi buena fé, otórgueme licencia y recursos para emprender una larga expedicion, y yo aseguro que muy en breve cesarán las calumnias, porque habré traído tanto oro, que la riqueza se aumentará poderosamente y el bienestar de todos disfruten inspirará mayor benevolencia para mí.

—Sí, sí,—dijo la reina entusiasmándose,—yo os haré proporcionaros recursos para una nueva expedicion.

—Siempre que sus resultados no se dilaten,—añadió el rey,—porque hoy más que nunca necesito que esdesahogadas las arcas del Tesoro.

—Por de pronto,—añadió Colon,—yo estimaría que vuestras majestades dispusiesen la partida de dos navios con provisiones para la colonia. Mi hermano Bartolomé está en ella, y vale más que yo. Seguro de poder explotar los triunfos que ya he conseguido, con

seis carabelas más emprenderá nuevos descubrimientos, y logrará probar al mundo entero que no son sueños, sino realidades mis esperanzas.

## X.

Ofrecieron los reyes á Colon satisfacer sus deseos, dispusieron que se verificara el bautizo de los indios con gran solemnidad, los hospedaron en palacio, quisieron dar allí tambien habitacion al almirante; pero este prefirió aguardar á que se preparasen las embarcaciones en donde debía partir al lado de sus queridos hijos.

Mucho tiempo tenia que esperar.

Muchos obstáculos tenia que vencer.

Pero aquella época de su vida, en medio de la zozobra y de la duda, fué un manantial inagotable de dulzura para su corazon, porque tenia el amor de sus hijos y la gratitud de Inés.

## XI.

Diego se habia granjeado el aprecio de los reyes con las nobles prendas que le adornaban.

Era el amigo, el compañero predilecto del Infante don Juan.

El primer dolor que habia experimentado en su vida, habia anticipado en él la época de la reflexion, del juicio, y contrastaba la profundidad de sus pensamientos con la juventud que brillaba con toda su lozanía en su agraciado rostro.

## XII.

Fernando era el retrato de Beatriz, de aquella angelical mujer que tanto le habia amado, que tantos sacrificios habia hecho por él.

Se habia despertado á la vida en los momentos en que Colon, su padre, volvia por la primera vez del Nuevo Mundo, en medio de las aclamaciones y de la admiracion de un pueblo entero, que le recibia ébrio de gozo; y al afecto que le profesaba unia su infantil admiracion, enorgulleciéndose de tener tal padre.

Completaba la belleza de aquel cuadro doméstico la hermosa hija de Inés y de Beltran, la inocente Isabel, que queria como hermanos á Diego y á Fernando, y sentia hácia Colon afecto y gratitud.

De todo esto necesitaba para reponer su abatido espíritu y sufrir con resignacion las intrigas que empleaban sus enemigos para oponer obstáculos á su tercer viaje.

## Capítulo XLVII.

### Los juegos de la fortuna.

Mala situación era aquella para España bajo el punto de vista financiero.

El rey don Fernando era ambicioso.

Con la esperanza de extender su poder prodigaba las rentas del estado en guerras, y mientras negociaba con el rey de Nápoles la posesion de la corona de aquel reino, proyectaba enlazar á sus hijos de una manera ventajosa para que España llegase á ser lo que fué en el siglo XVI.

Al juzgar los actos de su época, podria asegurarse que ya soñaba aquel país que debia más tarde hacer exclamar á uno de sus sucesores: «que en sus dominios no se ponía nunca el sel.»

Hacia, pues, lo posible para formar la célebre

alianza de familias que constituyó á la nacion en imperio, bajo el mando de su sucesor Cárlos V.

## II.

Tenia en Italia un numeroso ejército, mandado por Gonzalo de Cordoba.

Este ejército molestaba al rey de Francia, y Fernando temia una invasion de tropas francesas, que le atacaran, no sólo por tierra, sino por mar.

Esto le obligaba á sostener un numeroso ejército en la frontera, y gran número de buques preparados para defender las costas.

Al mismo tiempo, para hacer ostentacion de su poderío, deseaba que acompañase una flota de cien buques á su hija doña Juana, que debia enlazarse con el archiduque de Austria, al cual debia acompañar á su regreso su hermana doña Margarita, para unirse con el príncipe don Juan.

## III.

Estas combinaciones le preocupaban, con detrimento de los proyectos de Colon, y al mismo tiempo le hacian emplear crecidas sumas, con cuyo motivo las esperanzas del almirante estaban reducidas á una promesa.

¡Gran pena debia experimentar el ilustre marino al ver que destinaba el rey cien buques para escoltar á una princesa, y le negaba seis humildes carabelas pa-

ra ensanchar sus descubrimientos y sus conquistas en el Nuevo Mundo.

## IV.

Fonseca y sus secuaces animaban al rey á realizar sus planes, como más provechosos para el presente y el porvenir de la nacion, que las ofertas que hacia el almirante.

No faltaban á este poderosos y leales amigos, entre los que se contaban el duque de Medinaceli, el arzobispo de Toledo, fray Diego de Deza, y el mismo Santangel, y unos y otros consiguieron que diese el rey la órden de adelantar á Colon seis millones de maravedis con destino á los preparativos de su tercera expedicion.

## V.

Aunque con gran pesar de Fonseca, no habia más remedio que cumplir aquella órden; y andaban sus amigos desesperados viendo los medios de entretenerle, cuando una circunstancia favorable á Colon vino á serle al mismo tiempo adversa.

Al llegar á Cádiz encontró á Pedro Alonso Niño, que partia con provisiones para la colonia.

A los pocos dias de comunicarse á Fonseca la órden para el adelanto de los seis millones de maravedis, se tuvo noticia del regreso de Alonso Niño.

Su familia residia en Huelva, y en vez de salir inmediatamente de Cádiz para la córte fué á descansar á su casa, y desde ella escribió á Fonseca, rogándole

que participase á los reyes que traía á bordo una crecida cantidad de oro.

Aquella era una mala noticia.

## VI.

Inmediatamente envió Fonseca un emisario á Soria para pedirle informes detallados acerca de la cantidad á que ascendía el oro que había traído Pedro Alonso Niño.

La respuesta no se hizo esperar.

Produjo gran alegría en Fonseca.

Inmediatamente fué á ver al rey.

—Tengo que comunicar excelentes nuevas á vuestra majestad,—le dijo.

—Hablad.

—Voy á evitaros un sacrificio inmenso. Habeis dispuesto que se adelanten á Colon seis millones para los preparativos de su tercer viaje.

—Con harto pesar,—dijo el rey.

—Pues bien; no vá á ser necesario ese sacrificio.

—¿Por qué causa?

—Hace cuatro meses partió para la India Pedro Alonso Niño con tres carabelas. Ha regresado, y en una carta me comunica que vuelve con su navio cargado de oro.

—¿Es posible?

—Vea vuestra majestad su epístola,—dijo Fonseca.

—Si como creo es cierto, puede desde luego destinar vuestra majestad los seis millones á gastos más

perentorios, invirtiendo una parte del oro que ha venido en las atenciones que exija la tercera expedición.

## VII.

La idea agradó al rey.

Precisamente en aquellos días había recibido la noticia de que una fortaleza muy importante había sido saqueada en el Rosellon por los franceses; y necesitaba los fondos para mandar repararla.

Sin pérdida de tiempo dictó una orden destinando á este servicio los seis millones, anunciando á Colon que del producto que había traído Pedro Alonso Niño se destinaria la cantidad necesaria para que dispusiese las carabelas que debían servirle en su próximo viaje.

## VIII.

Esta contraorden disgustó en extremo á Colon, tanto más, cuanto que no tardó en saber que Pedro Alonso Niño había hablado en su carta figuradamente, puesto que no poseía oro, sino gran número de prisioneros indios, los cuales vendidos podían producir el metal que anunciaba.

Pero como la reina había dado orden para que volvieran los cautivos á su patria, sus esperanzas quedaron defraudadas, y una carta de su hermano que llegó á sus manos por el mismo conducto, le acabó de entristecer.

Anunciábale que la colonia se hallaba en una lamentable situación.

Pedíale inmediato socorro, y le decía que todo se perdería si continuaban de aquel modo mucho tiempo.

## IX.

Para conseguir sus deseos, mostró Colón á los reyes aquella epístola, y produjo en su ánimo un efecto contrario del que se prometía.

Veían á punto de perderse aquellas conquistas lejanas, y poco les faltaba para preferir su abandono á los nuevos y grandes sacrificios que tenían que hacer para sostenerlas.

## X.

Nueve meses horribles pasó Colón en España, sin que acabasen por completo de despreciarle; pero sin que le atendiesen con la bondad que había merecido en otro tiempo á los reyes y á los personajes más influyentes de la corte.

Al fin de la primavera del siguiente año, cuando volvió á Flandes la flota con la princesa Margarita, se realizaron las esperanzas de Colón.

Los esponsales de la jóven princesa y el príncipe don Juan se celebraron en Búrgos con gran pompa.

La felicidad que experimentaba el corazón de la reina alcanzó á su protegido.

## XI.

Asegurado el porvenir de sus hijos, influyó en el ánimo del rey, no sin mucho trabajo, y algunas reales disposiciones que se dictaron dieron nuevo impulso á los propósitos del almirante.

Fueron confirmados á Colón los derechos y prerogativas que se le habían concedido en Santa Fé.

Ofreciéronle una heredad en la isla Española de cincuenta leguas de longitud y veinte de latitud, con el propósito de fundar sobre ella un título de duque ó de marqués.

Pero Colón renunció estos honores, manifestando que sólo servirían para encarnizar la envidia que sus triunfos despertaban, y lo único que hizo fué pedir á los reyes, en vista del mal estado en que se hallaban sus intereses, que le eximiesen de pagar la octava parte del coste de las expediciones anteriores.

En cambio se obligaba á no pedir la octava parte que le correspondía de los productos que hasta entonces habían llegado de las Indias.

## XII.

Acordóse también que los tres años siguientes recibiese la octava parte de los productos totales y el diez de los productos líquidos.

Pasado este tiempo, debería volver á estar en toda su fuerza y vigor el pacto primitivo que había hecho con los reyes.

Deseosos los monarcas de reanimar su abatido espíritu, le concedieron el derecho establecer un mayorazgo con todos sus títulos de nobleza, permitiendo al heredero usar sus armas, sellar con ellas y adoptar su rúbrica.

### XIII.

Aprovechando aquella época de favor, Colón, que se había ofendido por la licencia que habían concedido los reyes en Abril de 1495 á todos los vasallos españoles que por su cuenta quisieran emprender descubrimientos en el Nuevo Mundo, licencia contraria en un todo á su prerogativa, hizo valer sus derechos, y consiguió la publicacion de un edicto, en el cual se modificaba la licencia, no permitiendo empresas de ningún género que pudieran ser perjudiciales á sus intereses ó á las concesiones que anteriormente le había hecho la corona.

«Nunca fué nuestra intencion, decían los soberanos en su edicto, afectar de ningún modo los derechos del expresado don Cristóbal Colón, ni permitir que las concesiones, privilegios y favores que le hemos dispensado se invalidaren en lo más mínimo; antes por el contrario, en consecuencia de los servicios que nos ha hecho, pensábamos todavía conferirle nuevas gracias.»

### XIV.

Tales eran por entonces los ánimos de los reyes. Pero los enemigos de Colón no se dormían, y por

de pronto aplazaron las muestras de su munificencia.

Por indicacion del almirante se adoptaron tambien medidas en favor de los intereses de la colonia.

Se le otorgó permiso para llevar á la isla trescientas treinta personas retribuidas por el tesoro público.

Entre ellas debia haber cuarenta ginetes, cien peones, treinta marineros, treinta grumetes, veinte mineros, cincuenta labradores, diez hortelanos, veinte artesanos y treinta mujeres, concesion que hasta entonces no se habia hecho.

Despues se aumentó el número de colonos hasta quinientos; pero el excedente de los trescientos treinta no debia tener más retribucion que la de los productos de los terrenos que cultivasen en la colonia.

## XV.

En el camino de las concesiones, se autorizó á Colon para que cediese tierras á los que quisieran cultivarlas, con la condicion de que habian de permanecer en la isla lo ménos cuatro años y de que los metales preciosos y palo del Brasil que se encontrase en sus entrañas se reservase á la corona.

No se olvidó la reina de los indios.

Aun cuando no faltaban doctores que opinaran por la esclavitud, fundándola en el derecho divino, en vez de someterlos al yugo, quiso abrirles los anchos horizontes de la religion cristiana, y dispuso que acompañaran á Colon algunos misioneros más para que instruyeran en la religion á los indios.

Al mismo tiempo encargó que el tributo que se les habia impuesto se recaudase sin molestarles, no empleando castigos severos con los que verdaderamente no pudiesen pagar.

## XVI.

En la conferencia que celebraron con Colon, partiendo de las calumnias que habian dirigido contra él sus enemigos, le encargaron mucho que renunciase lo más pronto posible á las medidas de rigor, puesto que no querian aparecer como tiranos, sino como padres y protectores de aquellos infelices, que vivian en la ignorancia sin conocer los consuelos de la fé.

Tales fueron las medidas y las instrucciones que adoptaron los reyes para su planteamiento en la tercera expedición.

## XVII.

Pero aunque parecia próximo el viaje, aunque podian darse ya por vencidas todas las dificultades que se habian opuesto á él, y que durante tanto tiempo habian defraudado las esperanzas de Colon, todavía tenia que luchar con nuevos obstáculos.

La indiferencia y la perfidia de Fonseca debia proporcionarle sérios disgustos antes de que pudiera darse á la vela.

---

---

## Capítulo XLVIII.

### El arte de hacer fortuna.

#### I.

No es nueva en los anales del mundo la historia que voy á referir en breves líneas.

La adulacion, arrastrándose por el suelo, ha logrado siempre llegar á los más altos puestos.

Treinta años antes de la época de la vida de Colon en que estamos, habia nacido en Valladolid un niño, á quien sus padres habian dado el nombre de Jimeno.

Humilde era su cuna.

Su padre era un tejedor bastante pobre, tenia ocho hijos, siete hembras, y el varon que van á conocer mis lectores era el último.

#### II.

Bastante dado al juego y á la bebida, el tejedor no

tardó en arruinarse, y á la ruina sobrevino su muerte, cuando apenas tendria nueve años su hijo.

Un fraile de un convento, adonde concurría mucho la esposa del tejedor, se condolió de su desgracia, y pudo, por su influencia, colocar al servicio de algunas familias acomodadas las cuatro hijas mayores, que con su salario ayudaban á su madre y á sus tres hermanos.

En cuanto al chico, se le llevó al convento para educarle, y no tardó en desplegar una habilidad inmensa para captarse la voluntad de cuantos habia á su lado.

### III.

Era humilde, revelaba una clara inteligencia, y en poco ménos de cinco años, es decir, cuando cumplió los catorce, sabía el latín, y no habia ningún lego que hiciese los recados con más prontitud ni más acierto que él.

Durante su peregrinacion en busca de limosna habia recorrido algunas ciudades, y habia adquirido esa gramática parda que se aprende en los viajes, tanto más cuanto mayor es la necesidad que tienen los que los emprenden de lograr, por medio de la habilidad, que pasen las monedas de los bolsillos de los que las tienen al suyo.

### IV.

La órden á que pertenecía su convento era de franciscanos.

Cansado de vivir con ellos, se escapó del convento, y fué andando hasta Búrgos.

Al llegar allí comprendió el desacertado paso que habia dado, puesto que carecia absolutamente de recursos.

Pero tenia ingenio y desvergüenza, y presentándose al prior de un convento de dominicos,

—Padre y señor, —le dijo, —yo he cometido un gran pecado; pero mi vocacion es la que me ha inducido á cometerle.

—¿Qué te pasa, muchacho?—dijo el prior, interesándose al ver la serenidad con que le hablaba.

—Me quedé huérfano y sin recursos á los nueve años.

Un fraile franciscano me recogió, llevándome á su convento, y allí me ha educado. Nada me ha faltado en su compañía; pero una noche me desperté sobresaltado, y ví en la celda donde estaba la figura de un santo en medio de una aureola. Segun pude colegir, era Santo Domingo.

«Debes profesar mi orden,» me dijo, y desapareció.

Desde entonces, mi único afan ha sido ser dominico, y algunas veces he indicado mis deseos al prior del convento de franciscanos; pero vuestra eminencia sabe lo que son los franciscanos, y despues de quitármelo de la cabeza, me han prohibido cuantas veces lo he intentado abandonar el convento.

Aun á riesgo de cometer una ingratitud he abandonado mi celda sin decir nada á nadie; he venido á

pié hasta aquí, y vengo á que vuestra eminencia me absuelva y me admita en su compañía, defendiéndome de las persecuciones de que seré objeto por parte de aquellos cuya órden he abandonado.

## V.

Grata era para el prior la manera que tenia de llegar á su convento el jóven, y ofreció ampararle, hospedándole desde luego en una celda.

Mediaron explicaciones entre uno y otro prior, cuando se supo el paradero del jóven; pero los dominicos tenian gran influencia, y al fin y al cabo fué perdonado Jimeno y pasó en paz dos años en calidad de lego de la nueva comunidad que habia adoptado.

Continuamente visitaban los más altos personajes de la córte el nuevo monasterio, y á todos llamaba la atencion la amabilidad con que el lego los recibia, el interés con que contestaba á sus preguntas y la humildad con que trataba al prior y á los demás frailes.

El leguito era llamado con frecuencia á las casas más principales y tratado en ellas á cuerpo de rey.

## VI.

Llegó la época de hacerle profesar, y Jimeno, á quien gustaban más las pompas mundanas que los ayunos y las privaciones del convento, pretextando que aun no estaba bastante instruido y que no merecia todavía las sagradas órdenes, fué aplazando su profe-

sion hasta que llegó á Búrgos en calidad de obispo el reverendo padre Fonseca, y un dia, aspirando á realizar su sueño dorado, que era abandonar el cláustro por el mundo y conseguir algun puesto importante donde pudiera hacer fortuna, resolvió conquistar la intimidad del obispo y hacerse su cómplice.

## VII.

—Debo tantas mercedes á vuestra eminencia,—le dijo al hallarse delante de él,—que seria un ingrato indigno del aprecio én que me tiene si no le abriera mi corazon; tengo que hacer á vuestra eminencia una revelacion importante.

—Habla, hombre, habla,—dijo el obispo.

—Perdone vuestra eminencia si con las palabras que voy á pronunciar le proporciono un desengaño. Sé que á un varon tan santo y tan venerable como vuestra eminencia le disgustará mucho mi modo de pensar; pero lo primero es ser útil á aquellos á quienes debemos todo cuanto somos.

—Me poneis en cuidado,—dijo el obispo.—¿Qué revelacion es esa que vais á hacerme?

—Señor, aunque he vivido cerca de veinte años en el convento, me convenzo más y más de que no tengo vocacion para la vida monástica. Por eso he aplazado mi profesion; no tenia confianza en mí, y antes que pronunciar votos con los lábios y no con el corazon, he preferido aplazar ese momento supremo que debia influir eternamente en mi porvenir.

—Si no me lo dijeras, no lo creería.

—Desde el convento he observado mucho, he estudiado mucho á la humanidad. Por otra parte, agradecido á vuestras bondades desde el primer momento en que tuve la dicha de conoceros, he jurado serviros siempre, ser vuestro esclavo; juramento que renuevo en vuestra presencia con todas las formalidades; y tanto para serviros como para realizar mis aspiraciones, necesito abandonar el cláustro, y protegido por vuestra eminencia, ocupar algun puesto en el que pueda seros más útil que en el convento.

—Tal vez renunciéis á un porvenir risueño.

—¡Oh! No lo crea vuestra eminencia. Voy á permitirme hablaros con entera libertad. Yo sé que hay un hombre en el mundo que os ha inferido graves ofensas, ofensas que no pueden perdonarse nunca, que toda la virtud humana no basta á hacer olvidar. Ese hombre es poderoso, y aunque vos lo sois más, por lo mismo no podeis luchar cara á cara con él. Necesitais ocasiones en que vuestra razon y vuestra justicia triunfen, y para proporcionaros esa ocasion necesitais el auxilio de hombres adictos, inteligentes y capaces de secundaros; hombres que podrán realizar vuestros designios sin comprometeros nunca, y que en un caso adverso sabrian morir primero en el cadalso que denunciar vuestra influencia en sus actos.

### VIII.

Fonseca miró con interés y con curiosidad á su interlocutor.

—¿Qué quieres decirme?—exclamó.

—Quiero decir que Cristóbal Colon, el marino que ha descubierto las Indias, os inspira un odio inextinguible, y que por muchos auxiliares que tengais para castigar su osadía, para destruir su prestigio, no hallareis uno más adicto, más á propósito que yo para oponer obstáculos á su empresa, para amenguar su gloria, para desvanecer sus ilusiones. En esta suposicion, voy á formular una súplica. Influid para que abandone el convento; proporcionadme un cargo en vuestra casa, y confiad á mi cuidado el castigo de ese extranjero, que en un momento de soberbia se ha atrevido á alzar los ojos delante del ilustre prelado que podria regir, si quisiera, con la influencia que tiene en la conciencia de los reyes, la gloriosa nacion en que ha nacido.

## IX.

Fonseca, que conocia las cualidades de Jimeno, comprendió que en efecto no podia encontrar un servidor más fiel, más inteligente que él para poder llevar á cabo su obra, y le ofreció acceder á sus ruegos.

Jimeno habia logrado su objeto.

El obispo, como primer patriarca de las Indias y superintendente de los asuntos de aquellas remotas tierras, pudo desde luego conferir á Briviesca el empleo de tesorero de la superintendencia, empleo desde el cual le era muy fácil poner obstáculos al envío de provisiones á la colonia.

Faltando víveres aumentaria la desesperacion de

los colonos; atribuirían esta falta á desaciertos del almirante, y si lograba al mismo tiempo desprestigiarle en España y en las Indias, conseguía su objeto.

## X.

Un año llevaba en este empleo cuando regresaron Colon y Aguado.

Adulador inteligente, habia conseguido apoderarse por completo de Fonseca, y no dudaba que en cuanto consiguiera destruir la influencia de Colon mejoraria de suerte, y llegaria con la proteccion de Fonseca á desempeñar alguno de los más altos officios de palacio.

Hasta entonces habia hecho lo que habia podido para retrasar el envio de provisiones á la colonia; pero no habia tenido una ocasion de poner en juego su inteligencia como deseaba.

## XI.

Esta ocasion llegó en el momento en que, recibiendo los soberanos á Colon con benevolencia, le ofrecieron darle una nueva escuadra para continuar sus descubrimientos.

Dadas las órdenes de una manera terminante para que se proporcionase á Colon los ocho buques que necesitaba, comenzó Jimeno de Briviesca á suscitar obstáculos que retrasasen la marcha y desesperasen al almirante.



---

## Capítulo XLIX.

---

Temores y dudas.

### I.

Así como al regresar Colon de su primer viaje se despertó un gran entusiasmo, no sólo en los habitantes de las costas, sino en muchos soldados aguerridos, de abandonar la madre patria y pasar el Océano para adquirir riquezas en aquellos países, de los que tantas maravillas se contaban; entonces, es decir, al regresar Colon por segunda vez de las Indias, la indiferente acogida que le habian dispensado, los rumores que acerca de su conducta tiránica habian difundido, y las maquinaciones de que se habian valido sus contrarios para desprestigiarle, habian calmado aquella sed de aventuras, aquel afan de dejar lo cierto por lo dudoso, aquella fiebre de ir á lejanos países en busca de oro, y uno de los primeros obstáculos que encontró Bri-

viesca y comunicó á Fonseca para que lo participara á los reyes, fué el de no hallar personas que voluntariamente quisieran embarcarse.

## II.

El obispo, que para no descubrir su juego simulaba haber perdonado á Colon sus ofensas, y le trataba con la mayor consideracion, aun antes de comunicar á los reyes las noticias que habia recibido de Brieviesca, se las participo á Colon.

Fué el almirante á ver á los soberanos, y al indicarles las dificultades que encontraba para hallar tripulantes, les sugirió una idea, que demostraba su desesperacion.

—Al emprender el primer viaje,—dijo,—no habia tampoco quien quisiera seguirme; pero entonces se tomó una resolucíon que bien podia adoptarse ahora, y que sin duda alguna será más beneficiosa que entonces. Hay muchos criminales sentenciados á galeras ó minas, que considerarian como un beneficio la conmutacion de su pena en la obligacion de seguirme para trabajar sin recompensa ni salario alguno en los campos y en la minas de la colonia. Allí, con el trabajo y la esperanza del perdon, podriamos hacer á los criminales hombres de bien.

## III.

La idea fué acogida, y se publicó un perdon gene-

ral, no sólo para los que ya estaban condenados y sufrían sus condenas, sino para cuantos malhechores se presentasen al almirante resueltos á acompañarle en su tercer viaje.

Dispúsose también que los más criminales sólo estarían dos años en las islas, mientras que se reduciría á ménos el tiempo de los que hubieran cometido faltas más leves.

La traición, la herejía, el asesinato, el robo en cuadrilla, eran los únicos delitos cuyas condenas no podían conmutarse.

#### IV.

Bien conocía Colon que llevar aquellos hombres á la colonia era llevar la muerte en donde quería que brotase la vida.

Pero aun se hacía ilusiones de que su trato, benévolo y fuerte á la vez, convertiría á aquellos hombres en vasallos sumisos, y sobre todo, necesitaba llevar á cabo sus proyectos, y con tal de conseguir el fin, aceptaba todos los medios, cualesquiera que fuesen.

Desgraciadamente se ha seguido despues el mismo ejemplo por casi todas las naciones que han fundado colonias, razon por la cual puede decirse que los primeros pobladores europeos de la América han llevado á su virgen tierra todos los vicios.

#### V.

No se dió por vencido Jimeno de Briviesca.

Aconsejó al obispo su protector que se opusiera al reclutamiento de aquellos criminales, por considerar perjudiciales á los primeros colonos la compañía de aquellos hombres que, cuando ménos, los avergonzarian.

Era una magnífica ocasion para protestar, fundado en un sentimiento humanitario, y el obispo Fonseca protestó con energía contra la idea de Colon, manifestando que no era una accion digna de la metrópoli arrojar sus crímenes y vicios á las colonias.

Pero la reina habia ofrecido al almirante proporcionarle colonos de aquel modo; comprendia, como Colon, que el trabajo produciria mejores frutos que el castigo en los malhechores, y se obstinó en mantener en vigor las órdenes que habia dado.

El obispo Fonseca, manifestando de nuevo sus escrúpulos, anunció que, por su parte, renunciaba á la gestion de los negocios de Indias, y se confió su direccion á Antonio de Torres.

## VI.

No era este el resultado que se prometia Fonseca; pero no desmayó, porque Briviesca conservaba el oficio de tesorero, y tenia bastantes elementos para apoderarse del nuevo superintendente.

No se engañó.

En las pocas entrevistas que celebró el tesorero con Antonio de Torres le inspiró predileccion tan grande, hinchó de tal manera su vanidad, que no tar-

dó en ser relevado de su empleo, sustituyéndole de nuevo el obispo Fonseca.

Como la mayor parte de los documentos se habían redactado en nombre de Torres, fué necesario hacerlos de nuevo, y esto produjo nuevas dilaciones.

## VII.

Vencidas las dificultades de los tripulantes, surgió una nueva complicación.

No había buques.

Nadie quería darlos para la empresa, y aunque los reyes estaban dispuestos á tomar una actitud enérgica para adquirir embarcaciones, una desgracia inmensa para ellos y para la nación vino á apartar sus ojos de los negocios de Indias.

El príncipe don Juan, el heredero del trono de la monarquía española, la esperanza de la patria, próximo á dar su mano á la princesa Margarita, con la que ya había celebrado esponsales, sucumbió inesperadamente, produciendo un inmenso dolor en el corazón de la reina.

## VIII.

En aquellos momentos comenzó á eclipsarse su estrella.

Hasta entonces le había sonreído la felicidad.

Los días de su reinado habían sido días de triunfo y de gloria.

El imperio de la media luna habia desaparecido de España, arrojado por sus victoriosas armas.

Un pobre marino genovés habia aumentado con ricas joyas las que adornaban su corona.

Habia unido á su hija con el archiduque de Austria, y todo hacia creer que sus sueños se habian realizado, cuando la muerte del príncipe don Juan vino á ser la primera piedra desprendida del edificio de su ventura.

El dolor de la reina se comunicó á toda la nacion.

## IX.

No fué Colon quien ménos sintió la pérdida del infante.

Diego, su hijo, lloraba la muerte de su señor y de su amigo.

Era la segunda desgracia que experimentaba en su vida, y apesadumbrado su corazon, quiso renunciar para siempre al mundo y sepultarse en el cláustro.

Ignoraba que la gloria de su patria debia ofrecerle aún el más risueño porvenir.

Pasado algun tiempo, la pobre madre pensó en el marino que sufría con paciencia, respetando su pena.

Las noticias que se recibieron entre tanto de la colonia eran desconsoladoras.

El hambre empezaba á hacer estragos entre sus moradores.

## X.

Aun á riesgo de aumentar el dolor de la soberana, fué Colon á verla, y la pintó con vivos colores la situación de la colonia.

Inmediatamente dispuso que partieran dos buques, y fué tan terminante su orden, que todas las argucias de Briviesca y los deseos de su protector fueron inútiles.

A principios del año 1498 partieron dos carabelas con víveres, al mando de Pedro Fernandez Coronel.

El obispo Fonseca habia manifestado que no habia fondos para facilitar aquellos buques.

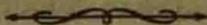
—Yo los daré,—dijo la reina.

Y los tomó del dote destinado á su hija doña Isabel, que debia casarse con el rey de Portugal.

## XI.

Queriendo dar una nueva prueba de consideracion al almirante, hizo que sus dos hijos, Diego y Fernando, entrasen á su servicio en calidad de pajes, como ya lo habian sido del príncipe don Juan.

Colon partió á Sevilla para activar los preparativos de su marcha.



---

## Capítulo L.

Donde se acaba la paciencia del Almirante.

### I.

Al mismo tiempo que Colon, llegó á Sevilla Jimeno de Briviesca, plenamente autorizado por el obispo para aplazar la marcha del almirante, para irritarle y obligarle á alguna resolucion desesperada que le desprestigiase por completo.

Su primera entrevista con el tesorero le hizo formar de él una idea muy distinta de lo que era su carácter en realidad.

—Inmensa es mi fortuna,—dijo á Colon,—porque puedo acercarme al gran hombre, al marino á quien la Europa entera aclama por sus triunfos, y de quien yo me complazco en ser humilde criado.

### II.

Estaba tan poco acostumbrado Colon á recibir ho-

menajes de aquella especie, sobre todo de los empleados que se hallaban al servicio del obispo Fonseca, y por otra parte le inspiró tanta confianza la fisonomía abierta y humilde de Jimeno, que tendiéndole la mano con verdadero afecto,

—Acepto vuestros servicios,—le dijo,—con la condicion de que me ayudeis á evitar las muchas dificultades que se oponen á mi marcha, porque he sufrido mucho y ya me falta resignacion para soportar tantas dilaciones.

—Por mi parte,—dijo Briviesca,—os facilitaré los medios de partir. Desgraciadamente los recursos son escasos, y hay que luchar con grandes dificultades. Las que haya no procederán de mí.

Creyó Colon sus palabras de buena fé, y desde el dia siguiente comenzó á sufrir.

—Contamos con un buque,—le dijo Briviesca.—Cuesta muy caro, pero es bueno.

Un dia despues le manifestó que el dueño de la embarcacion habia encontrado el apoyo de un alto personaje, y se negaba á darle.

### III.

Más de un mes trascurrió, durante el cual eran numerosas las dificultades que se oponian á los deseos de Colon.

Se presentaban algunos á reclamar el beneficio de la conmutacion de su pena, y á los dos ó tres dias obtenían de nuevo por el castigo que sufrían, prefirién-

dole á la aventurada empresa que iban á acometer.

Otras veces se volvian atrás los dueños de los buques, ó se noticiaba que las embarcaciones estaban en mal estado, y era necesario sustituirlas con otras.

Pero Briviesca se condolia de todas estas contrariedades delante de Colon, hasta el punto de tenerle engañado.

El tiempo pasaba, y no llegaba el día de la partida.

#### IV.

Una noche llamó á las puertas de su vivienda una mujer, que manifestó grandes deseos de verle.

Dispuso el almirante que fuese conducida á su presencia, y no tardó en reconocerla.

Era Isabel Monteagudo; Isabel, que habia consagrado toda su vida á velar por el hombre á quien tantos sacrificios debia.

#### V.

Despues de referirle todo lo que habia pasado,

—Sólo he venido á Sevilla por veros,—le dijo.

—En triste situacion me hallais.

—Lo sé; por lo mismo he deseado esta entrevista.

Estais siendo victima del ódio que os profesa el obispo Fonseca. No os ha perdonado las humillaciones que ha sufrido por causa vuestra; desea vuestra ruina, y los obstáculos que hallais á vuestros deseos son suscitados por él y sus agentes.

## VI.

Isabel le refirió lo que habia hecho para poder enterarse de los proyectos de Fonseca, y le participó que Jimeno de Briviesca era uno de sus más activos secuaces.

Para convencerle le dijo:

—Hasta ahora han hecho lo posible por impacientaros, mostrándose humildes al mismo tiempo, á fin de poderse presentar como víctima de vuestra irritacion. Pero lo estéril de sus esfuerzos ha obligado al obispo Fonseca á aconsejar á Briviesca que emplee una nueva táctica. En lo sucesivo, lo mismo el tesoro que los demás agentes, llegarán hasta á faltaros al respeto para ver si de este modo consiguen irritaros. Contened vuestra justa indignacion y confiad en mí. He logrado acercarme á uno de vuestros mayores enemigos, Juan de Aguado, y obtener su confianza. Con él he venido de incógnito á Sevilla para traer estas órdenes. No volveré á veros, pero fiad en mí.

Isabel partió y no tardó en confirmarse su anuncio.

## VII.

Briviesca dejó de ver á Colon.

Le envió para tratar con él los empleados más inferiores, y estos emplearon una conducta insolente y procaz con el gran hombre.

Colon mandó á Briviesca que se presentase á su vista.

Al tenerle delante le increpó por enviarle para darle noticias de lo que pasaba á personas tan soeces.

Jimeno se excusó, pero no cumplió las órdenes que le dió el almirante.

### VIII.

Por entonces se tuvo noticia en Sevilla de que habia llegado á Cádiz un buque genovés, y Colon supo que á bordo de él se hallaba un hombre de su mismo apellido.

Dió orden para que fuese á verle, y reconoció en él á un primo de su padre, hombre de edad, pero fuerte todavía, y como todos los de su familia, diestro en las cosas de la vida marítima.

Llamábase Antonio Colon, y el almirante, que deseaba tener personas adictas á su lado, le confirió desde luego el mando de una de las carabelas en donde debía partir.

### IX.

Sufriendo con paciencia todas las vejaciones de que era objeto, y haciendo un estudio especial para que su resignacion, digna y severa, contrastase con las groserías de los servidores de Fonseca, logró á principios de Mayo reunir en el puerto de San Lúcar de Barrameda seis embarcaciones, el número de tripulantes que necesitaba, un médico, un cirujano, un

boticario, varios marineros y algunos músicos, con el objeto de que animaran la colonia, y se dispuso por fin á llevar á cabo la tercera expedicion, esperando que el triunfo compensaria los disgustos que la envidia y la mala fé le habian proporcionado.

Bien habia trabajado Jimeno de Briviesca para impedir este viaje.

Pero la voluntad decidida de la reina y la presencia de Colon, habian superado aquellas dificultades, y al fin y al cabo llegó el momento de partir.

## X.

Todas las esperanzas de Briviesca quedaron defraudadas.

Sin embargo, aun le quedaba un medio de impedir el viaje del almirante.

Era un medio arriesgado, pero estaba seguro de que si salia bien, el obispo Fonseca haria un esfuerzo para realizar sus deseos ambiciosos.

La idea que concibió no era otra que la de provocar al almirante, á fin de que este, irritado, le desafiase, y pudiera él atravesarle con su espada.

## XI.

Arriesgada era la empresa, porque la mansedumbre de Colon no suponía en él falta de valor, sino sobra de prudencia, y sobre todo, vivos deseos de no malograr sus planes.

A última hora se negó á concederle el pasaje de los músicos, pretextando que los servicios que iban á prestar eran supérfluos y no compensaban los gastos.

A pesar de la grosería con que rebatió las razones del almirante, este dispuso que los músicos se embarcaran y Briviesca no tuvo más remedio que callar.

## XII.

No por vanidad, sino por decoro, pidió Colon para su servicio cuatro pajes.

Briviesca calló; pero no cumplió sus órdenes.

## XIII.

Llegó por fin el dia 30 de Mayo, señalado para la partida de los buques.

Colon, despues de escribir á los reyes y á sus queridos hijos, se dirigió á San Lúcar de Barrameda, donde debia embarcarse y donde le esperaban los tripulantes.

Briviesca se habia anticipado para estar allí en el momento de la salida de las embarcaciones.

Colon visitó todos los buques, cinco de los cuales eran malas carabelas mercantes, y sólo una, la que él debia ocupar, tenia cubierta.

La mayor parte de sus órdenes habian sido olvidadas ó desobedecidas.

En todo se veia la mala fé de los encargados de elegir sus embarcaciones.

La indignacion del almirante fué inmensa.

Faltábale resignacion para soportar vejaciones tan indignas de gente tan menguada.

#### XIV.

Al embarcarse en su nave para dar la órden de partir, porque deseaba cuanto antes alejarse de aquellos miserables que abusaban de su bondad, pasó revista á toda la gente que debia ir con él, y notó con sorpresa que no habia más que un paje á su servicio.

Ya no pudo resistir más.

Abandonando el buque, llegó á la playa á tiempo que Jimeno de Briviesca con algunos otros empleados de la superintendencia iban á hacer el último esfuerzo para obedecer á su jefe.

#### XV.

—Iba á buscaros,—dijo Colon al tesorero.

—Aquí me teneis,—contestó este con arrogancia.

—Habeis faltado por completo á mis órdenes. Los viveres son en su mayor parte de mala calidad; no están á bordo todas las personas alistadas para el viaje; y por último, dispuse que me proporcionárais cuatro pajes, y habeis tenido por conveniente no darme más que uno.

—Basta y sobra,—contestó Briviesca;—y tened presente que demasiados sacrificios hace la nacion para que pidais gollerias.

—Sois un miserable,— exclamó el almirante, no pudiendo contenerse y dirigiendo una mirada amenazadora al agente del obispo Fonseca.

—Ved lo que habláis, que soy un caballero y no puedo consentir ultrajes de quien no es más que yo.

—¡Vos caballero! Decid más bien que sois un miserable ejecutor de las infames órdenes de mis enemigos; decid que sois un hombre indigno de alternar con personas honradas, y huid pronto de mi vista, si no quereis que os pisotee como á miserable culebra que se arrastra por el suelo.

—¿Vos á mi?—dijo Briviesca.—Defendéos,—añadió, desenvainando la espada y aprovechando los momentos para realizar su infame designio.

## XVI.

Instantáneamente recobró Colón toda su energía, toda su fuerza, y sin dar tiempo á Briviesca para que se pusiese en guardia, cayó sobre él como un león, le arrojó al suelo, le arrebató su espada, la arrojó lejos de sí y comenzó á pisotearle, mientras todos los que acompañaban á Briviesca para ayudarle á asesinar á Colón, miraban atemorizados aquella escena sin atreverse á intervenir en ella.

Pero no tardó la piedad en sobreponerse á la ira, y dejándole abandonado y medio muerto:

—No merece un villano como vos,—dijo,—que analogre una empresa tan grande como la que voy á acometer. Pero vosotros que habeis presenciado este

desahogo de mi indignacion, decid al obispo Fonseca, decid á todos mis adversarios, que estoy resuelto á castigarles del mismo modo que á este miserable si por medios infames y rastreros tratan de desprestigiar mi nombre y de oponer obstáculos á mis proyectos.

Y volviendo á la embarcacion, mandó disparar el cañonazo de leva, y las seis embarcaciones entregaron sus velas al viento, que soplaba de un modo favorable.

## XVII.

Recogido Briviesca por sus amigos, fué conducido al lecho, donde no tardó en restablecerse.

No habia logrado sus designios; pero podia presentar el arretrato de Colon como una prueba de su conducta tiránica en la colonia; por otra parte, era un empleado público, un agente de los reyes, y pensó que haciendo ver á los monarcas que Colon les habia ofendido en su persona, conseguiria su objeto.

Fonseca fué el primero que refirió á los reyes aquel suceso, lamentándose de que un hombre de la edad de Colon y de su importancia se hubiera rebajado hasta el punto de luchar brazo á brazo con un empleado de la colonia.

## XVIII.

Mucho sintió la reina aquel suceso, y en la primera carta que enviaron los monarcas á Colon se lo dieron á entender.

Pero lo de ménos era esto.

Fonseca y los suyos, aprovechando aquel justo desahogo del hombre que tanto habia sufrido, redoblaron las calumnias contra él, y comenzó á prepararse la hoguera en donde habian de fraguarse las cadenas con que poco despues debia volver á España el que tanta gloria habia alcanzado para su patria adoptiva.

---

---

## Capítulo LI.

### Descubrimiento de la Trinidad.

#### I.

Fundado en los conocimientos que habia adquirido, renunció Colon en su tercer viaje á tomar el rumbo que habia seguido en el primero, y se encaminó hácia el cabo de las Islas Verdes con el objeto de investigar hácia el Sudeste, hácia la zona equinocial, virando despues al Occidente, para llegar á la Española á favor de los vientos constantes que reinaban en aquella parte del Océano.

En sus anteriores viajes, y sobre todo al costear al Sur de Cuba, observó que se extendia más hácia el Sur, y de este dato, y de los informes que habia adquirido, dedujo que habia al Mediodía de los países descubiertos una gran extension de tierra firme.

## II.

Pensaba Colón con este motivo que cuanto más se acercase al Ecuador, la influencia abrasadora del sol le proporcionaría en los países que descubriese productos fecundizados por su vivificante luz, y piedras preciosas, idea en que le confirmó una carta de orden de la reina le había escrito Jaime Ferrer, inteligente lapidario, que había visitado en busca de piedras y metales preciosos el Levante, varios parajes del Oriente, y conversado con los mercaderes de Asia y Africa.

Este artificio aseguraba á Colón que el oro, las piedras preciosas y las especias, se hallaban particularmente en las regiones de la zona equinocial, razón por la cual no las encontraría en abundancia hasta explorar aquellas latitudes.

Caminando hácia el Sur pensaba el almirante que realizaria su propósito.

## III.

A poco de abandonar el puesto supo que una escuadra francesa cruzaba á la sazón por el cabo de San Vicente.

Desde el punto en donde estaba se dirigió á las islas de Puerto Santo y Madera, donde tomó leña y agua en abundancia, y prosiguió su viaje á las Canarias.

El 19 de Junio llegó á la Gomera, y el 21, dividi-

da su escuadra, envió tres buques directamente á la Española con provisiones y noticias suyas para sus hermanos.

## IV.

El mando de uno de ellos lo confió á Alonso Sanchez de Carvajal, marino intrépido y honrado, natural de Baeza, que le habia sido muy recomendado por Inés, por haber sido uno de los mejores amigos de su esposo Beltran.

El mando del segundo buque lo confió á Pedro de Arana, pariente de su esposa doña Beatriz, y primo del Arana que pereció en la fortaleza de la Navidad sorprendido por Caonabo.

El mando del tercero lo dió á Antonio Colon, su pariente, y dispuso que mandasen alternativamente, por semanas, cada uno de ellos.

Se despidió de ellos, y con los otros tres bajeles que le quedaban prosiguió su viaje al cabo de las islas Verdes.

## V.

Al llegar á los trópicos, la variacion del clima produjo en el almirante un violento ataque de gota, seguido de calentura.

No por esto dejó de hacer diarias observaciones y de dirigir el movimiento de la pequeña escuadra.

Permaneció algunos dias á la vista de las islas

Verdes, cuya esterilidad le aterró, y el 5 de Julio se puso en marcha hácia el Sudoeste, con ánimo de llegar hácia la zona equinocial.

El aire no era favorable, y las embarcaciones estuvieron dos dias á la vista de la isla de Fuego.

Prosiguiendo al Sudoeste, recorrió unas ciento veinte leguas, y el 13 de Julio se encontraba en el quinto grado de latitud Norte.

Penetró en la region conocida por los marinos con el nombre de latitudes calurosas.

## VI.

Los vientos constantes del Sudoeste y del Noroeste producen allí una gran calma, y el mar parece una balsa de aceite, y mientras las nubes permanecen inmóviles, los que van á bordo sufren las consecuencias del calor que produce un sol que cae sobre ellos á plomo, sin que el más breve soplo de la brisa venga á facilitar su respiracion.

Los marineros, lo mismo entonces que hoy, temen entrar en este espacio del Océano, porque á veces tienen que permanecer semanas enteras en aquella inmovilidad, que asemeja á la muerte.

Ocho dias tuvo que permanecer Colon allí.

No se respiraba aire, sino fuego.

La brea se ardia.

Las junturas de los buques se abrian.

La carne salada se estropeó.

El trigo se quemó.

Los barriles de agua y de vino reventaron unos y se vaciaron otros.

Natural era que se agravase la dolencia de Colon en aquel clima.

## VII.

Por fortuna se levantó una ligera brisa.

Pero los buques estaban muy estropeados, las provisiones escaseaban, y tuvo Colon que renunciar á su propósito para tomar el rumbo del Occidente, á fin de hallar pronto tierra.

Sin embargo, trascurrieron muchos dias sin que se realizasen sus esperanzas.

El estado de los tripulantes era tan lastimoso, que deseando Colon encontrarse en la longitud de las islas Caribes, viró al Norte para detenerse en alguna de ellas, reparar los buques, y encaminarse en seguida á la Española.

Llegó el dia 31 de Julio.

No se veia tierra ni síntomas de hallarla pronto.

Al amanecer no quedaba más que un barril de agua en cada buque.

La ansiedad de los marineros era horrible.

La situacion de Colon sólo mis lectores, que la conocen ya, pueden comprenderla.

El agua estaba más defendida que el oro en las ciudades modernas.

## VIII.

A cosa de las doce de la mañana un marinero, lla-

mado Alonso Perez, que se hallaba en las gavias, descubrió en el horizonte las cumbres de tres montañas.

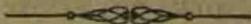
—¡Tierra!... ¡Tierra!—gritó.

Al oírle, los tripulantes se animaron.

Las embarcaciones avanzaron, y Colón observó que las tres montañas se unían en su base.

Aquellas tres montañas, unidas en una, impresionaron á Colón.

Instantáneamente pensó en la Trinidad, y bautizó á aquella isla con el nombre que conserva en el día.



---

## Capítulo LII.

---

Impresiones de viaje.

### I.

Los achaques que padecía Colon y el deseo de llegar pronto á tierra, le hicieron dirigir la proa á la isla, y llegó á su extremo occidental, al que dió el nombre de puerto de la Galera, por tener una roca que desde lejos parecia un modelo de esta clase de embarcaciones.

Buscó desde luego un sitio seguro donde echar el ancla y necesitó andar algunas leguas sin hallarle.

Al siguiente dia, 1.º de Agosto, continuó navegando por la costa en busca de agua.

El paisaje que se presentó á sus ojos le sorprendió y le deslumbró.

Creia, por hallarse cerca del Ecuador, que los rayos vivificantes del sol tendrian abandonadas aquellas campiñas.

Y sin embargo, se presentaron á su vista arboledas espléndidas, palmeras elevadas y lozanas, ricas selvas, cuyos últimos árboles parecían bañar sus ramas en el mar.

## II.

Aunque las costas eran bajas, en el interior se elevaba el terreno y se descubrían de trecho en trecho pintorescas aldeas, y sembrados que revelaban el trabajo del hombre.

Sin embargo, las playas estaban desiertas y no se veía un alma viviente en torno de las habitaciones campestres.

Era tan suave la temperatura de que allí se gozaba, tan risueños los horizontes que se descubrían, que parecía á los tripulantes, segun cuenta un historiador de la época, hallarse en medio de la deliciosa Vega de Valencia durante la estacion de la primavera.

Creuyendo haber hallado un paraje ménos peligroso que los demás para la seguridad de los navios, envió los botes á tierra á fin de que los marineros se abasteciesen de agua, y estos volvieron sumamente contentos despues de haber hallado un cristalino y abundante arroyo.

## III.

No tardó Colon en comprender que el paraje que habia elegido ofrecia poca seguridad para los buques,

y quiso á toda costa hallar algunos naturales del país para tomar informes.

Las tentativas fueron inútiles.

Los naturales del país huían amedrentados al ver acercarse los buques.

Fué necesario partir, y no habia andado mucho trecho cuando descubrió Colon hácia el Sur una porcion de tierra que se extendia á una distancia de más de veinte leguas.

Suponiendo que era una isla, la dió el nombre de isla Santa.

#### IV.

A pesar de sus grandes conocimientos geográficos, el atraso en que estaba por entonces la ciencia le impidió comprender que aquella era la tierra firme, que tanto habia ambicionado.

Pero los desengaños que habian sufrido sus anteriores creencias le obligaron á no ver más que sombras donde estaba la luz (T.).

Continuó el almirante la investigacion al Sudeste de la Trinidad, y dió á su cabo el nombre de Punta del Arenal.

A un extremo próximo, formado por una elevada roca que habia en el centro, dió el nombre de *Paso del gigante*, y cerca de él dispuso que se colocaran los buques.

#### V.

Por la primera vez descubrió en aquellos mares

una gran canoa, en la que navegaban veinticinco indios de diferente aspecto de los de las islas que hasta entonces habia descubierto.

Uno de los tripulantes de esta canoa, al llegar á cierta distancia del bagel de Colon, le saludó en un dialecto que no pudo comprender ninguno de los que iban á bordo, ni aun el mismo Diego, que nunca abandonaba á su amo.

Era necesario recurrir á ese idioma universal, á la mimica, que facilita á los viajeros que se encuentran en las comarcas desconocidas los medios de ponerse en comunicacion las razas que hablan idiomas completamente desconocidos para ellos.

## VI.

Se trataba de catequizar á los moradores de aquella isla, y Colon pensó desde luego que la oferta de regalos les haria comprender que no eran enemigos los que iban á visitarlos; los tranquilizarian y les impulsarian á acercarse al bagel, en cuyo caso nada más fácil que entenderse con ellos por medio de signos.

Mandó que algunos marineros se acercasen á las galerías de las embarcaciones, enseñando á los indios vasijas de metal, espejuelos y cascabeles.

Los que ofrecian á su vista estos objetos se deshacian en gestos brindándoselos.

Pero los indios, á quienes no habia llevado más que la curiosidad, realizaban su deseo, y aunque á corta distancia del buque, dieron la vuelta al rededor de él para observarle con silenciosa admiracion.

Al fin se detuvieron y permanecieron largo rato contemplando aquella maravilla desconocida para ellos.

Pero recelosos, no abandonaban los rémos ó canaletes, y estaban prontos á ponerse en precipitada fuga en cuanto descubrieran la menor señal de hostilidad.

## VII.

Aquellos indios eran jóvenes, de bellas formas y de un color mucho más claro que los que hasta entonces habian visto los españoles.

Negra y poblada cabellera coronaba su cabeza, sobre la que tenian una especie de banda ó redecilla de algodón.

Sobre los hombros, á manera de capa, llevaban telas de colores variados.

Todos ellos parecían guerreros, é iban armados con flechas y arcsos.

Las flechas estaban adornadas con plumas, y formaban sus puntas afilados huesos.

Tambien, por la primera vez, vieron los españoles en poder de los indios una pieza muy parecida á la que usaban para completar su armadura: los escudos ó broqueles.

## VIII.

Deseando á toda costa enterarse por ellos del nombre del país en que habitaban y de las circunstancias

especiales que le constituían, mandó Colon echar al agua un bote para que se acercaran algunos soldados.

Apenas notaron la maniobra se alejaron rápidamente, y para que no se fueran hubo necesidad de mandar suspender aquella operacion, con lo cual, tranquilizándose los indios, fueron acercándose al bajel, y continuaron en su silenciosa contemplacion.

¡A qué pequeñeces tienen que recurrir los grandes hombres para realizar su deseo!

El héroe inmortal, el genio que más tarde habia de recibir un verdadero culto de las generaciones futuras, llevó á cabo una idea pueril para ver si lograba seducir á los indios.

## IX.

Sabia por experiencia cuán dados eran todos los habitantes de aquellos países á la danza y á la música.

Estos dos espectáculos ó diversiones constituían los principales rasgos de su religion, y pensó el almirante que, ofreciéndoles una muestra más esplendorosa de aquel espectáculo, lograria que se acercasen más al buque, y hasta que subiesen á bordo.

Dispuso que los músicos que llevaba consigo subiesen sobre cubierta y ejecutasen algunas piezas de música, mientras que un marinero andaluz cantaba y algunos otros danzaban en torno suyo.

Apenas llegaron á oído de los indios los acordes de la música, el acento del canto, vieron los movimientos y contorsiones que hacían los bailarines, tomando

aquellos cantos y aquella danza por hostilidades, levantaron los escudos, empuñaron los arcos, y no tardó en caer, á poca distancia de la carabela, una lluvia de flechas.

## X.

El sainete estuvo á punto de convertirse en tragedia.

No convenia aparecer tímidos á los ojos de los indios, y dispuso Colon que dos ballesteros contestasen á las flechas con sus ballestas, y no tardaron en obligar á huir á los indios, los cuales, al llegar á la playa, corrieron á refugiarse en los bosques, dando fin de este modo á aquella escena completamente dramática.

## Capítulo LIII.

### Descubrimiento del Golfo de Parías.

#### I.

No había pasado media hora desde la escena que acabo de referir, cuando una nueva canoa, en la que sólo iban cuatro ó cinco hombres de los que poco antes habían huido, se acercó majestuosamente hasta una de las carabelas, y el que hacia de jefe habló con el piloto.

No pudieron entenderse; pero obedeciendo las órdenes que había dado Colon, les hizo el marino varios regalos, que les pusieron muy contentos, dando á entender con su fisonomía la gratitud que experimentaban por aquel agasajo.

#### H.

El piloto quiso apoderarse á toda costa de aque-

llos indios para conducirlos á bordo del buque de Colon y realizar su deseo de interrogar á los habitantes de aquel país; y al efecto, apenas fué invitado por los indios á saltar en tierra, manifestó acceder á sus deseos.

Pidió licencia al almirante para ir á tierra en el bote, y al ver los indios desde la playa que no iba en pequeñas embarcaciones él marinero con quien habian hablado, y que aquel se dirigia á otro de los buques, recelaron una emboscada y corrieron á ocultarse en las selvas.

### III.

Todos estos eran indicios de civilizacion.

Su carácter receloso hizo entrar en deseos, no sólo al almirante, sino á los que iban con él, de visitar el país y conocer á sus habitantes.

En Colon produjeron gran curiosidad.

Creia el navegante hallarse en el sétimo grado de latitud, y con este motivo no dudaba que los habitantes de aquellas comarcas serian muy semejantes á los de las posesiones de Africa conquistadas por los portugueses, ó lo que es lo mismo, achaparrados, negros y con cabello crespo y lanudo.

Pero se equivocaba.

No era el sétimo grado de latitud, sino el décimo en el que se hallaban, y los habitantes que hasta entonces habia visto eran esbeltos, tenian cabello largo y el color de su cútis era mucho más blanco.

Asimismo se había equivocado suponiendo que el clima sería en extremo caluroso.

Por el contrario, era apacible, y los marineros gozaban respirando aquel aire puro y embalsamado, y recreando sus ojos en aquellos paisajes pintorescos.

#### IV.

—¿Qué hacemos, almirante?—dijeron los pilotos á su jefe.

—Buscar un buen anclaje en la punta del Arenal, y explorar el terreno.

Los marineros querían desembarcar y refrescarse un poco en los bosques cercanos.

—Que vayan enhorabuena,—dijo Colón, dispuesto siempre á defenderse, pero nunca á atacar.

Con inmensa alegría supieron los tripulantes esta concesión de su jefe.

Desembarcando en tierra, buscaron con avidez agua, y no la hallaron.

Pero haciendo hoyos en la arena, no tardaron en hallar el agua suficiente para llenar las pipas.

#### V.

Colón, que no perdía un solo instante de vista la seguridad de su navío, vió mientras tanto que el punto que había escogido para anclar era peligroso.

Desde Levante pasaba una corriente rápida por el estrecho que formaba la Trinidad y la tierra firme.

La corriente se estrechaba y hervía con estruendo entre la Punta del Arenal, y la que él creía tierra firme.

Por un momento creyó que aquella corriente hallaba en su camino bancos y rocas, y si así era, las embarcaciones estaban en peligro en cuanto el viento las empujase hácia aquellos escollos.

En su afán de dar nombre á todos los parajes que descubría, dió á aquel estrecho el nombre de Boca de la Sierpe.

## VI.

Difícil era la situación en que se hallaban.

Las corrientes estorbaban su vuelta, le impedían el paso por un lado, en tanto que por el otro las rocas, que se rompián al impetu del agua, amenazaban destruir los cascos de las embarcaciones.

A esta pesadumbre unía los dolores de su enfermedad.

En la noche del día en que había visto las dos canoas de que ya he hecho mención, se sintió fuertemente atacado de la gota, y no tuvo más remedio que confiar á un piloto la vigilancia que él tenía.

De pronto llegó á sus oídos hácia el lado del Sur un ruido aterrador.

Olvidándose de sus dolores, abandonó su camarote para subir á cubierta, y llegó á tiempo en que el mar, levantándose y formando una escrespada sierra, en la que la espuma reemplazaba á la lluvia, se precipitaba

con un impetu, con una furia horrible, hácia su embarcacion.

## VII.

Hubo un instante en el que se creyó perdido.

Su misma carabela, oscilando violentamente por aquel inesperado empuje, se elevó á tal altura, que Colón y todos los marineros, cerrando los ojos y encomendándose á la Providencia, creyeron segura su muerte.

Tal vez les esperaban al caer las escarpadas rocas en donde el mar iba á labrar su tumba.

Comprendiendo Colón los inminentes peligros que le rodeaban, dispuso al día siguiente que partiesen los botes y sondeasen la Boca de la Sierpe, con el objeto de averiguar si podrian pasar fácilmente por ella las embarcaciones.

La respuesta de los marineros no se hizo esperar, y fué favorable.

## VIII.

Colón se hizo á la vela, pasó aquel estrecho, y no tardó en hallarse en una mar tranquila.

A su izquierda se extendía el extenso golfo, conocido en la actualidad con el nombre de Golfo de Paria, nombre que le daban los indígenas.

La tranquilidad del agua le hizo creer que no pertenecía al mar, y se convenció de esto probándola.

Era agua dulce.

Hacia el Noroeste de la isla divisó una montaña, y navegó hacia ella.

Poco despues descubrió dos elevados promontorios: el primero en la isla de la Trinidad, y el otro en el Cabo de Paria.

Ignorando Colon que pertenecia á una misma isla le dió el nombre de isla de Gracia.

## XI.

Un estrecho, mucho más peligroso que la Boca de la Sierpe, por estar rodeado de rocas, en las que se rompía la corriente, apareció á su vista.

Púsole el nombre de Boca del Dragon, y para evitar los escollos, viró al Norte; siendo su ánimo buscar por aquel camino la alta mar y llegar á la isla Española.

La costa que tenia á su izquierda ofrecia muchos y cómodos puertos.

La campiña era en extremo risueña, y de cuando en cuando veia árboles frutales y espléndidos bosques, regados por caudalosos rios.

Cuanto más adelantaba, más dulce y más clara era el agua.

Peró por más que hacia para enterarse de las condiciones de aquel terreno por los naturales del país, ménos lograba descubrirlos.

## X.

El dia 6 de Agosto mandó arrojar el ancla en un

paraje en donde vió mayores muestras de cultivo que en los demás que habia recorrido, y una vez allí, envió las lanchas á la playa.

Peró aunque encontraron huellas de séres humanos, no les fué posible descubrirlos, razon por la cual volvieron á las carabelas y continuaron el camino hácia Occidente, entrando en un pequeño espacio, en el que se detuvieron.

Allí les sorprendió la aproximacion de una canoa con cinco indios, y se acordó apoderarse de ellos, tendiéndoles un lazo, á fin de que satisficieran la curiosidad del almirante.

## XI.

Los indios se dirigieron á la carabela más próxima, poseidos de una viva curiosidad.

El capitan, simulando deseo de acompañarlos hasta la playa, saltó á la canoa con algunos marineros, y sorprendiéndolos, los aprisionó.

Inmediatamente fueron conducidos á la carabela del almirante.

Los pobres indigenas estaban asustados.

Creian que habia llegado su última hora, y todo indicaba en su semblante un profundo terror.

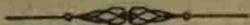
## XII.

No tardó Colon en disipar este miedo.

Tratánolos con la mayor amabilidad, manifestó

que, si se habia apoderado de ellos, era para quitar-les el recelo que tenian y colmarlos de regalos.

Les dió cuentas de vidrio, espejos, cascabeles y otros objetos, y los mandó en seguida á la playa, tranquilos y confiados ya, para que refiriesen á sus compañeros la benévola acogida que les habia dispensado, y fuesen estos á darle los informes que deseaba.



## Capítulo LIV.

Donde se forma idea de los indios de Paria, y se sabe algunos pormenores curiosos de aquel país.

### I.

Los resultados correspondieron á sus deseos.

A poco de llegar á la playa los indios prisioneros, volvieron con multitud de indigenas, y lanzando al mar sus ligeras canoas, no tardaron en rodear las carabelas.

Eran como los que hasta entonces habia visto en aquella costa: altos, esbeltos, bien formados, con cabello negro, é iban armados con flechas y rodela.

Al dirigirse á las carabelas, ofrecieron á los navegantes pan de maiz y una bebida de un sabor parecido al de la cerveza.

### II.

Desde luego llamó la atencion de Colon la manera que tenian de apreciar los objetos.

El sentido que parecia en ellos más desarrollado, era el del olfato.

Todos los objetos eran apreciados por ellos, antes que con los ojos, con las narices.

Los abalorios, espejuelos y demás chucherías, no despertaron en ellos gran curiosidad.

Pero los cascabeles les entusiasmaron.

Tambien el bronce fué agradable á su olfato, toda vez que despues de olerle exclamaron en su idioma que aquel metal procedia del cielo.

### III.

Colón les preguntó cómo se llamaba aquel país, y entonces supo el nombre que le daban los naturales:

*Paria.*

No pudiendo detenerse allí, rogó á algunos indios que le acompañasen en su viaje de exploracion, y con los que accedieron á esta súplica, continuó navegando hácia el Oeste, hasta un paraje al que llamó la Aguja.

Cuando llegó á él era de noche.

Los primeros albores del crepúsculo matutino, iluminando el paisaje que tenia á su vista, despertaron en su alma, lo mismo que en la de los demás que le acompañaban, una profunda admiracion.

### IV.

Los campos estaban perfectamente cultivados, y su vegetacion era espléndida.

Las chozas ó casas estaban defendidas por espesos bosques, cuyos árboles ostentaban preciosas y aromáticas flores.

Los pájaros de variados y brillantes matices que volaban de un lado á otro, y se paseaban por las ramas de los árboles, aumentaban la belleza del paisaje.

El clima era suavísimo.

La amenidad de aquel paisaje hizo á Colón que le bautizase con el nombre de Los Jardines.

Poco después de su llegada se acercaron á los buques numerosas canoas, mucho mejor construidas que las que hasta entonces habia visto, y con un camarote, en el que iban su dueño y los principales individuos de su familia.

La mayor parte de los indios adornaban su cuello con collares y láminas bañadas en un oro de inferior calidad, al que llamaban guanin.

## V.

Colón les preguntó dónde encontraban aquellos adornos, y los indios señalaron el Occidente, indicando que el viaje hasta allí era muy peligroso, porque los habitantes de las costas próximas eran caribes.

Constituía otro de los principales adornos de los indios sartas de perlas, que rodeaban sus brazos.

Al preguntarles dónde las cogían, manifestaron que al norte de Paria, y le mostraron las conchas de nácar donde solían hallarlas.

No podían dejar pasar desapercibidos aquellos elementos de riqueza.

## VI.

El almirante encargó á algunos indios que fuesen á pedir á su jefe ó cacique permiso para que algunos de los suyos llegasen á la playa y visitasen la isla.

Partieron gozosos los emisarios de esta súplica, y no tardaron en volver con el permiso.

Los botes y las carabelas recogieron á bordo algunos oficiales y marineros, y cuando estos saltaron en tierra, vieron salir á su encuentro al gran cacique y á su hijo, los cuales los trataron con la mayor consideración, y los llevaron á una especie de palacio, en donde les sirvieron pan de cazabe y frutas esquisitas, al mismo tiempo que licores fabricados con el zumo de aquellas mismas frutas.

La estancia donde se les sirvió aquel banquete era espaciosa y estaba llena de indios de ambos sexos.

Los españoles notaron que los varones se colocaron á un lado y las hembras á otro.

En la etiqueta india era aquello una señal de gran deferencia.

Al terminarse el banquete, el hijo del cacique los llevó á su casa, y allí les ofreció nuevos manjares.

## VII.

Al retirarse los españoles quisieron acompañarlos para examinar sus buques, y con este motivo tuvo

ocasion el almirante de hacerles nuevas preguntas, que hasta cierto punto satisficieron su curiosidad.

Todos ostentaban adornos de oro inferior, y la mayor parte de ellos les ofrecieron loros domesticados, que estimaban en mucho.

Pero Colon y los suyos miraban con más cariño las ricas y abundantes sartas de perlas con que se adornaban los indios, y á la menor indicacion se apresuraron á ofrecérselas en cambio de los cascabeles, que constituian su delicia.

Por este medio pudo el almirante adquirir gran número de perlas, que se propuso enviar á España, como una muestra de las que habia en la isla.

## VIII.

No era posible, en vista de aquel grato descubrimiento, dejar aquel país sin haber establecido antes amistosas relaciones con sus caciques, para explotarlos en lo sucesivo.

Como el hallazgo de las perlas confirmaba la creencia del lapidario, Colon, que habia dicho que cuanto más se acercasen al Ecuador hallarian mayor abundancia de piedras preciosas, dejó volar de nuevo su imaginacion con las alas que le habian dado los datos que habia adquirido en las obras de los geógrafos é historiadores de la antigüedad, y llegó á figurarse que con poco trabajo podrian cargar de perlas un buque, y sorprender con ellas agradablemente á los soberanos de España.

## IX.

Varios eran los errores que padecía entonces, y el principal de ellos le obligó á continuar su camino.

En la persuasión de que la costa de Paria era una isla, ávido de llegar al paraje en donde los indios le habian indicado que se hallaban las perlas, abandonó Los Jardines, recorrió el golfo hácia el Occidente para buscar el Norte, y descubriendo algunos trechos de tierra firme, los tomó por islas, á las que dió el nombre de Isabel y Tramontana.

Pero á medida que avanzaba en su camino disminuía la profundidad del agua, y era más dulce.

Tuvo que detenerse, porque su buque necesitaba cuando ménos tres brazas de agua, y era menor la distancia que separaba la superficie del fondo.

## X.

Detuvóse; pero envió una de las carabelas de menor calado para que descubriese una salida al Océano.

La carabela volvió, y su piloto,

—Sólo hallo una abertura de dos leguas,—dijo,—en el extremo Occidental. Esta abertura abre paso á un golfo interior circular, que tiene á su vez cuatro aberturas de pequeños golfos, que más parecen bocas de río por la dulzura de sus aguas.

Una de aquellas bocas, en efecto, servia para el

desagüe del río Uparipari, que en la actualidad se llama el Paria.

La equivocada creencia que tenía Colon de que en aquel paraje abundaban las perlas, le hizo bautizar con este nombre al golfo.

El piloto que había llevado estas noticias manifestó que las cuatro aberturas del golfo no interrumpían el continente.

Colon opinó de distinta manera.

## XI.

En la imposibilidad de avanzar más hacia el Oeste, se encaminó á buscar salida al puerto de la Boca del Dragon.

El triste estado de su salud, la necesidad que tenía de llegar cuanto antes á la colonia para abastecerla de provisiones y reanimar el abatido espíritu de sus compañeros, la afección que comenzó á padecer en la vista por efecto de las vigiliás y de los cuidados que había tenido que emplear en aquel viaje, le estimularon á dejar para otra ocasión más favorable la exploración completa de aquel país, y el 11 de Agosto se dió á la vela para la Boca del Dragon, deteniéndose dos días despues en un buen puerto cerca de ella, al que dió el nombre de puerto de los Gatos, por hallar en las playas una especie de mono muy semejante al gato.

No sin grandes peligros, por los muchos escollos que amenazaban á las embarcaciones, logró penetrar

con su bajel en alta mar, y vió al Noroeste, á bastante distancia, dos islas, á las que bautizó con los nombres de la Asuncion y la Concepcion.

## XII.

El 15 del mismo mes descubrió las islas de Margarita y de Cubagua, célebres por sus pesquerías de perlas.

Viendo el almirante en la última muchos individuos pescadores de perlas, que al acercarse las carabelas huyeron, envió dos botes á la playa, los que volvieron con más de tres libras de esta preciosa piedra, ofreciéndoles algunas de un tamaño asombroso.

Ante la esperanza de que se realizarían sus sueños, sintió Colon vivos deseos de continuar sus provechosas exploraciones.

Pero su enfermedad, y los temores que abrigaba por el estado de la colonia, le impedían obedecer este impulso de su carácter emprendedor.

## XIII.

Más que la gota, más que todo, le afligia la enfermedad de la vista.

Apenas podía ver, y tenía que valerse para sus observaciones de los pilotos y de los marineros.

El doctor que le acompañaba le anunció que sólo el reposo y el cuidado podrían devolverle la vista.

De lo contrario, le amenazaba una horrible ceguera.

Fué necesario hacer por la salud un sacrificio, y resolviéndose á enviar á su hermano Bartolomé para que continuase las observaciones que habia emprendido, navegó al Noroeste, llegando el 19 de Agosto á un punto de la isla Española, situado á unas cincuenta leguas al Occidente del rio Ozema.

#### XIV.

Sus cálculos habian salido fallidos.

Creia hallarse cerca de las minas de Hayna, y estaban á una distancia bastante grande de este punto.

Envió un bote á tierra con algunos marineros para que buscasen un indio que llevase una carta suya á sus hermanos, y no tardaron en volver con seis indígenas, uno de los cuales llevaba una ballesta española.

Llamóle la atencion sobre ella Diego Colon, su intérprete el lucayo, y desde luego se figuró que habia ocurrido alguna catástrofe, cuando aquel arma estaba en poder de un indio.

Pero guardó silencio.

#### XV.

Envió un despacho á su hermano con los indios, y prosiguió el viaje hasta la embocadura del Ozema.

Esta navegacion fué larga y penosa.

Cuando más afligido estaba el almirante notando que su vista se turbaba por momentos, que la gota le

molestaba más que de ordinario; cuando pensaba en los desastres que podían haber acaecido en la colonia durante su larga ausencia, entró Diego á sacarle de su abatimiento.

—Señor, señor,—le dijo,—á lo lejos se descubre una embarcacion española.

—¿Viene en direccion nuestra?

—Si por cierto; y si no me equivoco, es la que se separó de nosotros en las islas Verdes, al mando de vuestro pariente Antonio Colon.

## XVI.

El almirante subió á cubierta.

Quiso ver, pero la nube que cubria sus ojos se lo impidió.

Dos lágrimas abrasaron sus pupilas.

Las carabelas avanzaron hasta encontrarse, y Colon experimentó una inmensa alegría cuando le dijeron que el adelantado su hermano iba en la embarcacion.

Poco despues subió al navío donde estaba el almirante su hermano Bartolomé, y los dos se estrecharon afectuosamente.

## XVII.

No quiso Bartolomé referirle todo lo que habia sucedido.

El estado en que se hallaba su hermano exigia de él cierta reserva para no empeorarle.

Dispusieron que los dos buques se encaminaran hácia el puerto en donde habia establecido Bartolomé la colonia, que le habia encargado el almirante; colonia á la que habia dado el nombre de Santo Domingo, y una vez en él desembarcaron.

Las circunstancias le obligaron á no dar á su hermano más que un dia de reposo.

Al siguiente no tuvo más remedio que noticiarle todo lo que habia pasado.

## XVIII.

Mucho valor necesitaba pára soportar aquellas nuevas adversidades.

¡Cuántos desastres, cuántos horrores habian tenido lugar durante su ausencia!

Peró mejor que asistir á la conversacion de los dos hermanos, será reseñar con todos sus pormenores los acontecimientos que habian ocurrido en aquel país desde que Colon se dió á la vela con el arrogante Aguado, hasta que en brazos de su hermano Bartolomé llegó á la nueva colonia que por su orden habia fundado en las márgenes del río Ozema.

---

---

## Capítulo LV.

---

Donde Bartolomé Colon obedece las órdenes de su hermano, y vá á Xaragua con ánimo de engañar á Anacaona.

### I.

Colon partió de la Española para España en marzo de 1496.

Dejó el mando de la isla á su hermano Bartolomé.

Este á su vez confió el de la Isabela á don Diego, y partió con la mayor parte de las fuerzas que pudo reunir á las alturas de las minas de Hayna.

Cerca de ellas estableció una fortaleza, á la que dió el nombre de San Cristóbal.

Pero los que la fabricaron hallaron al remover los cimientos tantos fragmentos del rico metal que codiciaban, que aquella fortaleza se llamó en lo sucesivo Torre del Oro.

### II.

Más de tres meses duró la construcción del fuerte,

y el adelantado permaneció dirigiendo las operaciones y haciendo los preparativos para explotar las minas y separar la escoria del metal.

La falta de víveres fué causa de tanto retraso.

Bartolomé necesitó separar de las obras á muchos operarios para enviarlos en busca de provisiones.

Las semillas que habian sembrado los europeos en el ánimo de los indios, comenzaban á darles amargos frutos.

Los indígenas hacian pagar muy caras á los españoles las malas provisiones que les daban, y como su deseo era aniquilarlos á toda costa, descuidaban los sembrados, y para encontrar comestibles necesitaban recorrer grandes distancias, no siendo siempre satisfactorio el resultado de sus expediciones.

### III.

En la imposibilidad de mantener mucha gente en la nueva fortaleza, dejó el adelantado diez hombres para que la custodiaran y un perro de presa.

En los alrededores habia utias y podian alimentarse con ellas, aunque su carne fuese poco sustanciosa.

El resto de su gente se dirigió con él al fuerte de la Concepcion á cobrar el tributo de los habitantes la Vega.

### IV.

El hambre empezaba á hacer estragos en la colonia.

Afortunadamente llegaron las carabelas que mandaba Pedro Alonso Niño con provisiones y refuerzo de tropas.

Era además portador de cartas del almirante para su hermano, y partió á la Isabela á conferenciar con él.

Las provisiones se repartieron pronto, porque muchas de ellas se habian estropeado en el camino.

Esto produjo mucho disgusto entre los colonos, disgusto que explotaban los agentes que en todas las expediciones mandaba Fonseca, para mantener encendida la tea de la discordia entre los jefes y los súbditos de aquella colonia desventurada.

## V.

El almirante ordenaba á su hermano que fundase una ciudad y estableciese un puerto de mar en la desembocadura del Ozema.

Al mismo tiempo le mandaba que llevase presos á España á los caciques y á los indios que hubiesen cometido algun crimen en la persona de algun español.

Dispuesto á obedecer en todo y por todo la voluntad de su hermano, acordó el regreso á la Península de Pedro Alonso Niño con algunos colonos enfermos y los indios que al volver á España habian impulsado al capitan de los buques á emplear la paradoja que tantos disgustos habia ocasionado á Colon, retardando la época de su tercer viaje.

## VI.

Volvió Bartolomé á la fortaleza de San Cristóbal; desde allí se trasladó al Ozema para buscar el puerto que deseaba su hermano, y halló en la márgen oriental del río uno formado por la naturaleza.

Las orillas del Ozema eran muy fértiles y pintorescas.

Las frutas, segun cuenta un historiador de la época, podían cogerse de los árboles al mismo tiempo que caminaban las embarcaciones.

Las ramas, extendiéndose por encima del río, formaban una especie de arco con su follaje, que preservaba al viajero de los abrasadores rayos del sol.

## VII.

Todo aquel territorio constituía el dominio de Aimohila ó Catalina, como se llamaba ya, por haber recibido este nombre al bautizarse para ser esposa del capitán Miguel Díaz.

La soberana india había ofrecido á su esposo tratar á sus compatriotas con la mayor generosidad.

No faltó á su palabra.

Bartolomé pudo elegir el paraje que creyó más conveniente para el establecimiento de la nueva colonia, y eligió el punto donde hoy se levanta la ciudad de Santo Domingo.

## VIII.

Por de pronto, se limitó á construir una fortaleza, en la que dejó veinte hombres al mandó de Miguel Diaz, con las instrucciones oportunas para que se pudiesen en explotacion las minas y se acumulasen cantidades de oro que embarcar para España.

Su presencia no era allí necesaria.

Diaz era un hombre leal.

Amaba á Catalina, y era objeto de una profunda idolatría por parte de la soberana de aquellos estados.

La guarnicion no tenia, pues, que temer.

Los mineros podian trabajar sin que nadie turbase sus tareas, y como uno de los principales deseos de Bartolomé era haber extendido el dominio de los españoles en toda la isla para cuando regresase su hermano, resolvió visitar el departamento del Xaragua, que todavía no se habia sometido á la dominacion española, y que despues de la muerte de Boechio, su rey y cacique, habia nombrado su soberana á Anacaona.

## IX.

Llevó en su compañía á Hernando de Guevara, el cual, por los lazos que le unian con Higuamota, pudo facilitar las negociaciones que pensaba emprender con la reina viuda.

Anacaona ignoraba aún su desgracia.

Sabia que los españoles habian embarcado á Caonabo con ánimo de presentarle á los reyes.

Pero le habian anunciado que no tardaria en volver cargado de presentes, y esta esperanza le habia inspirado una tregua en su ódio á los opresores.

Bartolomé tuvo noticia, por la carta que le dirigió su hermano con Pedro Alonso Niño, de la conspiracion que habia estallado á bordo y de la desastrosa muerte de Caonabo.

## X.

Pero no convenia á sus planes desanimar á Anacaona con aquella noticia, sinó decirle que su esposo habia llegado á España, y allí vivia, siendo objeto de las mayores atenciones por parte de los reyes.

Nadie podía como Guevara ser portador de tan buena nueva para Anacaona.

Guardando el mayor secreto sobre la muerte del cacique, manifestó á Guevara que el almirante le participaba los muchos agasajos que se hacian á Caonabo en la córte.

Guevara creyó de buena fé aquella version, y se alegró en extremo poder ser portador de aquella buena noticia acerca de la suerte del padre de su amada.

## XI.

Partió Guevara con el adelantado, y se alegró en extremo de abandonar la colonia.

Tenia en ella un enemigo contra el que nada ha-

bia podido hacer, porque contaba con la proteccion del almirante.

Este enemigo era Francisco de Roldan.

Antes de proseguir cómo este hombre debia contribuir poderosamente á los disturbios que estallaron en la colonia, voy en dos pinceladas á darle á conocer.

---

## Capítulo LVI.

Historia de un hombre malo.

### I.

Francisco Roldan habia acompañado á Colon en su primer viaje.

Algunos dias antes de partir del convento de la Rábida para dirigirse á puerto de Palos, anunció uno de los frailes del monasterio al prior que habia encontrado en medio del camino á un jóven completamente desfallecido por el cansancio y por el hambre, y le pidió permiso para salir con otros cuantos hermanos en su busca para conducirle al convento.

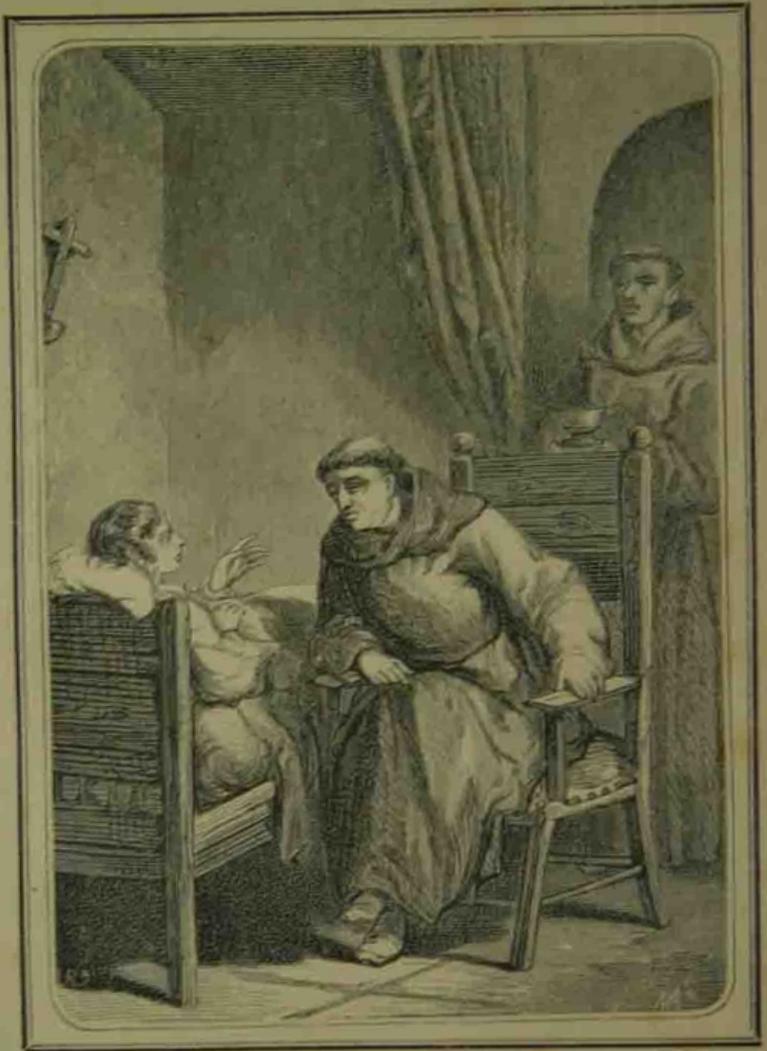
Parecia un cadáver.

Su pulso apenas latia.

Todo indicaba en él que la inanicion habia empezado á producir los mayores estragos en su existencia.

Acostáronle en un cómodo lecho, prodigáronle los





CRISTÓBAL COLÓN.—Francisco, que así dijo llamarse, relató que nunca había conocido a sus padres.

mayores auxilios, y poco á poco fueron reanimándose sus fuerzas.

El prior le habló, y deseando ampararle, le preguntó la causa de su lastimoso estado.

## II.

Francisco, que así dijo llamarse, refirió que nunca habia conocido á sus padres, que desde niño habia estado en poder de unos gitanos, los cuales, en la creencia de que podrian sacar algun dinero devolviéndole á su familia, le habian educado y mantenido.

Pero habiendo llegado á convencerse de que su familia le rechazaba á los nueve años, le dijeron:

— Tú te llamas Francisco Roldan; pero tus padres te han abandonado, y nosotros no podemos mantenerte; anda por el mundo á buscarte el sustento.

Le dejaron solo, y logró que un vecino del pueblo en donde se habia criado con los jitanos le nombrase pastor de ovejas.

Una noche habia entrado un lobo en el redil, y habia devorado unas cuantas reses.

Al dia siguiente, despues de haberle dado una paliza, le despidieron.

## III.

Un posadero le admitió de criado, y en su compañía, siendo más un esclavo que otra cosa, pasó seis ó siete años.

Una noche llegó un caminante á la posada.

Al parecer llevaba bastante dinero, y el posadero, aprovechando la circunstancia de no haber más huéspedes que él en el meson, resolvió matarle y robarle.

La primera providencia que tomó fué la de encerrar en el pajar al chico para que no pudiese delatarle nunca.

—Después,—añadió Francisco, refiriendo su historia,—oí muchos gritos, á lo que siguió un silencio sepulcral.

No sé por qué, adiviné lo que habia pasado.

Temeroso de que la justicia me prendiera, con una cuerda me bajé al patio, escale una tapia, y una vez libre, comencé á correr.

Me parecia que iban á sorprender en mi rostro el crimen que habia cometido mi amo, y durante el dia me escondia en las cuevas, en los bosques, para caminar por la noche, y sin alimentarme más que con los frutos que podia recoger en el camino...

Estenuado por esta vida, cayó enfermo, y entonces fué cuando los religiosos del convento de la Rábida le hallaron y le condujeron al monasterio.

#### IV.

Contó el prior la historia de aquel infeliz á Colón, y este fué á verle hasta el lecho.

—Voy á emprender un largo viaje,—le dijo;—¿quereis acompañarme?

La respuesta fué afirmativa.

Colón le hizo dispensero de su buque, y al volver de la Española, como mostraba el jóven mucha inteligencia, mucho agradecimiento y una gran lealtad, al mismo tiempo que una vehemente afición á la náutica, hizo que uno de los pilotos le enseñase por el camino las maniobras de la marinería.

## V.

En el segundo viaje manifestó á su protector que queria ser soldado, y Colón le vistió la armadura y puso en su mano el arcabuz.

Con refinada hipocresía satisfacía todas sus pasiones, que oprimidas mucho tiempo, se desbordaron cuando tuvo alguna libertad; pero siempre encontraba su claro ingenio modo de atribuir á otro sus culpas, ó de presentarlas como exceso de celo cuando se descubrían y no podía achacarlas á nadie.

El gran afecto que simulaba á Colón fué causa de que los enemigos del almirante no contasen con él para ninguna de sus conspiraciones.

Irritado al ver este desaire, los persiguió, dando á entender que era gratitud y lealtad lo que sólo suponía en él vanidad y despecho.

## VI.

Francisco Roldán fué el soldado que al acompañar á Anacaona intentó seducirla.

Ya sabemos que al presentarse á Colon acusó á Guevara del pecado que él habia cometido.

Tantas muestras de consideracion inclinaron al almirante á protegerle, y le nombró alcalde ordinario de la ciudad.

Desempeñó con bastante acierto este cargo, y fueron tan lisonjeras las esperanzas que acerca de su conducta y de su capacidad inspiró al almirante, que al regresar á España le confirió el elevado cargo de alcalde mayor de la isla.

## VII.

Como las leyes que regian en la colonia no eran nada complicadas, más que conocimientos legislativos, necesitaba el que desempeñase aquel puesto tacto para resolver las complicaciones que pudieran surgir.

Tacto mostró, en efecto, los pocos dias que ejerció su cargo á vista de Colon.

Pero no habia echado en saco roto el objeto de la mision que habia llevado á la colonia el investigador Juan de Aguado; tenia conocimiento de su informacion contraria al almirante, que habia presenciado, y no dudó de que caeria en desgracia.

## VIII.

Al verle partir, creyéndole destituido de todo favor, sólo pensó en sostenerse en el puesto que desem-

peñaba, captándose el aprecio del que pudiera sucederle, haciendo alarde de gran enemistad hácia el almirante y sus hermanos; y no sólo esta idea le impulsó á cambiar por completo de actitud, sino la creencia de medrar que su imaginacion le presentaba, halagándole hasta el punto de ofrecerle el primer puesto de la colonia.

Por su empleo podia considerarse como el segundo jefe de la isla.

## IX.

Bartolomé no gozaba entre los colonos de gran popularidad.

Roldan procuró indisponerle más y más con ellos, á fin de apoderarse del mando y despues contribuir á una sublevacion contra el adelantado.

La energia de Bartolomé le contuvo en varias ocasiones.

No era el adelantado hombre capaz de permitir que invadiera sus derechos, y habló á Roldan con tanta severidad y le manifestó de tal manera lo resuelto que estaba á destituirle si no obedecia sus órdenes, que no tuvo más remedio que ceder, prometiéndose obtener por la astucia lo que por la fuerza no pudo conseguir.

La marcha de Bartolomé á las minas de Hayna, para establecer la fortaleza de San Cristóbal, ofreció ancho campo á sus deseos.

## X.

Al partir Bartolomé dejó á su hermano Diego el mando de la isla.

Pero Diego era en extremo débil.

Sus hábitos pacíficos, su gran vocacion para la carrera eclesiástica, sus tendencias á la conciliacion, hacian imposible su mando en medio de aquella gente, que sufría mucho, que necesitaba desahogar su mal humor, y que sólo ante el rigor doblegaba la frente.

Roldan se irritó en extremo al verse postergado á un hombre á quien se creía superior por su energía y su claro talento.

Por medio de concesiones que relajaban el orden de la colonia, se hizo partido, formando al mando de los descontentos, y con no pocos de los que se aburrían, una falange, sobre la que pensaba apoyarse para ejercer la influencia á que aspiraba.

Antes de que Colon le confiriera el cargo de alcalde ordinario, por ser un hombre de toda su confianza, le habia puesto al frente de muchas de las construcciones que se habian hecho en la colonia, y por esto y por haber sido soldado, tenia relaciones íntimas con muchos militares y operarios de los que entonces estaban á sus órdenes.

## XI.

Unos y otros le envidiaban.

—¡Vaya una fortuna que has hecho!—le decían.

—Como has tenido el padre alcalde...

—Si sigues á ese paso, pronto te calzarás con el gobierno de la isla.

—Lo mismo que yo he conseguido, podeis obtener vosotros, —les contestaba.

—¿De qué manera?

—Siendo amigos míos, obediéndome en todo y por todo. De esta manera yo podré sostenerme, medrar, y claro es que he de preferir á los que son de mi misma condicion para los empleos y cargos de provecho y lucimiento, á los que por ser nobles ó haber venido con alta graduacion á la isla, no me miran con desprecio, porque no pueden; pero motejan mi crecimiento y murmuran cuando no estoy delante.

—De buena gana te seguiríamos y te obedeceríamos en todo, si nos sacaras de la triste situacion en que estamos.

—Con efecto, esta vida no puede soportarse mucho tiempo.

—Siempre andamos á la cuarta pregunta.

—Los viveres son malos y escasos.

—¿Sabeis quién tiene la culpa de todo?

—Nuestra mala estrella.

—Eso por una parte; por otra el almirante y su hermano.

—¿Eso dices de tu protector?

—El cariño no me ciega. Yo por mí seria un ingrato si me quejase; pero se trata de vosotros, de vuestra salud, de vuestra vida, y la salud y la vida de muchos hombres, por oscuros y menguados que sean,

vale siempre más que la de uno, por grande que sea.

—Tienes razon.

—Vaya si la tengo: si el almirante hubiera pensado en nosotros más que en él, en vez de detenernos en esta tierra, donde tanto sufrimos, nos habria llevado á otra parte.

—O cuando ménos, procuraria emplear su influencia con los reyes para que nos enviasen víveres más á menudo.

—Ya habeis visto que no goza del favor que en otro tiempo. El investigador que vino hace poco lleva los peores informes acerca de su conducta; se enterarán los reyes de lo que pasa, y le destituirán.

—Me alegraria, porque nos ha tratado muy mal.

—Al fin y al cabo es un extranjero.

—Pues si le destituyen, para ponernos bien con el que venga es necesario que os mostreis desde luego hostiles á los dos hermanos de Colon que han quedado por acá.

—El uno es un déspota.

—Y el otro una mosquita muerta.

—Pero los dos hacen su negocio.

—Lo que á mí me extraña, es que aun no nos hayan mandado azotar. ¿Cómo quereis que unos extranjeros consideren hermanos á los españoles?

—Si continuasen mandándonos, seriamos tan esclavos como los indios.

—Ya lo somos. Pues qué, ¿no nos hacen trabajar como perros?

—Y luego no nos permiten guardar oro.

—Es claro; ellos lo acaparan todo.

—Y se quedan con las alhajas de los caciques.

—Si yo fuera vuestro jefe, —añadió Roldan, —no tendríais que hablar de ese modo.

## XII.

Estas conversaciones se repetían, y Roldan, granjeándose el aprecio de los descontentos, llegó á creer que con ellos podría realizar todas sus aspiraciones.

Dado el primer paso por la pendiente del crimen, es muy difícil detenerse.

Las conversaciones tomaron cuerpo.

Roldan buscó entre todos los que conversaban con él á los más inteligentes y arrojados, y despues de contar con su adhesion, no hablaron en la plaza pública en donde pudieran ser oídos.

Buscaron la soledad y el misterio para tramar una conspiracion.

## XIII.

El plan del infame protegido del almirante fué asesinar á Bartolomé y á su hermano, para atribuir aquella fechoría á los indios, apoderarse del mando y protestar ante los reyes que en su calidad de alcalde mayor ó segundo jefe de la isla, habia tomado las riendas del gobierno de las moribundas manos de los que las tenían.

Castigando á unos cuantos indios como autores de aquellos horribles asesinatos, y colmando de favores

